BELISARIO GARCIA VILLAR

LOS 33 DIAS

("¡Heroica Paysandú yo te saludo!")

VERSION DE UNA CRONICA DE PASION Y MUERTE

"LOS EDITORES"
MONTEVIDEO
URUGUAY

LOS 33 DIAS

("¡Heroica Paysandú, yo te saludo!")

OBRAS DE BELISARIO GARCÍA VILLAR

TEATRO

INFIERNO CERCA DEL CIELO

Seleccionada por la Comisión Nacional de Cultura de la Argentina y estrenada por la Comedia Nacional en el Teatro Cervantes con Miguel Faust Rocha, Iris Marga, Guillermo Bataglia, Santiago Gómez Cou, Homero Cárpena. Tragedia andina.

ALMAFUERTE

Estrenada por la Compañía de Comedias Pedro Tochi. Llevada a la Cinematografía con la interpretación de Narciso Ibáñez Menta y la dirección de Luis César Amadori. Primer Premio Comisión Nacional de Cultura, Primer Premio Municipalidad de Buenos Aires y Premio Cóndor de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas.

TRILOGÍA DE LA SELVA

Obras breves de la selva chaqueña. Puesta en escena por distintos conjuntos teatrales independientes del Continente.

RELATOS

LA VENTANA MAL CERRADA

Temas de los bajos fondos porteños. Edición agotada.

FRONTERA SUR

Relatos de las pampas argentinas publicados en "Mundo Argentino", "El Hogar", "Estampa" y "La Nación" y reunidos en un tomo. Tres ediciones. Llevado a la cinematografía con la interpretación de Elsa O'Connor, Froilán Varela, César Fiaschi, Elisardo Santalla, Fernando Lamas.

LOS PIRATAS CHINOS SE MUEREN DE HAMBRE

Crónicas de un viaje publicado en "Estampa", "¡Aquí Está!" y "Leoplán". Reunidas en un volumen. Cuatro ediciones.

CINEMATOGRAFÍA

Ocho films dirigidos, quince escritos y seis producidos.

BELISARIO GARCIA VILLAR

LOS 33 DIAS

(*"¡Heroica Paysandú yo te saludo!"*)

Versión de una crónica de pasión y muerte

LA PLATA. - BUENOS AIRES. - PARANA. - CONCEPCION
DEL URUGUAY. - ISLA CARIDAD. - CONCORDIA.
MONTEVIDEO. - PAYSANDU. - TACUAREMBO.
SALTO.

MONTEVIDEO
1963

IMPRESO EN LA ARGENTINA

A Irma Ourives, mi esposa,

cuya tenacidad tan inteligente como incansable —que abarca períodos de tiempo infinitos— en la búsqueda de todo tipo de documentos, desde la carta familiar hasta la tradición oral, hizo posible el trazo orgánico de este libro.

B. G. V.

"LOS PUEBLOS QUE NO TIENEN HÉROES,
NO SON PUEBLOS."

PRÓLOGO

Hace unos quince años, en cumplimiento de nuestra tarea de cronista cinematográfico en un diario matutino, asistimos al estreno en Montevideo de dos películas argentinas que suscitaron nuestro interés y cuyas secuencias principales nos produjeron perdurable impresión. Fueron sucesivamente "Frontera Sur" y "Centauros del pasado", escritas y dirigidas por Belisario García Villar. "Frontera Sur" presentaba un intenso drama pasional en los confines de la pampa argentina, en un fortín de avanzada durante la campaña contra los indios, y "Centauros del pasado" narraba la parte culminante de la vida del caudillo entrerriano Pancho Ramírez.

Ya entonces García Villar era considerado una brillante realidad en los ámbitos de la cinematografía argentina de postguerra. Sus reportajes, sus libretos, sus inquietudes creadoras en general y sus films lo habían situado en un lugar destacado.

Poco después teníamos oportunidad de conocer personalmente a García Villar con motivo de la filmación en Montevideo de una película de distinto carácter.

Aunque los numerosos problemas de una filmación apresurada lo mantenían muy ocupado, pudimos concertar varias entrevistas durante las cuales establecimos lazos de simpatía y amistad.

Pasaron los años y el trotamundos García Villar regresó a Montevideo, ciudad a la que quiere entrañablemente y

que es cabeza y corazón de esta Banda Oriental de la que se considera un hijo más. Quiso la casualidad que reanudáramos nuestra vinculación amistosa. Y fue así como colaboramos con él para dar impulso a su vieja idea de filmar una superproducción uruguayo-argentina de carácter épico, cuya trama anecdótica se desarrollaría sobre el monumental telón de fondo de la época y las circunstancias históricas que culminaron trágicamente con el asedio y el martirio de Paysandú, a consecuencia de la campaña revolucionaria del general Venancio Flores, apoyado por el gobierno mitrista y las tropas del Imperio del Brasil.

Con esa finalidad nos trasladamos a la hermosa ciudad litoraleña para examinar allí mismo las posibilidades de realización de nuestro proyecto. En el curso de aquellas jornadas memorables pudimos comprobar con cuánta intensidad resuenan todavía allí, los trágicos ecos de la epopeya. Por encima de las divisas partidarias, la emoción embarga por igual a todos los sanduceros de corazón, y, en especial, a los descendientes de aquellos héroes que protagonizaron el drama. *

Nuestra iniciativa encontró inmediatamente repercusión favorable, tanto entre las autoridades departamentales como en los círculos de la actividad privada y ya se aunaban voluntades al par que se recopilaban los elementos documentales necesarios, cuando las desastrosas inundaciones de abril de 1959 nos obligaron a suspender indefinidamente nuestros propósitos.

Pero García Villar, impulsado en forma irresistible por esa idea suya tan largamente madurada, siguió dedicándole toda su actividad intelectual y la mayor parte de su labor

* Formaban parte del grupo promotor de esta iniciativa el productor cinematográfico Bernardo Pérez Fourcade, Ovidio Pintos Diago, un propulsor del cine uruguayo, Ramón Viña (hijo) y otros animosos partidarios de la idea.

cotidiana. Si no se podía pensar en la filmación de la película, en cambio él se dedicaría a trasladar al papel el intenso relato que ya estaba concibiendo gráficamente en su fértil imaginación y al que le era absolutamente imperioso dar forma concreta.

Así fue como se empezó a escribir este libro cuyas alternativas acaparan desde las primeras líneas nuestro sostenido interés y cuya carga emocional hace impacto en nuestra íntima fibra de orientales.

Aunque escrito en una prosa sobria, desprovista de exquisiteces de estilo, hay partes de este libro que por su calidad literaria están a la altura de los mejores fragmentos de la narrativa criolla. Los acontecimientos fluyen y se entrelazan con empuje arrollador. Un sinfín de anécdotas, simpatías y reminiscencias maduradas a lo largo de su vida azarosa de periodista y escritor, y, muy especialmente, de hombre de cine, nutren este caudal desbordante que surge de la pluma de García Villar. Narraciones que ya lo conmovían en la niñez cuando le llegaban como añejos recuerdos de sus padres y abuelos vinculados por lazos de sangre y amistad a don Orlando Ribero, al poeta Almafuerte rememorando en La Plata viejas anécdotas de la hazaña sanducera, al almirante Murature, uno de los participantes del drama, cuyo vetusto arcón excitaba sus sueños aventureros... Hechos terribles protagonizados por todo un pueblo lo embargaban de asombro y terror, envolviéndolo en la poderosa oleada emocional cuyas tremendas repercusiones todavía bullen en el núcleo proteico de la tradición rioplatense. Formado en un ambiente tan enraizado en la historia viva del continente, no es de extrañar que García Villar demuestre ser un intérprete excepcional de las mil etapas fascinantes de la legendaria hazaña que comenzó con el arribo de los primeros conquistadores, y que llega hasta nuestro presente a través de los goces y sufrimientos de muchas generaciones marcadas por el acero y la pólvora.

Como fantasmal testigo de lúcida visión cinematográfica —multiangular, ubicua, detallista, impávida— García Villar se hunde en el pasado violando las fronteras del tiempo, hasta los instantes mismos en que se desarrollaron los conflictos que fecundaron estas comarcas, recreando los hechos tal como fueron en realidad, o como pudieron haber sido, ya que lo que importa es la verdad del esquema general.

La pluma de García Villar dibuja así en la inmaginación del lector un profuso conjunto de acontecimientos amasados con barro y sangre, en el que las pasiones violentas y antagónicas surcan esta bárbara tierra americana para formar la tosca úrdimbre sobre la que se dibujaría en adelante la historia de nuestras jóvenes naciones.

Que el periodista registre la crónica de los acontecimientos, que el escritor utilice la materia informe de la realidad para redactar su relato, que el historiador analice y relacione los hechos y las consecuencias, o que el poeta cante proezas y exalte héroes... García Villar retorna de su incursión al pasado trayéndonos como testimonio conmovedor, un jirón de carne viva y palpitante.

EDGARDO ORIBE
por
LOS EDITORES

Es un atardecer quieto y sereno.

Una pequeña nave mercante armada en guerra, a la manera de una cañonera, surca lentamente las aguas del Río de la Plata acercándose a la costa oriental del Rincón de Haedo. Al tope de la nave flamea la bandera argentina y en los costados de la proa se lee con grandes letras negras: "Caaguazú".

En un ángulo de la borda de la derecha hay cinco hombres de pie que miran hacia la costa oriental: el general Venancio Flores, su asistente que lleva un clarín, el capitán del buque, un guardiamarina y un cabo marinero. Venancio Flores viste camisa blanca de lana, chaqueta roja con botones dorados, fino poncho de vicuña, amplio pañuelo al cuello, sombrero aludo oriental, pantalón gris y altas botas granaderas. En el costado izquierdo de la faja punzó cuelga una espada de general, en el otro ciñe una pistola reluciente de metal negro y atrás un corto cuchillo de cabo de plata con incrustaciones de oro. Lleva barba corta y redonda, bigote espeso y pelo ondeado hasta las orejas "a lo Mitre".

Su asistente viste chaqueta punzó, bombacha y botas cortas; poncho de lana rodea su cuello y amplio sombrero a media frente. Tiene bigote y rasurado el rostro. En su faja se ven dos pistolas y atrás largo facón de vaina labrada. Es joven. Apoya el clarín sobre la borda mientras mira hacia la costa.

El capitán del buque, el guardiamarina y el cabo marinero visten los uniformes de la Armada Argentina de 1863.

La costa oriental se desplaza lentamente. Sus montes están ya casi en sombras y la arena de la playa blanquea contra la oscuridad que se viene rápidamente. El silencio

es casi total; sólo se oye el chasquido perezoso de las aguas que dan contra la parte baja del buque y el grito alarmado de algún ave costera.

Los cinco hombres miran atentamente hacia la costa. De pronto Flores se vuelve al capitán del buque y le dice:

—Aquí, capitán.

Dos marineros están atentos a la cadena del ancla; a una señal del capitán sueltan la cadena. Flores observa.

El ancla toca fondo y el buque se detiene. El general ordena al asistente:

—Toca.

El asistente lleva el clarín a los labios y arranca una clarinada larga y aguda que se mete en el silencio como una puñalada. Cuando concluye, vuelve a apoyar el clarín en la borda.

Pasan unos segundos. De pronto, desde la orilla, parte una clarinada igual como respuesta.

El asistente se quita el sombrero y lo agita con entusiasmo. Flores le dice al capitán:

—Aquí desembarco.

El capitán ordena en alta voz:

—¡Arriar el bote!

El guardiamarina y el cabo corren por cubierta. Los marineros bajan el bote. Flores y el asistente siguen al capitán. El guardiamarina y el cabo suben al bote y éste empuña los remos. Flores estrecha la mano del capitán y luego lo saluda militarmente. El capitán contesta:

—Buena suerte, general Flores.

—Gracias, capitán.

Flores sube al bote. A continuación lo hace el asistente. El cabo comienza a remar hacia la costa oriental.

Saliendo de un monte de talas que está a unos cincuenta metros de la playa, aparecen cuatro gauchos. El más joven

lleva un clarín. Todos se quedan en la orilla del monte, menos uno, que se adelanta. Es corpulento y va vestido entre paisano rico y militar en campaña. Lleva sable y pistolas, y como nota original, tiene el pelo corto y la cara rasurada, que contrasta con la de sus compañeros barbudos.

Llega hasta la orilla del agua y se detiene mirando hacia el río. Su expresión es dura y fría y hasta cuando sonríe, siempre brutal. Es Goyo Suárez o Goyo Jeta.

El bote llega a la orilla y saltan a tierra Flores y el asistente. Flores despide al guardiamarina levantando el brazo; el oficial contesta y luego maniobra regresando al buque.

Goyo Suárez va al encuentro de Flores y ambos se estrechan en un abrazo aparatoso. Suárez exclama alegremente:

—Mi general: en barco de guerra argentino. ¡Me gusta el notición!

—Más le va a gustar, coronel Suárez, cuando le diga que el gobierno argentino nos ayudará en todo y que nuestra alianza con el Imperio del Brasil es un hecho.

Ambos avanzan hacia el monte. Flores dice:

—¡El gobierno blanco tiene su suerte sellada!

—Ya veo su cabeza en el suelo. . . ¡Como sandia partida!

Llegan al monte y penetran en él, mientras los tres gauchos soldados se cuadran y saludan militarmente a su paso.

Flores y Suárez se detienen en el claro inmediato. Hay allí unos treinta hombres más, con sus respectivas cabalgaduras. Visten de la manera más dispar: se mezclan chaquetillas y gorros militares con ponchos y camisas de bayeta, chiripáes y sombreros aludos; asimismo se mezclan sables, lanzas, carabinas y facones. Los rostros barbudos parecen tallados en ñandubay y no se duda de que son hombres de acción y de guerra. Hay restos de fogón y churrasqueada en el claro.

Todos están desmontados y firmes, mirando al general Flores y al coronel Goyo Suárez. Este se dirige a sus hombres:

—¡Muchachos! ¡Al pisar suelo oriental saludemos a nuestro jefe, el general Venancio Flores!

Se produce en seguida un brevísimo y absoluto silencio. Flores lo rompe:

—¡Soldados! Hoy comienza nuestra campaña y no pararemos hasta derribar al gobierno del Partido Blanco. ¡Viva la Revolución!

Treinta gargantas rugen:

—¡Viva la Revolución!

Flores ordena:

—¡A montar!

Todos montan y él lo hace en un hermoso alazán que le trae su asistente. Y tocando con los tacos los flancos del caballo, sale del monte al frente de la partida, teniendo a su lado a Goyo Jeta.

Muy pronto se pierden entre las cuchillas en sombras, con redoblar de cascos y rebotar de aceros.

Así empezó el gran drama de la República Oriental del Uruguay, el 19 de abril de 1863. El general colorado Venancio Flores se levantó en armas contra el gobierno constitucional del presidente Berro, perteneciente al Partido Blanco. Flores contaba con el apoyo del presidente Mitre de la Argentina y era aliado del emperador del Brasil. Casi dos años duró la lucha fratricida y el suelo oriental fue abonado con la sangre generosa de sus hijos. Incendio, destrucción y muerte fueron las huellas de la porfiada lucha. Para inclinar la balanza a su favor, el emperador del Brasil don Pedro II invadió la república contra el gobierno constitucional. Un poderoso ejército se situó frente a Paysandú para rendirla. Y entonces sobrevinieron los 33 días: los días de la defensa gloriosa que inspiró este relato.

Es el 1º de diciembre de 1864. El sol ya se levanta sobre la Cuchilla de Bella Vista y su luz irrumpe rasante sobre la Villa de Paysandú, iluminando sus blancos edificios de ladrillo y cal y sus calles anchas y rectas.

El río Uruguay, que está a pocas cuadras del centro de la Villa, pierde su tono terroso y adquiere violentos resplandores de plata.

Y los buques que están en el puerto en número inusitado comienzan a apagar sus fanales.

Sí; en número inusitado. Porque Paysandú nunca ha visto tantos buques de guerra abarrotando su pequeño puerto. Cinco buques pertenecientes al Imperio del Brasil: las cañoneras Araguay, Ivahí, Belmonte, Paraguay y un gran vapor de ruedas, el Recife, que enarbola la bandera del Almirante. Todos ellos con los fuegos encendidos y listos para entrar en acción. Cuatro cañoneras pertenecientes respectivamente a Italia, Francia, Inglaterra y España, y que protegen los bienes de sus connacionales que residen en Paysandú. Además dos buques de guerra argentinos, el "25 de Mayo" y el "Guardia Nacional", que al mando del almirante Murature, están de "estación" en el puerto, pero que en realidad espían la marcha de la guerra civil y ayudan subrepticiamente a los revolucionarios.

Las campanas de la vieja iglesia, casi centenaria, situada frente a la plaza, comienzan a llamar a misa a los fieles.

Pero ya mujeres madrugadoras y devotas desembocan en la plaza, desde las calles vecinas, hacia el pequeño templo, con paso breve y ligero a pesar del calor que comienza a apretar.

Algunas miran al pasar hacia el lado este de la plaza; ahí está la iglesia nueva en construcción, orgullo de los sanduceros devotos.

Pero ahora la iglesia no sólo exhibe sus cúpulas a medio hacer y el armazón de la obra en marcha, sino que muestra algo más: profusión de soldados con fusiles que han hecho de paredes y ventanas, parapetos y aspilleras de defensa.

Y no sólo en la iglesia en construcción hay soldados armados y vigilantes, sino en toda la línea que abarcan los atrincheramientos.

Porque la Villa de Paysandú está convertida en plaza de defensa.

La zona fortificada mide seis cuadras de largo por dos de ancho y está limitada por las calles Treinta y Tres, 8 de Octubre, Artes y Florida, teniendo en el centro y a lo largo, a la calle 18 de Julio. Cruzan a ésta de norte a sur, las calles Treinta y Tres, Montevideo, Comercio, Queguay, Del Plata, Monte Caseros y Artes.

Fuera de esa zona han quedado pocas casas, algunas de ellas calle por medio del recinto militar, pero aisladas en medio de grandes baldíos. Se las ha considerado inútiles en la planificación defensiva.

Y más allá, entre montes y breñas y a no menos de trescientos metros, se ven algunas residencias coloniales y media docena de ranchos de barro y paja. Casi todos sus habitantes se han refugiado en el recinto de la defensa y los que se han quedado afuera lo han hecho, o por secreta simpatía con los revolucionarios o por apego conservador a sus moradas, afrontando los riesgos.

Dentro del perímetro de la defensa, las manzanas vecinales están enlazadas entre sí por trincheras que cierran las

bocacalles en forma continua. Los parapetos están construidos con ladrillos afirmados en barro y cal, al borde de zanjas de tres metros de ancho y dos de profundidad. Todas las trincheras son rectas menos tres que lo son en semicírculo. Una en la esquina de la jefatura, otra frente al hospital y la tercera en el límite oeste de la calle 18 de Julio.

Las paredes están aspilleradas para permitir el paso de los caños de los fusiles, y los puntos más estratégicos exhiben boquetes prontos para el emplazamiento de piezas de artillería.

En los terrenos baldíos, que hacen los grandes claros de la línea, se han levantado barricadas con bolsas de lana y los muros exteriores de las casas muestran considerable número de troneras.

Las paredes linderas han sido abiertas para permitir las comunicaciones interiores en una línea continua y rápida.

En el extremo sudeste de la plaza principal se levanta "El baluarte de la ley". Es una torre de ladrillo a cuya cima de ocho metros cuadrados se sube por una explanada que la contornea en forma de caracol.

Al pie del Baluarte hay una cuadra para los artilleros y en la parte media, un polvorín.

Cerca y en el centro de la plaza se erige una pirámide de mármol que remata con una figura simbólica: es la Pirámide de la Libertad, que junto a "El baluarte de la ley", sintetizan la mente y el músculo de Paysandú.

Las entradas principales al radio fortificado están en ambos extremos de la calle 18 de Julio. Son dos portones de hierro y puentes levadizos tendidos sobre ancho foso, accionados por roldanas y alambre trenzado.

Detrás de esas defensas, fosos, muros, troneras, hay 1.086 hombres con el oído atento, la mirada alerta y el dedo tenso en el gatillo del fusil.

Y sobre todos ellos, desde los amaneceres hasta los ocasos,

la sombra alargada y ondulante de la bandera oriental, que flamea en la media naranja de la Iglesia Nueva.

Esos 1.086 hombres forman la guarnición de Paysandú y está compuesta así:

La compañía del Departamento de Paysandú mandada por el jefe político Pedro Ribero; la Guardia Nacional de Infantería de la Villa, mandada por el comandante Federico Aberastury; un escuadrón de Guardias Nacionales de caballería desmontada, mandado por el coronel Emilio Raña; una compañía del 2 de Cazadores al mando del capitán Areta; dos compañías del 1 de Cazadores mandados por el sargento mayor Belisario Estomba; cien Guardias Nacionales de caballería e infantería pertenecientes al Departamento de Tacuarembó, mandados por el coronel Azambuya; unos cincuenta Guardias Nacionales incorporados a la guarnición desde Mercedes al mando de su jefe político, comandante Juan M. Braga; la Legión Argentina, al mando del mayor Rojas, formada por ciento ochenta voluntarios y un pequeño destacamento de artillería volante mandado por el capitán Federico Fernández.

La artillería está compuesta por 3 piezas de bronce, 2 de calibre 4 y una de 9; 2 colizas de hierro de calibre 6; 2 carronadas de hierro de a 6 y dos cañones de a 8, también de hierro. Los montajes de todas estas piezas han sido realizadas por improvisados herreros y carpinteros de la misma villa.

Aún no ha concluido la misa cuando el vigía apostado en lo alto de "El baluarte de la ley" lanza un grito que resuena en el silencio mañanero de Paysandú como un prolongado campanazo.

—¡Ejército a la vista!

Las puertas de la Comandancia Militar situada en la calle Florida y frente a la plaza, se abren de par en par y dejan paso a tres hombres. Uno de estatura mediana, delgado, y que luce larga barba entrecana recortada en pera, es el jefe de la guarnición y comandante al norte del Río Negro, coronel Leandro Gómez; el otro, corpulento, recio, de tez cobriza batida por los soles de muchas campañas, es el segundo jefe, coronel Lucas Piriz y el tercero, el más joven, elegante y fino, de modales casi aristocráticos es el mayor Larravide, jefe del Detalle. Los dos primeros aparentan frisar en los sesenta años y Larravide no alcanza a los treinta. Los tres miran hacia lo alto del Baluarte. El vigía repite:

—¡Ejército a la vista!

Rápidamente se dirigen al Baluarte y suben por la explanada.

Junto al vigía ya está el jefe del Baluarte, comandante Braga y el encargado del polvorín, capitán Gadea. El primero mira con un catalejo hacia el sur de Paysandú.

Al llegar Gómez, Braga le entrega el catalejo y el jefe de la plaza mira por él.

El coronel Piriz hace lo mismo con otros anteojos que le entrega Gadea.

En las inmediaciones del arroyo de Sacra, a la vista de Paysandú, el ejército del general Flores está tomando posiciones.

Es una larga columna de las tres armas, cuyos hombres van vestidos de la manera más desigual: ponchos y chaquetillas, quepis y sombreros aludos, botas reforzadas y pies desnudos.

Tampoco hay unidad en el armamento: carabinas, tercerolas, lanzas de combate, chuzas de tacuara, largos facones y cuchillos de monte.

Pero a simple vista se ve que es fuerza disciplinada y aguerrida. Realizan la operación obedeciendo estrictamente las órdenes de sus jefes y ocupan las posiciones en silencio.

El coronel Gómez baja el catalejo y dirigiéndose a Piriz le dice:

—¿Qué número le calcula, coronel Piriz?

Piriz, sin desprenderse de los anteojos, contesta:

—Alrededor de cinco mil hombres, mi coronel.

—Y diez piezas de artillería.

—Ésas son las que se ven; tal vez tengan más.

Gómez vuelve a mirar con el catalejo y luego murmura:

—No hay duda; Flores ha recibido refuerzos en hombres y artillería...

Piriz baja los anteojos y exclama con desprecio:

—Sí; y es fácil adivinarlo: armas de Mitre y hombres del Imperio.

Gómez mira a todos y dice lentamente:

—No importa; nos batiremos contra Flores, contra el Imperio y contra Mitre para defender la libertad. ¡Aunque seamos uno contra cien!

Luego comienza a descender por la explanada del Baluarte de la Ley seguido por los demás jefes.

En un codo del arroyo de Sacra se levanta una amplia tienda cuadrada a cuyo tope flamea una bandera con una gran cruz colorada.

En torno a ella se ven campamentos y fogones semiocultos en la espesura de la arboleda y un agitado movimiento de soldados a pie y a caballo.

Es la tienda del general en jefe del Ejército Revolucionario colorado Venancio Flores.

En el interior de la tienda Flores escribe una nota sobre una rústica mesa de campaña. Lo rodean el general Francisco Caravallo, Goyo Suárez, el mayor Olave, los capitanes Rivera y Ventura Rodríguez y un asistente.

Flores concluye la nota y se la entrega al asistente.

—Para el coronel Gómez.

El asistente toma la nota y sale de la tienda.

En una hondonada del terreno y detrás de un cerco de tunas está una avanzada del ejército de Paysandú. Son diez Guardias Nacionales mandados por el capitán Enrique Olivera. Éste mira hacia el arroyo de Sacra. Desde ahí viene a galope tendido un jinete con bandera de parlamento. Es el asistente de Flores.

Llega hasta cerca de la avanzada y se detiene. El capitán Olivera le sale al encuentro. El asistente le entrega la nota al tiempo que dice:

—Del general Flores para el jefe de la plaza.

El capitán Olivera entrega la nota al alférez que está a su lado.

—Entréguela al mayor Larravide.

El alférez de un salto monta a caballo y parte a toda rienda hacia Paysandú.

En la Comandancia Militar de Paysandú está el coronel Leandro Gómez rodeado de sus principales jefes frente a un gran plano de los atrincheramientos de la Villa, que cuelga en una de las paredes.

Entra el mayor Larravide y le entrega la nota al coronel Gómez.

—Del general Flores.

Gómez rasga la nota y lee.

Arroyo de Sacra, diciembre 1º de 1864.

El general en jefe del Ejército Libertador al coronel comandante del pueblo de Paysandú, don Leandro Gómez.

Reitérole la propuesta de fecha 11 de enero del corriente año, en que le decía:

"Señor coronel: en el deseo de que las familias no sufran los azares que son consiguientes a un ataque y en el de evitar los desastres de un asalto, he creído conveniente dirigirme a Vuestra Señoría proponiéndole que la plaza de Paysandú se rinda bajo las condiciones siguientes:

1) Garantía completa para todos los jefes y oficiales de la guarnición pudiendo salir con todos los honores de la guerra para cualquier territorio neutral si les conviniese.

2) Garantía para la vida y propiedad de todos los individuos de tropa.

3) Igualmente serán respetados en la vida y propiedad todos los ciudadanos, sin que sean molestados por sus opiniones políticas.

4) Doy a V. S. 24 horas de término para que adopte una resolución haciéndole responsable de las consecuencias inmediatas a una negativa y cayendo sobre V. S. la sangre que se derrame por su obstinación.

Firmado: VENANCIO FLORES."

Concluida la lectura el coronel Gómez mira el pabellón oriental que está a su lado. Un relámpago cruza por su frente iluminada. Y en seguida estampa al pie de la nota:

"Reitérole mi respuesta de entonces: ¡Cuando sucumba!

Y firma: LEANDRO GÓMEZ."

Se la entrega a Larravide.

—Ésta es mi respuesta.

Larravide saluda militarmente y sale.

Gómez se pone de pie y dirigiéndose a los jefes que lo acompañan, exclama:

—Hace más de un año que Flores nos amenaza con notas y bravatas. Esperemos que alguna vez se decida a atacar en serio.

El asistente de Flores entra a galope tendido en las líneas del Ejército colorado. Se interna a través de avanzadas, campamentos y fogones. Llega a la tienda del general en jefe y desmonta de un salto.

Flores está con Goyo Suárez, Olave y el rengo Rivera, en torno a la mesa sobre las que hay órdenes, partes, mensajes y varios croquis hechos a grandes trazos. Han oído la frenada del caballo y el desmontar del jinete. Todos miran hacia la entrada de la tienda.

El asistente entra y entrega la respuesta de Gómez al general Flores. Éste la lee y luego se pone de pie dominado por la pasión. Dice con desprecio:

—¡Leandro Gómez quiere morir como un héroe pero cumpliremos con él! ¡Será arrollado y destruido!

Le entrega la nota a Suárez mientras le ordena:

—Haga llegar la respuesta del coronel Gómez al jefe de la Escuadra Imperial.

—¿Cuándo atacaremos, mi general?

—Después que el bombardeo de la escuadra haga trizas las defensas de Paysandú.

—¡Los cimientos de Paysandú recordarán siempre a Goyo Suárez...!

Una risa helada deforma aún más su rostro repulsivo. Y sale con la nota, como preámbulo rojo de la gran tragedia.

El buque insignia de la Escuadra Imperial está anclado en el puerto de Paysandú. Flamea al tope la bandera de don Pedro II. Un bote impulsado por dos remeros de torsos descubiertos y que conduce al mayor Olave desde el arroyo de Sacra, llega al costado del buque. El mayor Olave salta del bote y trepa la escala. Un teniente de navío de la Armada Imperial lo recibe.

—Mensaje urgente para el almirante Tamandaré.

—Por aquí, señor. Y lo conduce por cubierta hacia la proa.

En el comedor de la nave están almorzando el almirante y Barón de Tamandaré, jefe de la escuadra, y un capitán de navío. Dos mucamos negros los sirven.

El aposento es rico y promiscuo. Esteras y cortinas de fina paja tejida y coloreada; canastas de mimbre con frutas tropicales; cubiertos de plata y fuentes de oro, bajas poltronas multicolores y profusión de estatuillas de mármol y bronce.

Del techo cuelgan dos grandes pantallas que giran lentamente. En una de las paredes están las armas imperiales y sobre ellas un cuadro barroco de don Pedro II.

Se oyen dos breves golpes en la puerta.

Tamandaré se pasa por los labios la servilleta de encajes, luego dice:

—Adelante.

Aparece el teniente de navío.

—Señor almirante: un emisario del general Flores.

—Que pase.

Perezosamente se pone de pie, imitado por el capitán de navío, al tiempo que entra Olave.

—Con su permiso, señor Barón.

Y le entrega un sobre que saca de su chaqueta.

—La respuesta del coronel Gómez.

Tamandaré rasga y saca una nota.

La lee al tiempo que un mucamo negro le echa aire en el rostro con un abanico de nácar. El almirante golpea la mesa con su puño derecho haciendo sonar la vajilla. Le quita el abanico al negro. Este se aleja con la cabeza gacha.

—¡Solamente un loco o un iluminado puede pensar en resistir! ¿Con qué hará frente Paysandú a mis 35 cañones? ¡Con qué contendrá la lluvia de obuses y granadas?

Y dirigiéndose al capitán de navío, le dice:

—Ponga en conocimiento del coronel Gómez que a la salida del sol bombardearé Paysandú.

El capitán hace una leve inclinación de cabeza y sale.

Tamandaré se sienta y se abanica el rostro que ahora brilla por el sudor. Luego le dice a Olave:

—Dígale al general Flores que después del bombardeo la infantería de marina del emperador entrará en la ciudad.

Y agrega en tono zumbón:

—¡Una urna está esperando las cenizas de Paysandú!

En la Comandancia Militar el coronel Gómez, acodado en la mesa que le sirve de escritorio, lee un pliego sellado con las armas imperiales.

Frente a él, de pie, está el capitán de navío y más allá, cerca de la puerta, el mayor Larravide. Gómez concluye la lectura y poniéndose de pie le dice al marino:

—Esta intimación no tiene respuesta, como no tendrá

respuesta el bombardeo de la escuadra. No tenemos cañones que alcancen a los buques.

Luego va hasta la ventana abierta que da a la plaza de Paysandú y mira por ella. La pirámide de la Libertad resplandece bajo el sol de fuego. Y mirándola, Gómez dice:

—Pero que sepa el almirante Tamandaré que los esperamos de pie... ¡o muertos por la libertad de la patria!

El capitán saluda militarmente y sale. Pero al llegar a la puerta gira sobre sus talones y exclama:

—Es usted un iluminado, coronel, y lo admiro. —Y se aleja hacia el carruaje que lo espera.

Gómez mira a Larravide y le ordena:

—Que forme en la plaza toda la guarnición con armas y banderas.

Larravide sale. Gómez vuelve su mirada hacia la pirámide de la Libertad. Sus ojos ya tienen los destellos del héroe y su frente la sombra del mártir.

El ejército de Paysandú formado en la plaza.

El coronel Gómez pasa revista a las tropas. Va seguido de Lucas Piriz, Pedro Ribero, Emilio Raña, Federico Aberastury, Tristán Azambuya, Larravide y de sus asistentes. Todos montados. En las aceras, puertas y ventanas de las casas vecinas, en las azoteas, se aglomera el pueblo de Paysandú en grave y sereno silencio. Madres hay, que levantan a sus hijos para que vean mejor. Y muchachitos subidos a las copas de los árboles.

En el atrio de la vieja iglesia y a la sombra de su rústica arcada está don Orlando Ribero impecablemente vestido con jaqueta gris y pantalón negro. Sus cabellos y bigote blancos resaltan la fina palidez de su rostro, ahora hondamente preocupado. A su lado está su esposa y un poco más adelante su cuñada, Dolores Francia, y el menor de los hijos de Ribero, Orlando, un adolescente de bizarra apostura.

Todos siguen con inquieta atención, casi nerviosa, la revista del coronel Leandro Gómez. Y especialmente fijan sus miradas en el gallardo comandante de casaca blanca y faja celeste que cabalga a la derecha del coronel: Pedro Ribero, jefe político de Paysandú y el mayor de los cinco hijos de don Orlando. Pedro, el legendario, que al mando de un barquichuelo, el "Villa del Salto", unos meses antes se ha abierto paso a través de la Escuadra Imperial, desde Salto a Paysandú, para que la nave no cayera en manos del enemigo.

Ahí va Pedro, junto al coronel, con su casaca blanca y su eterna sonrisa de confianza, acariciando las crines de su nervioso alazán.

El joven Orlando aparta la vista de su hermano y habla al oído de su tía, Dolores Francia. Ella parece pensar unos segundos, y en seguida afirma con un movimiento de cabeza. Ambos vuelven sus miradas hacia la plaza.

El coronel Gómez viste camisa punzó cruzada por una banda celeste, altas botas de charol, pantalón blanco y el gorro con la insignia de jefe de la plaza: lleva en la mano derecha la bandera nacional. La banda ejecuta la marcha de Ituzaingó.

Gómez se detiene frente al cuadro formado por la infantería de Guardias Nacionales, teniendo a su izquierda la pirámide de la Libertad. Mira a toda la tropa. La banda concluye.

—Soldados de la patria: el jefe de la escuadra brasileña, aliada del general Flores, acaba de comunicar que a la salida del sol bombardeará Paysandú con los cinco buques de guerra que tiene en el puerto. Treinta y cinco cañones de grueso calibre lanzarán su lluvia de fuego sobre nosotros. Le he contestado que nos defenderemos hasta la muerte y que bombardeará Paysandú impunemente porque no tenemos cañones para contestar a sus obuses y morteros. Mientras tanto el ejército del general Flores formado por

cinco mil hombres y diez cañones está a quince cuadras de aquí. Espera entrar a degüello en Paysandú después que los cañones de la Escuadra Imperial nos hayan diezmado. Somos 1.086 hombres y tenemos seis cañones livianos de corto alcance. Pero los desafiamos a que entren en Paysandú para pelear de hombre a hombre, calle por calle y casa por casa. ¡Les enseñaremos cómo pelea el pueblo oriental en defensa de su suelo y de la libertad! Soldados de la patria: ¿Juráis vencer o morir en la defensa de Paysandú?

Toda la guarnición, como un solo hombre, responde:

—Sí, juramos.

La banda formada en la plaza junto a la pirámide de la Libertad, arranca con los acordes del Himno Nacional.

Flamea la bandera en la diestra del coronel Leandro Gómez.

Pedro Ribero cruza el patio de la Jefatura de Policía en dirección a su despacho. Se va quitando la faja celeste que sujeta las pistolas de cabo de nácar y el espadín de empuñadura de plata. Abre la puerta de su despacho y una rápida sonrisa sorpresiva alegra su rostro.

—¡Orlando!

Orlando se pone de pie. —Te esperaba, Pedro, para hablar seriamente. Vi la revista de las tropas y lo escuché al coronel Gómez...

Pedro sonríe y dice:

—Espera. Abre un bargueño y sirve dos vasos de una botella. Le alcanza uno a Orlando. Es caña paraguaya. Si vamos a hablar seriamente, esto entona. ¡Salud!

Ambos beben.

—¿Y...?

—¡He resuelto alistarme en la defensa!

Pedro bebe otro largo trago y mira a su hermano:

—¿Por qué? Tú no eres un soldado, eres un civil. Trabajas con papá en la barraca.

Orlando deja el vaso y se acerca a Pedro.

—Justamente por eso, porque soy un civil. Ésta no es una guerra de militares; es una guerra de principios opuestos. Por un lado la patria y la libertad y por el otro la esclavitud y la fuerza. ¡La libertad es de todos y voy a pelear por ella!

Pedro llena los vasos. Le alcanza uno a Orlando. Y le dice mientras se sienta al borde del escritorio de roble:

—¿Te vas a alistar en la Reserva?

—Sí; sobre la mesa está mi solicitud. Fírmala.

Pedro toma el papel y lo lee. Firma y se lo entrega.

—Estás alistado. ¡Otro hermano...!

Orlando abraza a Pedro.

—El único que faltaba: porque Máximo es capitán, Atanasio, alférez, y Rafael es tu ayudante.

—Los cinco Ribero. ¡Nuestra vieja Paysandú se merece todo de nosotros. Aquí nacimos, y como tenemos que morir alguna vez... sería mucho mejor hacerlo por ella... Y aquí!

Pedro se separa de Orlando y de la panoplia que está detrás del escritorio descuelga un reluciente rifle. Lo mira un momento con nostalgia y luego se lo entrega a Orlando.

—Está fabricado en España y es de los más modernos. Me acompañó al Salto, ida y vuelta, cuando rompí el cerco de la Escuadra Imperial. Tiene vocación y destino de libertad, porque es bilbaíno de origen y sanducero de acción. Es tuyo.

Orlando toma el rifle y lo examina. Luego levanta su vaso: —brinda conmigo, Pedro, para que este rifle defienda la libertad contra la esclavitud.

—¡Y para que Paysandú sea madre y tumba de nuestro destino!

Los dos hermanos, el héroe y el adolescente, beben los vasos hasta vaciarlos.

En la borda de la cañonera francesa *Decidée,* anclada en el puerto de Paysandú, está su comandante, el capitán Olivier, acompañado por un oficial.

Ambos miran hacia la cañonera española *Vad-Rass* que está anclada a menos de doscientos metros de la francesa. Un bote viene de la *Vad-Rass* impulsado a remo por dos marineros y en ella, de pie, se ve al joven comandante español.

El bote llega a la *Decidée* y el marino trepa ágilmente por la escalera. Los dos comandantes estrechan sus manos.

—Nuestras sospechas se han cumplido, capitán Olivier. El almirante Tamandaré ha decidido bombardear Paysandú.

—Lo sé, capitán; y lo considero un asesinato a mansalva.

—Yo no permitiré ese crimen. Lo invito a decirle al almirante imperial el repudio de los marinos europeos.

—Está resuelto, mi querido capitán. Los comandantes de las cañoneras inglesa e italiana nos acompañarán. Tamandaré nos espera dentro de media hora.

El capitán español lo abraza emocionado.

El buque insignia de la Escuadra Imperial; avanza hacia él un bote en el que van Olivier, el capitán español y los comandantes de las cañoneras inglesa e italiana.

En la cubierta del buque insignia esperan el capitán de navío y dos tenientes de fragata de la armada de don Pedro,

El bote llega al pie de la escala y los cuatro marinos europeos suben. El capitán de navío los recibe con cortesana solicitud.

—El almirante Tamandaré tendrá el alto honor de recibirlos; por acá, señores. —Los guía por cubierta.

En la cabina capitana está Tamandaré escribiendo con una gran pluma de pavo real. Se oyen dos golpes en la puerta.

—¡Adelante!

Aparece el capitán.

—Los comandantes de las cañoneras europeas.

El almirante se pone de pie al tiempo que dice:

¡Bienvenidos! —Entran los cuatro comandantes—. Soy todo oídos para Vuestras Señorías.

—Molestaremos muy brevemente al señor Barón de Tamandaré —dice Olivier—, para decirle que repudiamos la decisión de bombardear Paysandú por los buques bajo su mando —agrega el capitán español.

—Lo lamento. Pero recibo órdenes de mi emperador.

—Es un crimen. Paysandú no tiene artillería para contestar a los cañones de la Escuadra Imperial.

—Son cosas de la guerra, capitán.

—El Imperio no ha declarado la guerra al Estado Oriental, insiste Olivier.

—Y no tiene motivos para intervenir en la guerra civil —acota el capitán español.

—Somos aliados del general Flores y obramos de común acuerdo.

—Contra todas las leyes de la política internacional. ¡El Imperio es un intruso en esta guerra de hermanos!

—Protegemos la vida y los bienes de nuestros súbditos.

—¿Y para éso necesitan sacrificar Paysandú impúnemente? ¡Pero no lo conseguiréis, señor, a la vista de mi buque! ¿Me acompaña, capitán Olivier?

—¡Con todos mis cañones!

—¿Y vosotros? —a lo que contesta el inglés: —Mi nave sabe correr cualquier riesgo.

—Y la mía está hecha para el combate —dice el capitán italiano.

El comandante español se acerca a Tamandaré.

—De usted depende, señor almirante.

Un bote llega a la borda de la nave insignia. Cuatro caballeros suben presurosos a cubierta, y son recibidos por dos oficiales. Inmediatamente se dirigen a la cabina de mando del almirante Tamandaré. El oficial que los conduce da dos golpes en la puerta y la abre.

—Los cónsules de Inglaterra, Italia, Francia y España.

Los cuatro entran. Tamandaré los mira con interrogante expectativa. El cónsul inglés se adelanta unos pasos. Se quita las gafas que limpia con el pañuelo, mientras mira a los comandantes de las cañoneras.

—En nombre de nuestros gobiernos no autorizamos ninguna acción de nuestros buques de guerra. El que lo hiciera será juzgado en rebeldía y por consejo de guerra.

Tamandaré suspira hondo y una sonrisa comienza a iluminar su rostro.

Los comandantes se miran entre sí.

Hay un profundo silencio dramático. Al fin, Olivier dice con voz cansada y amarga: —¡Si mi gobierno supiera que en Paysandú será atacada la libertad. . .!

El capitán español se muerde los labios y murmura:

—¡Mil hombres serán sacrificados y Paysandú convertida en escombros!

Tamandaré, en actitud cortesana, sonriente y afectuosa, se acerca al español y le dice:

—Mi querido capitán: el coronel Gómez tiene un medio de salvar a sus soldados y a Paysandú: ¡Rendirse!

El joven marino se encara con el Barón de Tamandaré y le contesta con violencia: —Prepare sus cañones, señor almirante, que yo pondré luto a mi buque.

Y sin agregar una palabra más, abandona la cabina pasando entre los cónsules, sin mirarlos. El comandante Olivier mira con admiración al marino español.

La guarnición de Paysandú, formada en la plaza.

En la explanada del Baluarte de la Ley está el coronel Leandro Gómez que tiene a su frente a la tropa con armas y banderas. Desde esa altura domina toda la plaza. A su espalda está el Estado Mayor. La banda está ejecutando el Himno Nacional.

Todo el mundo está firme, con el ardor patriótico pintado en los rostros altivos. Y todo el pueblo de Paysandú se ha echado a la calle.

El coronel Gómez apoya su brazo izquierdo en la baranda de ladrillos de la explanada; su mano derecha enarbola una lanza con el pabellón oriental. La banda concluye el himno y con voz clara, firme y alta, el coronel Gómez habla a la guarnición:

—¡Soldados de la patria! La línea de cantones del este tendrá por jefe al coronel don Emilio Raña; la del oeste, al comandante don Pedro Ribero; la del sur, al coronel don Tristán Azambuya, y la del norte, al coronel Federico Aberastury. El comandante Juan M. Braga será el jefe de la artillería y el capitán Federico Fernández mandará la batería volante. Todos estos jefes estarán bajo el mando directo del coronel Lucas Piriz.

El coronel Gómez abandona la explanada y comienza a descender, seguido de su Estado Mayor, mientras la banda comienza la marcha de Ituzaingó.

Avanzan por la plaza hacia la Comandancia Militar. Al llegar a la pirámide de la Libertad, Gómez mira a su frente con atención y se detiene. Su Estado Mayor queda junto a él. Por la plaza se acercan los cuatro comandantes de las

cañoneras, acompañados por dos oficiales de la guarnición de Paysandú. Al llegar junto a Gómez, al pie de la pirámide de la Libertad, los cuatro comandantes se detienen. Olivier se adelanta hacia Gómez.

—En nombre del almirante Tamandaré y del general Flores proponemos la capitulación de la plaza con todos los honores de la guerra; la guarnición saldrá de Paysandú con sus armas y pabellones bajo la garantía de los comandantes de España, Inglaterra, Italia y Francia.

Gómez no responde y se queda mirando fijamente a Olivier, luego clava en tierra el pabellón oriental que enarbola en su mano derecha. En seguida vuelve la cabeza a su Estado Mayor.

—Habéis oído. ¿Cuál es vuestra respuesta?

Lucas Piriz desenvaina su espada y se adelanta hacia el pabellón clavado en tierra; cruza el arma sobre él, mirando a los seis jefes que acompañan a Gómez. Sin titubear, Ribero, Aberastury, Azambuya, Raña, Braga y Fernández, también desenvainan sus espadas y adelantándose, las cruzan sobre el pabellón. Todos miran a Gómez. Piriz dice con voz vibrante:

—¡Juramos vencer o sepultarnos bajo los escombros de Paysandú!

—¡Juramos!

Gómez dice a Olivier: —La libertad no se rinde: ¡Pelea!

Olivier lo mira con admiración. El capitán español, apretando los labios, traga saliva. Hay un silencio angustioso; sólo se oye cada vez más lejana la marcha de Ituzaingó. Luego, el marino español se adelanta y estrecha en un fuerte abrazo al coronel Gómez. Olivier tiene la garganta anudada por la emoción.

cañoneras, acompañados por dos oficiales de la guarnición de Paysandú. Al llegar junto a Gómez, al pie de la pirámide de la Libertad, los cuatro comandantes se detienen. Olivier se adelanta hacia Gómez.

—En nombre del almirante Tamandaré y del general Flores proponemos la capitulación de la plaza con todos los honores de la guerra; la guarnición saldrá de Paysandú con sus armas y pabellones bajo la garantía de los comandantes de España, Inglaterra, Italia y Francia.

Gómez no responde y se queda mirando fijamente a Olivier, luego clava en tierra el pabellón oriental que enarbola en su mano derecha. En seguida vuelve la cabeza a su Estado Mayor.

—Habéis oído. ¿Cuál es vuestra respuesta?

Lucas Piriz desenvaina su espada y se adelanta hacia el pabellón clavado en tierra; cruza el arma sobre él, mirando a los seis jefes que acompañan a Gómez. Sin titubear, Ribero, Aberastury, Azambuya, Raña, Braga y Fernández, también desenvainan sus espadas y adelantándose, las cruzan sobre el pabellón. Todos miran a Gómez. Piriz dice con voz vibrante:

—¡Juramos vencer o sepultarnos bajo los escombros de Paysandú!

—¡Juramos!

Gómez dice a Olivier: —La libertad no se rinde: ¡Pelea!

Olivier lo mira con admiración. El capitán español, apretando los labios, traga saliva. Hay un silencio angustioso; sólo se oye cada vez más lejana la marcha de Ituzaingó. Luego, el marino español se adelanta y estrecha en un fuerte abrazo al coronel Gómez. Olivier tiene la garganta anudada por la emoción.

Es el alba y Paysandú está quieta y en silencio. Pero despierta y atenta. Hay 1.086 hombres sobre las armas, en las trincheras y cantones. Hay también familias en los patios de aljibes y jazmines. En los fondos de frutales, con paredes de ladrillos. En las salas de grandes puertas abiertas. Sin faroles, ni velas, ni candiles. Sólo con la luz azulada del alba. Todos esperan el ataque. No hay un solo rostro que flaquee.

La consigna es: pelear y morir por la patria y la libertad. Que es también consigna de inmortalidad.

Rompiendo el silencio se oye el acompasado tranco de las cabalgaduras de los coroneles Gómez y Piriz. Vienen desde la línea de defensa sur por la calle Monte Caseros y doblando a la izquierda se dirigen hacia la plaza.

Al pie del Baluarte está formada la Reserva. Los dos jefes pasan entre la doble fila de un centenar de infantes.

Casi toda la tropa es bisoña y a simple vista se ve que son jóvenes que han abandonado recientemente sus ocupaciones civiles para transformarse en guerreros. Se advierte, y lo demuestran, que se sienten orgullosos de pertenecer a la defensa de la Villa de Paysandú. Algunos son arrogantes y sus prontos deseos de lucha los manifiestan en la altisonante marcialidad de sus composturas y la seguridad en el manipuleo de sus armas. También son como ellos la mayoría de los oficiales improvisados que los mandan, que no sólo se distinguen por las jinetas, sino también por el especial empaque que ponen en las órdenes de ritual.

Pero en toda la pequeña columna flota, manifiestamente, un ánimo de fervor patriótico y ardor combativo. En esta reserva está Orlando Ribero, orgulloso de sí mismo, y orgulloso del reluciente fusil que le regalara su hermano Pedro y que ahora lleva cruzado a la espalda.

Concluida la lenta inspección de la Reserva, Gómez y Piriz desmontan y luego suben por la explanada del Baluarte. Van a reunirse con Larravide y dos oficiales del Estado Mayor que observan con anteojos la Cuchilla de Bella Vista y el puerto.

Hacia el este viene aclarando rápidamente. En el instante en que Larravide le alcanza un catalejo a Gómez, suena un fortísimo cañonazo. Viene del noroeste. La bala pasa rugiendo largamente por encima de la Reserva y el Baluarte. Cruza la Villa en diagonal y va a perderse en la zona montosa de la orilla del río.

—¡Lindo madrugón de Flores! —dice Piriz.

—Es el cañón Boca Negra, que Flores trajo del Salto. Lo conozco porque alguna vez lo he manejado con el coronel Luengas —acota Larravide.

Piriz agrega:

—Demasiado viejo para estos trotes. No creo que les sirva de mucho en esta ocasión. Ya dio todo en el tiempo de la Colonia.

La segunda bala no se hace esperar. Pero esta vez la puntería ha sido rectificada, pues la bala viene baja y directa contra el Cuartel de Guardias Nacionales.

Y haciendo un gran estruendo se estrella en la garita superior donde está el vigía. La pequeña construcción salta juntamente con el soldado y una masa destrozada de ladrillos, chapas y maderos se expande por el aire y luego cae sobre la calle y la plaza con largo estrépito.

Todos los que están cerca miran con el mismo pensamiento: "El centinela ha muerto".

Pero ante la alegría y el estupor de los testigos, desde

los escombros surge el muchacho con el uniforme en jirones y el rostro ennegrecido, pero ileso. Y mirando a todos, grita con voz potente y vibrante:

—¡Viva la patria! ¡Viva la libertad!

Una sola voz contesta en cien gargantas:

—¡Viva la patria!

Y la voz tonante del coronel Gómez:

—¡Ella te protege, hijo!

Y volviéndose hacia los artilleros del Baluarte, ordena:

—¡Fuego!

Instantáneamente se descarga la primera andanada de la defensa, dirigida contra la batería de Bella Vista; un clamor entusiasta y jubiloso se alza desde los cuatro puntos de los atrincheramientos. Ya está amaneciendo. Las primeras luces de la aurora permiten ver los perfiles del paisaje y edificios.

Gómez y Piriz observan con anteojos las líneas del enemigo. De pronto, desde el oeste, del lado del puerto, parte una formidable y prolongada detonación. El coronel Gómez baja los anteojos y exclama sonriendo:

—¡Otro madrugón!

El mayor Larravide se acaricia su fino bigote rubio y contesta alegremente:

—¡Son los Imperiales, mi coronel, que recién nos dan los buenos días!...

Todos ríen festejando la salida del mayor Larravide. Gómez lo mira y dice:

—¡Pues me gustaría que se acercaran hasta aquí para darles un "buenas noches" definitivo!

Los cañones de los cinco buques de guerra de don Pedro II comienzan a vomitar fuego y metralla sobre Paysandú. En el puente de mando de la nave insignia el almirante Tamandaré y su estado mayor dirigen el bombardeo.

Y en lo alto de la Cuchilla Bella Vista —que comenzan-

do en el río Uruguay se extiende hacia el este dominando la villa—, también lanza su lluvia mortífera sobre Paysandú una batería imperial servida por multitud de artilleros y ayudantes.

Desde la Cuchilla hasta una planchada del buque insignia, elegantes oficiales de vistosos uniformes han tendido dos filas paralelas de soldados. Por la planchada, negros esclavos de torsos sudorosos descienden cañones de grueso calibre, que, luego, los soldados van subiendo alternativamente y en repecho hasta la Cuchilla.

El aire de Paysandú está batido por los estallidos de las poderosas baterías enemigas.

La parte superior de un muro del cantón de la Aduana salta en pedazos y sobre los soldados cae una lluvia de escombros y polvo. La pared oeste de la jefatura de policía recibe el impacto de varias granadas y quedan sus huellas humeantes y negras. Desaparece una de las ventanas del Banco Mauá. Un corpulento ceibo se parte en dos y todo su ramaje cae sobre un patio de baldosas cubierto de macetas. Y edificios y calles van exhibiendo rápidamente la marca implacable que deja el bombardeo.

Cae en pedazos la pirámide de la Libertad, y los escombros de mármol blanco llamean bajo la caliente luz de ese sol de diciembre.

El oficial Alarcón sube a la carrera la explanada del Baluarte de la Ley y se cuadra frente a Gómez.

—Mi coronel: ¡El enemigo ha matado a la Libertad!

—No importa, señor oficial. ¡La levantaremos con las propias balas de sus asesinos!

Vuelve sus anteojos hacia el enemigo. Exclama con entusiasmo:

—¡Al fin se vienen contra nosotros!

Todos los jefes que lo acompañan profieren vibrantes gritos de combate. Ahora, bajo la luminosa claridad del

nuevo día, puede verse a simple vista el movimiento envolvente de las tropas combinadas de Flores y Tamandaré.

Una columna avanza en formación de ataque desde el puerto. Otra, lo hace irrumpiendo desde los montes que bordean el arroyo de Sacra. Un batallón avanza desplegado en guerrillas entre las malezas del lado sur y otro, el brillante batallón de marina de la escuadra, lo hace descendiendo la Cuchilla Bella Vista.

Gómez se vuelve a sus subordinados. Les dice con voz plena de fervor y confianza:

—¡Y ahora, camaradas, al combate! ¡A enseñarles cómo se lucha y cómo se muere en defensa del suelo patrio!

En la calle Del Plata, a pocos metros de la plaza y del Baluarte, está formada la reserva, lista para entrar en acción. La pequeña columna no guarda constantemente el ordenamiento estático, pues el deseo de lucha que desborda en los jóvenes, les impide conservar su posición de firmes por mucho tiempo. Es inútil que los oficiales insistan en sus órdenes de formación. La columna está en permanente y agitado movimiento. Las andanadas enemigas que caen sobre Paysandú no hacen más que enardecer a los soldados. Muchos son los que ante el estallido de las granadas, rompen la formación con las armas prontas y miran desafiantes hacia Bella Vista o el puerto.

Desde la calle Sarandí aparecen a todo galope el coronel Piriz y un ayudante. El coronel desmonta y exclama con voz animosa:

—¡Ahora nos toca a nosotros, muchachos!

Toda la reserva estalla en un grito:

—¡Viva el coronel Piriz!

—¡Cuatro pelotones, soldados! ¡A formar!

Con animosa disciplina los grupos se forman en el acto.

—¡Muy bien, muchachos! Ahora irán de reserva a los

puntos más débiles. ¡Y a poner el ojo junto con la bala! ¡A la comandancia militar! ¡A la trinchera este! ¡Al cantón de Florida y Montevideo! ¡A la jefatura!... ¡Carabina al brazo y trote de ataque! ¡Viva la patria!

—¡Viva!...

—¡A darle el vuelto, muchachos, al indio Flores y al gringo Tamandaré! ¡March!...

La reserva abandona la calle con ardoroso trote y carabina pronta.

En el pelotón destinado a la comandancia militar va Orlando Ribero. Al cruzar la plaza pasan junto a los escombros de la Pirámide de la Libertad. El joven aprieta los dientes con rabia.

En la puerta de la comandancia ya los está esperando el mayor Torcuato González. La figura baja y recia del mayor se adelanta al pelotón y antes de que éste se cuadre para saludar, le ordena:

—¡Mitad al edificio y mitad a la trinchera de la esquina!

Una decena entra a la comandancia y el resto sigue al trote hasta la bocacalle.

El capitán Adolfo Areta les sale al encuentro y sus ojos vivísimos inspeccionan de un solo golpe a todo el pelotón. Con una corta sonrisa se pone los pulgares en la faja y les dice:

—Les anticipo que esto no es una parada. Están muy bien vestidos y mejor lustrados. Pero aquí se van a llenar de humo y pólvora. Además no van a comer cuando tengan hambre ni beber cuando tengan sed; sino cuando puedan y los deje el enemigo. Les digo esto para que se enteren y darles oportunidad a los que quieran volverse. Pero rápido porque el enemigo se nos viene encima con muchas ganas de pisotearnos la cabeza.

Las palabras del gallardo capitán Areta sorprende al pelotón y por un segundo se produce un silencio confuso. Pero se adelanta Orlando Ribero con decisión.

—¡No deseamos otra cosa que entrar en pelea para defender el suelo patrio!

—Muy bien. Así hablan los orientales. ¡Y ahora a los flancos de la trinchera y atentos a mis órdenes de fuego y carga!

Con entusiasmo incontenible el pequeño grupo salta a la trinchera y corre a tomar posiciones. En ella ya hay una docena de infantes tendidos tras las bolsas de tierra, atentos al movimiento del enemigo que tienen enfrente a menos de mil metros.

Por el costado noreste de la Cuchilla desciende el brillante batallón de marina de la escuadra imperial. Está uniformado con levita azul y pantalón y correaje blancos. Su formación es en cuatro columnas paralelas a corta distancia unas de otras. Al centro está la banda que ejecuta airosas marchas de seguro compás. Brillan al sol los resplandecientes instrumentos de bronce. Y al frente del batallón, surgiendo de infinidad de banderines de mil colores, el alto pabellón imperial de don Pedro II.

El batallón no siempre conserva su formación, pues se ve obligado a realizar cortos pero repetidos rodeos para evitar las profundas fisuras de la escarpada Cuchilla que, además, opone al paso de los infantes multitud de filosas piedras sueltas y duros arbustos nacidos entre las grietas.

A un costado de la trinchera, a unos 20 metros, hay un cañón con montaje en carronada, pero carece de una base lisa que le permita rodar sin dificultad en el retroceso. El

oficial que los manda y los cuatro artilleros están atentos y tensos.

A unos 40 metros, más al centro de la plaza y frente a la Iglesia nueva, hay una piecita de bronce de a 6, mandada por el capitán Federico Fernández y servida por cuatro artilleros.

El capitán Fernández come una manzana mientras observa a su frente al enemigo.

La Iglesia en construcción está transformada en cantón. El costado que mira al norte y la parte de la sacristía situada al fondo del templo, está ocupada por 50 hombres que manda el mayor Belisario Estomba. El mayor se ha colocado casi a horcajadas en la ventana superior para no perder detalle del avance del enemigo.

Un rancho que está en el ángulo de la plaza, sobre la calle Florida y debajo de la ventana de Estomba, está ocupado por 15 guardias nacionales también atentos al enemigo que se les viene de frente.

El cañón del Baluarte dispara contra la batería emplazada en Bella Vista. La batería contesta con una andanada. Varios proyectiles caen cerca del Baluarte. El cañón del capitán Fernández también dispara contra la batería. Y lo mismo hace el otro cañón.

La batería descarga otra andanada. Un proyectil hace blanco en el Baluarte. Otro da en el cañón con montaje en carronada y lo da vuelta, poniendo fuera de combate a dos artilleros. Los sobrevivientes se esfuerzan por repararlo.

El batallón de marina sigue avanzando.

Desde la comandancia, la Iglesia y la trinchera, todos están esperando el momento de hacer fuego. El batallón llega a 300 metros de la línea de defensa.

Belisario Estomba desde la ventana de la Iglesia baja el brazo. Torcuato González, que lo está observando detrás de un pilar de material, mira a sus soldados y baja el brazo. También lo hace el capitán Areta, que está agazapado en la trinchera. Simultáneamente se hace fuego desde la comandancia, la Iglesia y la trinchera.

El batallón de marina que avanza con música y banderas desplegadas es tomado con nutrido impacto. Muchos soldados caen y ruedan por las pendientes. La fila se rompe en la mayor confusión.

Pronto se disgrega. Unos corren a protegerse en los ranchos que están cerca. Otros se tiran tras los cercos de arbustos y otros huyen en dirección al puerto a través de las quintas.

Los oficiales hacen esfuerzos para contener el desbande, pero el golpe ha sido tan duro que todo es inútil. La segunda y tercera descarga completan y rematan la obra. La mayoría del batallón desaparece en precipitada y desordenada fuga.

Pero vuelve a tronar la batería de Bella Vista, esta vez combinada con la artillería de la escuadra. Y lo hace con renovado furor, como si deseara acabar de un golpe con el obstinado e increíble orgullo de los defensores.

El cielo de Paysandú se cubre de un techo de hierro y plomo rugiente, que destruye a ciegas y con rabia, todo lo que encuentra a su paso.

Un proyectil de grueso calibre perfora una de las paredes del Baluarte de la Ley en la parte media. En la plataforma superior asoma la cabeza del comandante Braga mirando hacia abajo. La puerta del Baluarte se abre y apa-

rece el alférez Juan José Díaz seguido de dos soldados. Mira hacia arriba la pared perforada por la bala.

En seguida, con extraordinaria agilidad trepa por las rajas de la pared y llega al agujero. Mira hacia adentro con atención, apoyando la cintura en el borde roto del muro. Los dos soldados lo miran desde abajo. Braga, que lo observa desde arriba, le grita:

—¿Hay novedad, ayudante?

Juan José Díaz lo mira sonriente y le responde:

—¡Nada, mi comandante! ¡Pero si la bala pega medio metro más abajo, volamos todos! ¡Está el polvorín!

Braga lía un cigarrillo mientras le dice sin inmutarse:

—Bueno, ayudante. Si tiene tiempo lleve ese polvorín a otra parte. Yo tengo mucho que hacer con mi cañoncito.

—Y volviéndose a sus artilleros, ordena:

—¡Fuego a los de enfrente!

El cañoncito dispara su proyectil.

La columna enemiga, que avanza desde el puerto, entra a la calle Real y se pone a tiro del cantón formado en el Banco Mauá. Desde ahí, le abren un mortífero fuego de fusilería.

Por la calle 8 de Octubre avanza otra columna. Pero es recibida con cerrada descarga que produce numerosas bajas. Los que quedan en pie, sólo atinan a protegerse tras los restos humeantes de una casa.

Mas sigilosamente, un pelotón de defensores pasa de una casa a otra, a través de los boquetes abiertos en las paredes. No tardan en colocarse a retaguardia de los atacantes. Y desde ahí, abren un fuego tan inesperado como mortífero. Pocos enemigos logran escapar a ese cerco de muerte.

Los cañones de la escuadra siguen atronando el aire. La

batería de Bella Vista concentra sus fuegos sobre la Iglesia en construcción y el Baluarte.

La parte superior del muro oeste del templo salta convertido en polvo y escombros. La parte media de la explanada es convertida en astillas. Un obús hace volar la mitad del techo de la cuadra de los artilleros. La esquina este de 8 de Octubre y Del Plata, se derrumba con estrépito y una lluvia de ladrillos, cal y barro seco, cae sobre los defensores de la trinchera.

Desde el pequeño cantón que está en la esquina de Artes y Florida, un capitán y diez soldados miran con rabia hacia la línea enemiga del norte. El capitán es Laudelino Cortés, cuyo ancho pecho se agita violentamente bajo la casaca abotonada, como si fuera a estallar.

Es que ve a medio centenar de soldados imperiales que toman por asalto una casa que está a unos cuatrocientos metros del cantón. El enemigo, ya ha aprisionado en el patio de baldosas rojas a cuatro mujeres, que intentaban escapar y que, ahora, forcejean por libertarse. Todas tienen los vestidos destrozados y sueltas las largas cabelleras. En este momento dos de ellas, sacando fuerzas del terror, logran desprenderse de sus captores y procuran salvar el patio hacia el monte. Pero otros soldados les cierran el paso entre risotadas y ademanes obscenos. Entonces retroceden y a la carrera entran en la casa. Las otras dos son arrastradas hacia el interior de un granero, desde donde vienen otros soldados dando gritos de alegría, que resuenan como aullidos.

Laudelino Cortés abandona el cantón y se lanza a la carrera por la calle Artes. Llega a la esquina de 8 de Octu-

bre donde está el coronel Emilio Raña cargando un cañoncito reparado junto a sus artilleros.

—Mi coronel: el enemigo ha tomado la casa del receptor de Aduana y se lleva a las mujeres.

—¿Y qué espera para atacarlos?

—Su orden.

—¡Ya está dada!

Cortés regresa a la carrera. Llega al cantón y les grita a sus soldados:

—¡Carabinas listas! ¡Al ataque!

Laudelino Cortés y sus diez soldados saltan el foso que protege los atrincheramientos y se internan entre las breñas y escarpaduras que los separa de la casa atacada. En pocos momentos llegan hasta las inmediaciones de su objetivo. Ordena la detención. Mira a través de la maleza. Ve la casa sin soldado alguno, pero oye el coro de risotadas de los hombres y los gritos despavoridos de las mujeres. Sin vacilar ordena:

—¡A la carga!

Y los once hombres atacan como demonios. Irrumpen por la puerta y las dos ventanas con extraordinario frenesí guerrero.

La casa tiene en la planta baja una pieza grande y dos más pequeñas. Una escalera conduce a las habitaciones superiores. En la pieza grande hay dos mujeres casi desmayadas y semidesnudas en brazos de la soldadesca. A los tiros de los atacantes ocho soldados caen heridos de muerte. El resto es atacado a facón.

Simultáneamente aparecen varios soldados enemigos en la parte superior. Un pistoletazo de Laudelino Cortés voltea al primero que aparece. Los otros se balean con los atacantes.

Cortés sube la escalera abriéndose paso a punta de facón y entra en una pieza ultimando al que le cierra el paso. En un rincón hay otra mujer, aterrorizada, con los cabellos

revueltos y los vestidos desgarrados. Por la puerta que comunica con el cuarto contiguo, aparece un sargento enemigo con el sable desenvainado. Tira un sablazo a Cortés y éste lo esquiva desviándolo con el facón. El sable parte una silla. Aparecen dos soldados de Cortés y entonces el sargento salta una ventana y se deja caer fuera. Cortés salta también. El sargento huye entre la maleza con grandes zancadas. En pocos segundos logra sacar gran ventaja.

Laudelino se esfuerza por alcanzarlo, saltando ágilmente por entre los obstáculos. Y así los dos hombres se van alejando de la casa hasta que el sargento vuelve la cabeza y, al ver solo a Cortés, se detiene con el sable tendido, esperándolo con confianza.

Ya está Cortés junto a él. Y comienza el duelo. Sable contra facón.

Una lluvia de hachazos de Laudelino Cortés se estrellan en el sable del sargento, pero sorprenden a éste y lo obligan a retroceder. Intenta tirarse a fondo pero hábilmente Cortés lo fintea y vuelve a la carga con ímpetu incontenible. El sargento comienza a retroceder, combatiendo a la defensiva. Entre hachazo va y sablazo viene recorren un gran trecho y llegan a la orilla del monte donde hay una zanja. Y caen en ella.

Los soldados de Cortés se van acercando a la carrera. Al ver desaparecer a su jefe redoblan sus esfuerzos. Ya están a menos de veinte pasos de la zanja. Y ven surgir de ella a Laudelino Cortés envainando el facón.

Los cañones de los buques y las baterías de Bella Vista, no se dan tregua. Paysandú se va convirtiendo en escombros. Pero cada cantón, cada trinchera, cada casa, detrás de cada pared, de cada pila de lana, o de tierra, o de escombros, los defensores de la libertad no flaquean. Los que

caen, lo hacen sin proferir una queja. Sus labios sólo se abren para gritar:

—¡Viva la patria! ¡Viva la libertad!

El teniente Encina mira con su anteojo desde lo alto de la Iglesia en construcción. Sobre él, en la media naranja, flamea la bandera.

A través del anteojo ve a unos 50 imperiales que han tomado posición en la casa de una granja que está a 500 metros de la línea de defensa en el costado noreste.

El teniente está solo y desciende apresuradamente desde la altura de la iglesia, bajo el continuo bombardeo. Lo hace ágilmente, mostrando su destreza juvenil y un gran desprecio por el peligro.

Llega al pie de la iglesia y, corriendo velozmente, cubre los 40 metros que lo separan de la trinchera que está en la bocacalle de la Comandancia Militar. Llega a la trinchera y grita:

—¡Diez voluntarios para desalojar un cantón!

Todos los soldados que están en la trinchera dan un paso al frente. El capitán Areta mira a Encina extrañado.

—¡Hay orden de no salir de trincheras!

—¡Me manda el comandante Estomba!

—¿Dónde está ese cantón?

—A nuestro frente, a menos de 500 metros.

Areta separa a diez soldados. Luego le dice a Encina:

—Cumpla la orden, teniente, y ¡buena suerte!

Encina se pone al frente del pelotón; todos escalan la trinchera y saltan el foso. No tardan en perderse entre hondonadas y breñas. Pero poco después reaparecen avanzando entre cercos y ranchos abandonados.

Una casa de material con corredor y azotea, está siendo convertida en cantón por un grupo de soldados imperiales. Un pequeño cañón es levantado por medio de cuerdas para

ser colocado en la azotea. Cerca hay una carretilla con balas de cañón y muchos fusiles colocados en pabellón. También hay una lanza con la bandera imperial y dos tambores y un clarín.

Encina se arrastra hasta muy cerca de la casa. Espía los movimientos del enemigo. Cuando el cañón ha sido izado casi a la azotea, grita a sus soldados:

—A la carga. ¡Viva la libertad!

Como un solo hombre el pelotón irrumpe en la casa con gritos de guerra y vivas de triunfo. El enemigo, totalmente sorprendido, sólo atina a una débil resistencia y en seguida se pone en precipitada fuga hacia Bella Vista, donde están las baterías que pueden protegerlos. Han dejado en el campo todas sus armas y bagajes.

Encina corta con su sable las sogas que atan al cañoncito. La tropa festeja el triunfo con cantos y vítores. Pocos minutos después, Encina y su pelotón regresan con el cañoncito, la carretilla con las balas, los fusiles, los instrumentos de música y el pabellón tomado al enemigo.

En la trinchera los está esperando el capitán Areta, quien fuma apoyado el pecho sobre una bolsa de tierra. Mira a los que vuelven con una indefinible alegría.

Encina es el primero en saltar el foso y subir la trinchera. Con gran alegría le dice a Areta, mientras señala el cañoncito que traen sus soldados:

—¿Qué le parece, mi capitán?

Areta lo estrecha en un abrazo y luego le da la mano.

—Lo felicito, teniente. ¡Ha estado inspirado! —Van pasando los soldados con los trofeos.

—¡Colocaré el cañón en una ventana de la iglesia!

Y sale tras sus soldados con rápido paso. Pero se oye la voz del capitán Areta que lo llama.

—¡Teniente Encina!

Encina gira sobre sus talones.

—¿Mi capitán?

Areta se acerca lentamente:

—Estuve con el comandante Estomba... que no se entere de su salida porque lo castigará por desobediencia...

Encina mira un momento a Areta; luego le dice sonriente:

—Como no tenemos artillería para contestar al enemigo quería robarle un cañón para devolverle las balas, mi capitán.

Una andanada de la escuadra hace saltar escombros en el Baluarte. Otra, en la jefatura de policía; otra en *El Ancla Dorada;* otra, en la Iglesia en construcción.

Un pelotón de soldados enemigos avanza por la calle Real desplegados en guerrillas, hacia el Banco Mauá, cantón que defiende el comandante Inocencio Benítez.

El enemigo avanza agazapado contra paredes y cercos. Lo hace en carreras cortas y rápidas, buscando siempre la protección de las casas que están en el camino.

Los hombres del cantón los esperan con las armas listas. Espían al enemigo a través de las troneras y mechinales abiertos en las paredes. Inocencio Benítez está con el brazo derecho levantado.

Por la calle Treinta y Tres, que hace esquina con la calle Real, avanza otro pelotón de enemigos en actitud semejante a los que atacan por ésta.

El segundo grupo va a atacar la casa que está frente al Banco Mauá y que es el cantón que manda el comandante Silvestre Hernández. El Banco Mauá y el cantón están unidos por una trinchera en forma de semicírculo.

Los hombres de Hernández están con sus armas listas,

ocultos tras las puertas y ventanas de la casa. También el comandante tiene el brazo en alto, mirando a través de un agujero de la pared que es frente del ataque.

El enemigo avanza con sigilo y cautela, pero decidido. Las dos columnas se reunen en la esquina y como si esto fuera la señal, se lanzan al asalto disparando sus armas y dando gritos de victoria, que se mezclan con el atronador estampido de los cañones de la escuadra.

El comandante Benítez baja el brazo y simultáneamente, sus hombres descargan los fusiles. Lo mismo hace el comandante Hernández y los hombres de su cantón, disparan sobre el enemigo a quemarropa.

Éste, que ya está sobre la trinchera y junto a puertas y ventanas de los dos cantones, recibe el impacto de frente. Los tiros causan estragos en las filas. Caen desde las ventanas que habían trepado y desde la azotea de una casa que lograron escalar. Y desde la parte superior de la trinchera, a la que los más audaces pudieron encaramarse.

Los hombres de los cantones estallan en gritos de victoria. Atronando el espacio, se oye:

—¡Independencia o muerte!

El cantón que está en la casa de comercio *El Ancla Dorada* se defiende bravamente contra fuerzas diez veces superiores. El enemigo le hace fuego desde dos azoteas que están en frente. El interior del *Ancla Dorada* está cubierto de cadáveres.

El capitán Senosián, que manda el cantón, descarga su fusil y luego se lo pasa al asistente para cargarlo, mientras dispara sus pistolas.

El enemigo avanza por la calle 8 de Octubre con una pieza volante, pero los defensores hacen blanco y caen los dos soldados que arrastraban la pieza.

El oficial que manda el grupo repara en una barraca

Areta se acerca lentamente:

—Estuve con el comandante Estomba... que no se entere de su salida porque lo castigará por desobediencia...

Encina mira un momento a Areta; luego le dice sonriente:

—Como no tenemos artillería para contestar al enemigo quería robarle un cañón para devolverle las balas, mi capitán.

Una andanada de la escuadra hace saltar escombros en el Baluarte. Otra, en la jefatura de policía; otra en *El Ancla Dorada;* otra, en la Iglesia en construcción.

Un pelotón de soldados enemigos avanza por la calle Real desplegados en guerrillas, hacia el Banco Mauá, cantón que defiende el comandante Inocencio Benítez.

El enemigo avanza agazapado contra paredes y cercos. Lo hace en carreras cortas y rápidas, buscando siempre la protección de las casas que están en el camino.

Los hombres del cantón los esperan con las armas listas. Espían al enemigo a través de las troneras y mechinales abiertos en las paredes. Inocencio Benítez está con el brazo derecho levantado.

Por la calle Treinta y Tres, que hace esquina con la calle Real, avanza otro pelotón de enemigos en actitud semejante a los que atacan por ésta.

El segundo grupo va a atacar la casa que está frente al Banco Mauá y que es el cantón que manda el comandante Silvestre Hernández. El Banco Mauá y el cantón están unidos por una trinchera en forma de semicírculo.

Los hombres de Hernández están con sus armas listas,

ocultos tras las puertas y ventanas de la casa. También el comandante tiene el brazo en alto, mirando a través de un agujero de la pared que es frente del ataque.

El enemigo avanza con sigilo y cautela, pero decidido. Las dos columnas se reunen en la esquina y como si esto fuera la señal, se lanzan al asalto disparando sus armas y dando gritos de victoria, que se mezclan con el atronador estampido de los cañones de la escuadra.

El comandante Benítez baja el brazo y simultáneamente, sus hombres descargan los fusiles. Lo mismo hace el comandante Hernández y los hombres de su cantón, disparan sobre el enemigo a quemarropa.

Éste, que ya está sobre la trinchera y junto a puertas y ventanas de los dos cantones, recibe el impacto de frente. Los tiros causan estragos en las filas. Caen desde las ventanas que habían trepado y desde la azotea de una casa que lograron escalar. Y desde la parte superior de la trinchera, a la que los más audaces pudieron encaramarse.

Los hombres de los cantones estallan en gritos de victoria. Atronando el espacio, se oye:

—¡Independencia o muerte!

El cantón que está en la casa de comercio *El Ancla Dorada* se defiende bravamente contra fuerzas diez veces superiores. El enemigo le hace fuego desde dos azoteas que están en frente. El interior del *Ancla Dorada* está cubierto de cadáveres.

El capitán Senosián, que manda el cantón, descarga su fusil y luego se lo pasa al asistente para cargarlo, mientras dispara sus pistolas.

El enemigo avanza por la calle 8 de Octubre con una pieza volante, pero los defensores hacen blanco y caen los dos soldados que arrastraban la pieza.

El oficial que manda el grupo repara en una barraca

que está en la acera de la derecha, a menos de cincuenta metros. Y ordena entrar en ella. El pelotón penetra en un amplio cobertizo donde se apilan gran cantidad de cueros, sacos de trigo y bolsas de harina. Con toda rapidez cargan sobre los hombres todo lo que pueden y regresan a la calle. En fila india se dirigen con sus cargas hasta la pieza y prestamente forman un atrincheramiento en semicírculo, resguardándolo.

Acto continuo comienzan a disparar contra *El Ancla Dorada*. Tres disparos son suficientes. *El Ancla Dorada* es perforada como si fuera de papel y puertas y ventanas saltan en pedazos.

La mitad de los defensores que aún están en pie queda fuera de combate. El capitán Senosián es herido en un brazo y simultáneamente su asistente cae en el momento en que le alcanza el fusil cargado. Y la pieza volante sigue haciendo estragos en *El Ancla Dorada*.

Senosián ordena retirarse a la casa de al lado y llevarse a los heridos. Cuando han traspuesto el muro que separa ambas casas, haciendo prodigios de destreza para pasar los heridos, irrumpen los enemigos en el cantón abandonado. Doscientos soldados de Flores y Tamandaré, hacen de la toma del cantón una gran victoria, y gritan y dan vivas frenéticamente.

—¡Viva el general Flores!

—¡Viva el emperador don Pedro II!...

Senosián y sus hombres ya han llegado a la casa contigua y están tomando posiciones; en ese momento llegan veinte soldados de refuerzo que inmediatamente se parapetan en la casa y disparan contra los que tomaron el cantón. Desde la azotea, ventanas y pilares, parte un fuego mortífero y continuado.

El enemigo deja instantáneamente de dar vivas y contesta sorprendido y vehemente el nuevo ataque.

El duelo de fusilería se realiza ahora con extremo tesón por ambas partes y las filas de los contendores comienzan a ralear rápidamente.

La jefatura de policía, convertida en cantón, es defendida por diez reservistas y cuarenta soldados de la compañía de Tacuarembó, todos al mando del comandante Pedro Ribero. Los defensores disparan sus armas en tres direcciones, pues el enemigo le lleva un triple ataque de fusilería.

Un pelotón les hace fuego desde el medio de la calle Montevideo; otro desde la bocacalle sur de Comercio; y el tercero concentra sus fuegos desde las ventanas de una casa de dos pisos, sobre 8 de Octubre, y distante unos cien metros. El fuego es continuado y rápido por ambas partes.

Pedro Ribero aparece en el patio de la jefatura bajando la escalera de ladrillos que conduce a la azotea. Viste pantalón militar gris, botas de media caña, faja celeste y resplandeciente casaca blanca. Está en cabeza. Lleva un mate en la mano, que sorbe con fruición. De la cintura penden un par de pistolas. Ordena:

—¡Cuatro tiradores para la azotea!

Diez soldados abandonan sus puestos en los mechinales ardidos de pólvora y se cuadran frente al comandante. Éste va palmeando la espalda de los elegidos. Inmediatamente sube la escalera seguido por cuatro soldados.

Llegan a la azotea. Ésta tiene una baranda de hierro y cuatro pilares. Detrás de cada pilar hay un defensor fuera de combate. Los soldados ocupan sus puestos detrás de los pilares y recomienzan el fuego. Las balas silban sobre la azotea y muchas de ellas hacen saltar en pedazos los ladrillos y revoques de las cornisas.

Pedro Ribero cruza la azotea con el mate en la mano y

va al extremo opuesto. Ahí hay un pequeño fuego de leños y sobre él, una caldera. Llena el mate y comienza a sorber mientras observa el combate. Se fija atentamente en la dirección de los tiros de sus soldados y alternativamente se acerca a cada uno de ellos para controlar la puntería. También mira los puntos que ocupa el enemigo, estudiándolo. De pronto va rápido hacia uno de sus soldados y tomándole el caño del fusil, se lo desvía.

—¡Contra aquella ventana!

Y señala hacia la ventana superior de la casa de dos pisos. El soldado apunta y dispara. El tiro hace saltar el revoque del marco.

En la habitación superior de la casa hay varios soldados de Flores, que disparan sus fusiles contra la jefatura. Un oficial mira a través de las rejas de la ventana y les grita a los soldados:

—¡A ése de la blusa blanca, muchachos!

Cinco soldados colocan los caños de los fusiles a través de las rejas y disparan.

Varias balas pegan en el pilar donde está Ribero, haciendo saltar cascotes y polvo. El soldado, que está resguardado detrás del pilar exclama:

—¡Póngase detrás del pilar, mi comandante!

—¿Para qué, muchacho? ¡A ésos les tiembla el pulso!... ¡Fuego!

El soldado dispara.

Uno de la ventana cae. El oficial grita:

—¡Al de la blusa blanca! ¡No es posible que siga ahí!

Sus soldados disparan con rabia una descarga cerrada.

Las balas silban en torno a Ribero y algunas vuelven a pegar en el pilar, otras desgajan un rosal que está en una maceta junto a la baranda. Ribero ríe con risa franca y alegre.

—Cada vez más lejos... ¡Dale, muchacho!

El soldado vuelve a hacer fuego al tiempo que dice:

—¡Lo van a quemar, mi comandante!

—¿Pero no ves que los he puesto nerviosos? ¡Dale otro chumbo mientras lleno el mate!

Va al otro extremo de la azotea y levanta la caldera del fuego llenando el mate. Las balas del enemigo zumban a su alrededor.

Los cuatro soldados contestan los tiros, detrás de los pilares.

El oficial de Flores, agita los puños con rabia al tiempo que les dice a sus soldados:

—¡Hay que voltearlo! ¡No puede ser que lo protejan las hadas!

Los soldados descargan sus armas.

Ribero vuelve con el mate hacia el pilar. Las balas enemigas deshojan el rosal y hacen saltar pedazos de cornisa. Les grita agitando el brazo alegremente:

—¡Aprendan a tirar, maulas!

El oficial se quita el sombrero con la divisa colorada y lo tira con furia contra el suelo.

—¡Si me lo cuentan no lo creo! —En seguida se da vuelta y les grita a sus soldados: —Denme un fusil.

Un soldado se lo alcanza. El oficial toma puntería cuidadosamente. Dispara.

La bala rebota en el borde del pilar, junto a Ribero.

—Ahora van mejorando. ¡Fuego! —exclama Ribero. El soldado hace fuego.

El oficial es herido en el hombro y el fusil salta de sus manos. Retrocede hacia el interior de la pieza abandonando la ventana, tomándose el brazo herido. Está pálido de rabia y de impotencia. Se sienta en una bolsa mientras dice entre dientes a sus soldados:

—¡A ese hombre lo protege el demonio!...

En seguida grita:

—¡El que voltee al de la blusa blanca va ascendido! Los soldados lo miran desalentados y uno dice:

—¡No es posible, mi capitán! El coraje del de la blusa blanca no es natural... ¡Es el mesmo diablo que nos castiga por aliarnos al imperio!

Los demás soldados asienten con la cabeza y miran al oficial tratando de convencerlo con la mirada. Éste la sostiene un momento; luego arruga el entrecejo y lentamente baja la cabeza mirando al suelo.

Todos están en silencio. Se oyen las descargas de fusilería que vienen de todos los puntos de Paysandú y, de pronto, absorbiendo y cubriendo todos los ruidos, estalla, larga y atronadora una formidable andanada de los buques de Tamandaré.

Los soldados, como tocados por un resorte, se estremecen y miran en la dirección del puerto. El oficial levanta la cabeza rápidamente y también mira en esa dirección. Un sudor frío asoma a su frente. Al fin dice al soldado:

—¡A lo mejor tenés razón, Ventura!... ¡Si no es el diablo se le parece bastante! Y no le gusta que los cañones del imperio volteen Paysandú... como a mí tampoco me gus-

Silvestre Hernández está en una ventana alta a la que se llega por una escalera. Reconoce el uniforme de los cazadores y se queda observándolos con curiosidad.

El batallón avanza con paso rápido y resuelto.

El mayor Larravide está en lo alto del Baluarte de la Ley junto al comandante Braga. Mira con un anteojo en la dirección del puerto.

Larravide se quita el anteojo y se lo pasa a Braga, señalando en esa dirección.

—¡Mire y dígame que ve, comandante!

Braga se coloca el anteojo y enfoca en la dirección indicada por Larravide.

—¡Cáspita! Un batallón de Cazadores... ¡Si no se han movido de la defensa!

—¡Linda pruebita se mandan los colorados!

—¡Y se vienen como Juan por su casa! ¡Han engañado a Silvestre Hernández!

—¡Le aseguro que ese caballo de Troya no entrará en Paysandú! —grita Larravide.

A la carrera desciende el torreón y monta de un salto su caballo. Parte a toda carrera hacia el cantón de Silvestre Hernández. El falso batallón de Cazadores ya está a menos de doscientos metros del cantón.

Hernández los sigue mirando convencido de que es fuerza de la Defensa. Llega Larravide a toda carrera. Frena el caballo y desmonta de un salto. Larravide le grita a Hernández, señalando hacia el batallón:

—¡Fuego contra esa fuerza!

—¡Pero si son de los nuestros! ¿No ven que son Cazadores?

—¡Ninguno de los nuestros ha salido de la plaza! ¡Es una treta!

Hernández titubea y mira de nuevo.

—¡Ahijuna! ¡Conque me querían sorprender. . . ! Pero déjelos que se acerquen bien, mayor.

Ya está Larravide junto a él y rápidamente distribuyen los soldados en el cantón, dando el frente al batallón que avanza. Hernández y Larravide toman sendos fusiles y se acomodan en las aspilleras. Todos prontos, esperan. El enemigo sigue avanzando. Viene con las armas preparadas. Llega a cincuenta metros del cantón. Larravide ordena:

—¡Fuego!

Contesta una descarga cerrada. El batallón recibe el impacto de frente y la mitad queda fuera de combate. El resto se disgrega a la carrera.

El mayor que los manda se va arrastrando entre los arbustos; cerca de él, también lo hace el capitán.

—¡Que no se le ocurran más ideas al coronel Suárez. . . !

Los buques de la escuadra descargan una andanada. Varias balas dan en el corralón de la hacienda construido con troncos y techos de paja. Los cercos saltan en pedazos y los techos se incendian.

Los animales son víctimas del pánico y se produce la estampida. Huyen en todas direcciones, saltando entre el fuego y los escombros. Atropellan las calles, trepan trincheras, saltan fosos. Se pierden en todas direcciones por montes, cuchillas y arroyos. Se ha perdido el alimento base de los defensores de Paysandú.

El ataque lanzado por el enemigo es general en los cuatro costados de la defensa de Paysandú. Y en todos los puntos es rechazado con grandes pérdidas.

Al coronel Piriz se lo ve en todos los puntos de los atrincheramientos. A veces cargando un cañón; otras, mandando personalmente un reagrupamiento de fuerzas; otras, tomando el mando temporal de un oficial caído. Y siempre alentando y dando el ejemplo. Parecería que su cuerpo es inmune a la fatiga y a las balas.

Federico Fernández, arrastrando su pieza volante sigue al coronel a los puntos más débiles para recibir a cañonazos a los batallones enemigos más audaces. Y Rafael Pons, con su otra pieza, llena los claros más amenazados, empujando el cañoncito, cargándolo, disparando, y aun gritarle al enemigo, a veces para desafiarlo, otras para insultarlo.

Aquí y allá, en las trincheras, en los cantones, en los baldíos, la guarnición se bate con fervor indeclinable. Y jefes, oficiales y soldados se confunden en una sola idea y en una sola vibración: el suelo de la patria no será hollado. Y el enemigo paga con sangre cualquier arresto de audacia.

Sólo el bombardeo de la escuadra y Bella Vista no puede ser rechazado. Por todas partes se ven edificios en ruinas, casas humeantes, paredes perforadas, puertas hechas pedazos, rejas fragmentadas y retorcidas.

Las calles están llenas de hoyos producidos por el rebote de las balas de cañón y la explosión de bombas y granadas. Pero al tope de Paysandú, en la media naranja de la Iglesia en construcción, flamea la bandera oriental.

Pocos metros más abajo, apoyado en la cúpula, está el teniente Encina con las ropas cubiertas de tierra y cal, chamuscadas por la pólvora del combate, y con una ancha sonrisa que deja ver su dentadura pareja y reluciente. Mira a lo lejos. Y también miran como él, sentados en la cornisa, dos soldados con sendas guitarras.

Se ve a lo lejos, entre montes y hondonadas, a las columnas enemigas que se retiran en derrota, llevando a sus heridos.

El teniente Encina se quita el gorro militar y lo agita con gozo. Dos soldados rasguean sus guitarras y uno canta:

Si vienen las bombas
déjenlas venir,
que a mí no me asustan
bombas del Brasil.

El otro soldado le contesta:

Y aunque me pegasen
en el corazón,
a mí no me matan
bombas de algodón.

El teniente Encina lanza una larga y vibrante risotada. Y los dos soldados cantan a coro, acompañándose con las guitarras:

Díganles soldados,
a su emperador
que a los orientales
les sobra valor.

Al campo del ejército colorado del general Flores, en el arroyo de Sacra, van llegando los vencidos. Largas caravanas de soldados, cansados, sucios, desalentados, llevando a sus heridos en angarillas, en carretillas, sobre los hombros; marchan lentamente hacia sus campamentos, donde se dejan caer pesadamente.

El coronel Suárez llega a caballo y desmonta frente a su tienda de campaña. Lo esperan Olave y el rengo Rivera de pie y silenciosos.

Entran. Suárez se quita el sombrero y lo arroja sobre un camastro. Se seca el sudor copioso que cubre su rostro, con un gran pañuelo punzó. Olave se quita la chaqueta militar y Rivera la faja. Los tres están sucios, con las huellas del duro combate librado. Olave tira con rabia la chaqueta militar sobre su catre, mientras dice:

—Los blancos han peleado como leones...

—¡Es que nos metimos en una trampa de muerte! ¡Nos volteaban como pajaritos! —confirma Rivera.

Suárez comienza a liar un cigarro. Está meditativo y hosco.

—¿Cuántas bajas nos calcula, Olave?

Olave se quita una bota y responde arrugando el entrecejo:

—No quiero desanimarlo, mi coronel. ¡Para mí, como seiscientas!

Rivera está revisando sus pistolas; exclama:

—¡De mi batallón quedaron sólo cuatro! ¡Areta nos fusiló de frente y el cañoncito de Federico Fernández nos barrió de flanco!

Olave revisa la caña de la bota y dice:

—¡Cinco mil contra mil y nos bandearon de lo lindo!

Suárez ha terminado de liar el cigarro. Mira a Olave y Rivera y dice, dejando caer las palabras como una sentencia:

—Si los blancos tienen suficientes municiones no tomaremos a Paysandú... A menos que el imperio mande más infantes y más cañones...

El sol de Paysandú se hunde en un horizonte de lejanas cuchillas. Los edificios de la villa recortan contra el cielo sus siluetas oscuras, rotas y humeantes.

En el interior de una casona colonial hay un amplio patio con aljibe y enredaderas. En un rincón se ha improvisado un fogón donde hierve una gran olla de cobre. Dos candiles iluminan la escena.

Tres muchachas, una de veinte años, otra de dieciocho y otra de dieciséis, atienden el fuego y la olla. La mayor, María, corta con un serrucho un gran zapallo. Su hermana menor, Mercedes, recoge los trozos y los echa en la olla. La tercera, Rosario, aviva el fuego echándole troncos de ñandubay. Se oye una voz de mujer que llama en forma enérgica pero familiar:

—¡María!

María deja de cortar el zapallo y responde:

—¿Mamá?

Y corre a través del patio. Cruza un corredor. Llega a una sala amplia que está a oscuras. Junto a una ventana con rejas que da a la calle está la viuda de Berenguell, madre de las tres muchachas. Mira a través de las rejas.

Es una mujer guapa, fresca y saludable. Respira por todos los poros la vieja estirpe española. Armoniosa, en su figura abundante. Las canas de sus sienes contribuyen más a la tersura de su cutis.

Su amplio escote deja ver su seno turgente y recio, y ahora agitado. Es Leticia Orozco, viuda de Berenguell.

María llega junto a ella.

—¿Mamá?

—Mira eso, hija.

Ambas miran a través de la ventana. Se ve una esquina de la derruida Paysandú en las sombras de la noche. Faroles y candiles proyectan su mortecina luz sobre un desfile incesante de heridos que son llevados en camillas y angarillas. De vez en cuando, algún herido va por sus propios medios.

—El caldo va a resultar poco. Han pasado muchos heridos para el hospital.

—¿Pongo otra olla, mamá?

—Y dos también. Estos muchachos necesitan mucho caldo fuerte. Hay que reemplazar la sangre.

Madre e hija abandonan la ventana y regresan al patio de la casona.

Mercedes y Rosario siguen atendiendo el fuego y la olla. Al ver a la madre corren hacia ella necesitadas de noticias. La madre atraviesa el patio hacia la cocina que está en el fondo mientras les va diciendo a sus hijas:

—Bueno, hijas. ¡Ahora nos toca a nosotras. . . ! Los muchachos pelearon como buenos, defendiendo la patria. Nosotras tenemos que reponerles la sangre que perdieron. ¡Hay como cincuenta que se desangran!

Rosario se pone frente a su madre caminando hacia atrás para mirarla a la cara.

—¿Cómo lo sabes? ¿Viste a todos, mamá?

La madre no detiene la marcha. Su paso sigue siendo rápido y firme.

—¡A todos! ¡Tenemos más de cien bajas entre heridos y de los otros!

Llegan a la cocina. Es amplia y de alto techo. Más que cocina es también depósito. Cuelgan del techo y las paredes toda clase de embutidos de carne y queso, y en todos los rincones hay productos de chacra y huerta. Sobre una mesa alargada, cubiertos y platos.

La madre abre un armario y saca dos grandes ollas, que alcanza a sus hijas.

—Dos ollas más...

María y Mercedes las reciben. La viuda va rápida a una bolsa y saca varios zapallos que tiende a sus hijas sin mirarlas.

—¡Y zapallos...!

De otra, saca papas y de un canasto, boniatos.

—¡Y papas...! ¡Y boniatos!

De un gancho descuelga un trozo de charqui.

—¡Y mucho charqui! ¡A ver, María! Búscame el costillar del chancho que se faenó para reserva.

—Sí, mamá.

María corre hacia afuera. La viuda se vuelve para dar el charqui a sus hijas. Ve que Rosario está pensativa y atiende en forma mecánica sus órdenes.

—¿Y vos? No seas boba y no suspires tanto. ¡Lleven las ollas!

—Sí, mamá.

Mercedes sale de la cocina con la olla cargada. Rosario la sigue con la suya pero sin el ánimo de Mercedes. La madre mira a sus hijas. Se seca con la manga el sudor que cubre su frente y suspira. Una sonrisa ablanda su rostro que hasta ese momento ha sido enérgico y decidido. Llama suavemente:

—¡Rosario!

Y se queda mirando hacia la puerta de la cocina que da al patio. Se oyen los pasos ligeros de Rosario que regresa.

Aparece en la puerta. Dice tímidamente:

—¿Me llamabas, mamá?

La madre la mira tiernamente.

—Acércate, hijita...

Rosario deja la olla sobre la mesa y se acerca. La madre la estrecha contra su pecho acariciándola amorosamente.

—Yo sé lo que te pasa y lo que querés saber... El alférez Arcas no está entre los heridos... ni entre los otros.

Rosario se desprende con rapidez de los brazos de la madre. Sus ojos están iluminados.

—¿Sí, mamá? ¿De veras que sí?

—Lo que oíste, hijita... Peleó como bravo pero está vivo.

—¡Gracias a Dios!

Y se estrecha contra su madre dando rienda suelta a su alegría.

—¡Mamá... mamá...!

En el patio se oyen pasos viriles que se acercan. Las dos mujeres vuelven las cabezas hacia la puerta. En ella aparece un joven con el uniforme de alférez de la Guardia Nacional. Es Ramón Arcas.

—Buenas y santas, doña Leticia.

—Lo mismo, alférez.

—¡Ramón! —musita Rosario.

—Gracias que ha venido, alférez —se oye decir a doña Leticia.

Rápidamente le da un zapallo y varios embutidos al tiempo que le dice:

—Hay muchos heridos de la patria que necesitan buen caldo. Ayude a Rosario con la olla y con el fuego.

—Cómo no, señora.

Ellos ya se han tomado de la mano. Entonces la viuda retorna a su tono enérgico y les dice:

—¡Y no tantos arrumacos de palomas! ¡A la olla he dicho!

Ambos jóvenes, sin titubear, salen rápidamente de la cocina con el zapallo, los embutidos y la olla. La madre se queda mirándolos y luego se limpia las manos con un repasador que cuelga junto a ella. Está emocionada.

El hospital de sangre está establecido en la Escuela Pública situada en la calle 8 de Octubre haciendo esquina con Monte Caseros, a una cuadra de la plaza. Enfrente está la botica de Legar.

Es un salón de unos treinta metros de largo por diez de ancho. Dos hileras de camas junto a las paredes laterales y un corredor en el medio. Ventanas altas, largas y angostas. Imágenes católicas en los muros, y un gran Cristo en la cruz, en la pared del fondo de la entrada. Las imágenes están iluminadas por gruesos velones y cuelgan del techo varias lámparas de mecha.

Gran parte de las camas están ocupadas por heridos, pero siguen llegando otros, en camillas o angarillas de troncos. Seis voluntarios ayudan a los heridos a acostarse.

El doctor Mongrell, de treinta y ocho años, atiende a un soldado. Lo venda, lo tapa y va en seguida a atender a otro que está contiguo. Éste sangra por varias heridas del pecho y tiene la chaqueta agujereada. Mongrell le abre la chaqueta y le rasga la camisa. Del valijín saca algodones, que empapa con líquido de un frasco y los aplica en las heridas.

Un voluntario viene hacia Mongrell.

—Doctor Mongrell, un soldado se desangra... Si no va en seguida creo que no llega a tiempo.

—¿Dónde está?

—Al fondo del salón.

—Sujete estos algodones y no se mueva hasta mi regreso. —Mongrell toma el valijín y va rápido hacia el fondo del salón.

Por la calle del hospital avanza una carretilla de cuatro ruedas tirada de una soga por el alférez Arcas y empujada desde atrás por Leticia Berenguell, junto a sus tres hijas.

Transportan las tres ollas llenas de caldo. Y además la colección más variada de tazas, jarros y platos. Se ven también cucharones y cucharas de madera y metal.

Llegan a la puerta del hospital y entran con la carretilla ayudados por dos voluntarios.

Al entrar al salón Leticia ve al Cristo y se persigna. Sus hijas la imitan. En seguida las muchachas, Arcas y los dos voluntarios comienzan a servir en platos, tazas y jarros, el contenido de las ollas, siguiendo las indicaciones de la viuda. De pronto ésta fija su vista en el doctor Mongrell.

El doctor atiende al soldado que se desangra por sus numerosas heridas. Hace esfuerzos desesperados multiplicándose para atenderlo. Pero a pesar de toda su voluntad, se halla en dificultades.

Sin titubear Leticia abandona la carretilla y atraviesa el salón hacia Mongrell. Llega junto a él y se coloca a su espalda. La frente y el rostro del médico están bañados en sudor. Leticia le dice en voz baja:

—¿Quiere que lo ayude, doctor?

Éste vuelve la cabeza, sorprendido. La mira de arriba abajo, y le responde con convicción y fuerte acento valenciano:

—No creo que usted resista...

—Soy la viuda del doctor Berenguell.

—¿El antiguo cirujano del ejército de Servando Gómez?

—Sí, doctor. Vi muchos hospitales de sangre...

Mongrell cambia su expresión y asoma a su rostro el optimismo:

—Entonces, señora, empiece ahora mismo. ¡Me la manda la Providencia... porque estoy solo!

La viuda de Berenguell se coloca junto al herido, apo-

yándose con las rodillas en el piso y le dice resueltamente a Mongrell:

—¿Por dónde empiezo, doctor?

—Sujete la pierna baleada. . . con fuerza. . . señora. Voy a amputar para evitar la gangrena.

Leticia quita las cobijas y toma la pierna herida. El doctor Mongrell saca del valijín su caja de instrumentos quirúrgicos. La viuda mira en dirección a sus hijas y llama:

—¡María!

Ésta está llenando un jarro con caldo; se lo da a Mercedes para que se lo alcance a un herido y en seguida va hacia su madre.

—¿Mamá?

—En adelante te encargarás del puchero y el caldo. Yo soy desde hoy la enfermera del doctor Mongrell.

María, que ve la operación que realiza el cirujano, se lleva la mano a la frente y empalidece, girando el rostro que repentinamente se le llena de lágrimas.

La madre repara en ésto y la recrimina:

—¡Dónde se ha visto que a una hija del doctor Berenguell se le ladee la cara ante el dolor de la patria! ¡María!

Pero María ya se ha inclinado rápidamente sobre el herido y lo abraza tiernamente, acariciándole el cabello.

—¡Omar. . .! ¡Omar. . .!

Y llora desconsoladamente musitando con dolor:

—¡Mi Omar. . .!

La viuda queda perpleja. Luego acerca su cabeza a la del doctor Mongrell que sigue operando con la frente traspirada.

—¿Quién es, doctor?

—El capitán Omar Tomé, de Tacuarembó.

La viuda con los ojos muy abiertos, dice quedamente para sí:

Y esta hija mía que no me había dicho nada. . .

En Paysandú ha cesado el cañoneo de la escuadra, de las baterías de Bella Vista y los estampidos cerrados de la fusilería. Pero hay una actividad humana y febril. La guarnición se ocupa en enterrar los muertos, juntar balas enemigas y reparar las defensas destrozadas por el bombardeo.

No hay tiempo ni lugar para improvisar un cementerio dentro del recinto fortificado. Los muertos tienen sepultura en jardines vecinos y predios comunales.

Las trincheras se reparan con bolsas de tierra, escombros y lana. Paysandú es una dramática sinfonía de vigorosa actividad. Por todas partes se oyen pasos apresurados, galope de caballos, voces confusas, golpes de hacha y martillo, arrastre de escombros, y de vez en cuando, enérgicas voces de mando que activan la acción y el trabajo.

En la Comandancia Militar, alumbrado por un solo y grueso velón está el coronel Leandro Gómez con su Estado Mayor. Todos tienen en sus rostros y ropas las huellas tremendas de la lucha librada. El mayor Larravide, jefe del Detalle. da el parte general de la jornada.

—Tenemos fuera de combate 120 hombres de tropa, 7 oficiales muertos y 4 heridos. Dos cañones desmontados, otro desfogonado y la pieza de a 12 inutilizada por un proyectil enemigo. Sólo nos quedan 5 cañones. Además el enemigo se ha apoderado de las dos casas que dan frente a la Jefatura de Policía, a ambos lados de la calle Montevideo.

El coronel Gómez se pone de pie.

—Será desalojado al rayar el alba. El mayor Estomba y el comandante Ribero dirigirán el ataque. Antes de que salga el sol la bandera oriental flameará en esos edificios.

En la oscuridad de la noche, sólo alumbrados por las estrellas y en el más absoluto silencio, Ribero y Estomba preparan el asalto a las órdenes del coronel Lucas Piriz.

Estomba manda una compañía del batallón Defensores y Ribero los hombres de su cantón de la Jefatura reforzados por diez Guardias Nacionales.

Estomba dispone sus soldados en el patio de la Jefatura, convenientemente colocados para una rápida salida por la puerta principal que da a la calle 8 de Octubre.

Frente a esta puerta y calle por medio, está una de las casas tomadas por el enemigo. El zaguán permanece abierto y a oscuras.

Toda la casa en impenetrable silencio. Seguramente el enemigo espera atento y alerta, con los ojos abiertos en la oscuridad.

Ribero ubica a sus hombres para el ataque inminente, detrás de la pared aspillerada que tiene la puerta y que da frente al zaguán de la otra casa ocupada por los enemigos.

El coronel Lucas Piriz ha hecho traer un cañoncito volante, de los pocos que quedan, y ordena a los artilleros que lo coloquen detrás de la pared aspillada.

Como el boquete de ésta no es suficiente para que pase el cañón el coronel lo hace ampliar. En seguida llama a Estomba y Ribero y les dice:

—Pöcos minutos más y será el alba. Dispararé dos cañonazos contra la casa de la esquina. Instantáneamente se lanzan al asalto.

Estomba y Ribero vuelven a sus puestos, uno en el patio de la Jefatura y el otro detrás de la pared aspillerada.

Se colocan al frente de sus hombres que, agazapados y silenciosos, esperan la señal para el asalto.

Ribero revisa a su piquete hombre por hombre. Se cerciora bien si todos y cada uno tiene las armas en condiciones. Revisa la carga de los fusiles y comprueba que a nadie le falte el respectivo facón, o en su defecto, el sable corto.

La oscuridad del cielo comienza a rasgarse con las primeras luces. El coronel Piriz grita:

—¡Fuego!

El cañón dispara rompiendo en forma atronadora y sorpresiva el hasta ahora absoluto silencio. Y en seguida el otro disparo.

Ribero es sorprendido mientras revisa el fusil de uno de sus soldados.

Estomba abre la puerta de la Jefatura y se lanza con su piquete sobre el zaguán de la casa de enfrente en medio de enardecedor griterío, del que sobresale la voz de Ribero incitando:

—¡Al asalto, muchachos!

Y haciendo punta le enseña a sus hombres el camino de ataque. Atraviesa, él primero, la puerta de la pared que lo separa de la calle, frente a la casa ocupada y que tiene el zaguán abierto. Pero ya en la calle, dos soldados lo rebasan cargando a la carrera. Detrás de ellos y mezclado con Ribero, carga el resto dando vibrantes gritos de victoria.

Los dos soldados que van al frente llegan al zaguán; simultáneamente suenan dos disparos y los soldados caen. Ribero lleva su mano a la cintura buscando sus pistolas; sorpresivamente repara que no las tiene; está desarmado. Al mismo tiempo sus hombres al ver caer a los dos soldados junto al zaguán, se contienen un tanto y hay un principio de indecisión general. Todo ocurre en fracción de segundos. Ribero, como un rayo, se da cuenta de lo peligroso y dra-

mático de la situación. Un segundo de vacilación y el enemigo puede fulminarlos a quemarropa. Sin titubear, Ribero avanza y penetra en la oscuridad del zaguán al tiempo que grita:

—A mí, muchachos. ¡Carguen, canejo!

Estas frases caen como estallido eléctrico entre los soldados. Como un solo hombre se lanzan tras él.

Ribero ha entrado al zaguán y al trasponer el arco de la parte opuesta que comunica con el patio, un sargento colorado que acecha detrás de la pared, remolinea el sable y lo descarga.

Ribero, instintivamente, esquiva el cuerpo y el sable da en la puerta. Con rapidez toma al agresor por la muñeca y lo inmoviliza. Al mismo tiempo le asesta un golpe de puño en la mandíbula que lo desmaya.

Ya sus hombres han irrumpido en el patio siguiendo el ejemplo de su jefe, sembrando la confusión en el enemigo por la rapidez del ataque.

Ribero, esgrimiendo el sable del sargento, se lanza a la pelea al grito estentóreo de:

—¡Independencia o muerte! ¡Viva la libertad!

La lucha se ha hecho general. En el patio. En las piezas. En el corredor y en el gran fondo de coposos árboles frutales. El enemigo al principio ha opuesto enérgica resistencia, pero ya cede ante el empuje avasallador de los atacantes. Estos hacen prodigios increíbles de guapeza y temeridad.

Ribero trepa una escalerilla de hierro que lleva al altillo. Al llegar a la parte superior se encuentra de golpe frente a frente con un combatiente enemigo que lleva las insignias de capitán y una gran divisa colorada en el sombrero. Empuña en la mano derecha una pistola que apunta al pecho de Ribero.

El capitán lo mira condolido; tiene una herida en la frente y la sangre le cubre el rostro. Aprieta los labios.

Ribero lo observa con impotencia. Está a merced del capitán. La pistola está recta al corazón.

—Tire, capitán. ¡A mí también me toca como a todos!

El capitán sonríe con amargura al mismo tiempo que se limpia con la mano libre la sangre que le cae sobre los ojos.

—Pare su gente, comandante. Dígale que nos hemos rendido.

Ribero lo mira con asombro y sorpresa. En seguida grita:

—¡Paren, muchachos!

Y volviéndose se apoya sobre la baranda de la escalerilla mirando hacia abajo:

—¡Antuña, Ramiro, Anacleto, paren! ¡Se han rendido!

El capitán se arrima a la baranda—. ¡Batallón, firmes!

En el patio, en el corredor, en el fondo arbolado, todos cesan el combate. El capitán vuelve la cabeza y mira a Ribero.

—Con ustedes no se puede pelear. ¡Están poseídos por el demonio!

Ribero lo mira largamente y le responde:

—Se equivoca, capitán. Estamos poseídos por el amor a la independencia.

El sol ya está alto. Orlando Ribero cruza presuroso la plaza de Paysandú en dirección al Baluarte de la Ley. Lleva su rifle en la mano. El joven está barbudo, sucio y demacrado. En toda su figura se ven las huellas del rudo e incesante batallar. Y sus ojos cansados y enrojecidos revelan la necesidad del sueño.

Sobre Paysandú sigue cayendo la lluvia de granadas y obuses que lanzan los cañones de la escuadra y la batería de Bella Vista.

El Baluarte muestra las averías y destrozos causados por el bombardeo. Una veintena de guardias nacionales tratan de reparar los daños con bolsas de lana. Mas tapado un agujero, no tarda en aparecer otro producido por un certero obús. Pero al tope del Baluarte flamea la bandera oriental. Está desgarrada, chamuscada, pero erguida.

Y a todo el poderoso bombardeo enemigo, sólo le contesta el cañón del comandante Braga, situado en un ángulo de la explanada.

Orlando llega al Baluarte y entra al polvorín. Allí está el capitán Gadea con un sargento y dos soldados ordenando el depósito de municiones. Gadea al ver a Orlando le grita:

—¿En qué andás, muchacho?

—En busca de municiones para mi rifle, capitán.

Gadea toma el rifle de Orlando y lo examina.

—Es de otro calibre que el que usa la tropa. ¿De dónde lo sacaste?

—Me lo regaló mi hermano Pedro.

—¡Buen regalo! ¡No podés errarle a ningún imperial!

Orlando se sienta en una bolsa de pólvora y en seguida se le cierran los ojos. Gadea comienza a buscar las municiones para el rifle, mientras dice:

—¿Cómo anda tu trinchera? ¿Muchas bajas?

Orlando contesta con esfuerzo y con los ojos cerrados:

—Menos que el enemigo.

Gadea ve que Orlando se cae de sueño.

—Hacete una siestita... ahora que podés.

Orlando se ha quedado dormido. Gadea trepa y saca de un estante una caja grande y la abre. Busca en ella. El bombardeo sigue sin interrupción.

De pronto una granada perfora violentamente la pared norte del polvorín y cae humeante y caliente en el piso del depósito. Gadea y sus hombres quedan paralizados. Miran la granada con los rostros pálidos. La granada está ahí, en el centro de todos, humeando y amenazante. El sargento corre hacia ella mientras se va quitando la chaqueta. Gadea le grita:

—¡Quieto!

El sargento se detiene. Gadea murmura:

—De nada serviría... Sólo Dios...!

Todos miran la granada con los ojos fijos.

Es como un monstruo agazapado que se prepara para dar un salto infernal. Salto infernal que los llevará a todos por los aires y hechos pedazos.

Nadie respira. El aire se ha detenido en los pechos apretados. Mas hay algo que oprime a la granada y le impide librar sus entrañas cargadas de muerte. Que la ahoga, obligándola a retorcerse, estirarse, dilatarse. El humo que exhala de su corteza oblonga, de un blanco lavado y trasparente, es como una respiración lenta y fatigosa. Parece que luchara con desesperación para salir de su encierro, rompiendo el molde que la oprime.

Ahora se desliza hacia un costado, trabajosamente, intentando girar sobre sí misma. Se contrae. Luego se hin-

cha. Y por un segundo su superficie adquiere un brillo azul de acero estirado, como si toda la misteriosa entraña hiciera el último y definitivo esfuerzo para saltar hacia afuera. Parece que va a estallar. Pero en seguida el brillo desaparece y la granada comienza a aquietarse. Hay todavía una vibración. Una levísima sacudida.

Es como un estertor. Estertor de muerte que ahoga la propia muerte que guarda en su entraña. Y después una quietud blanda y desmayada; el humo blancuzco se desprende y lentamente desaparece, como el último aliento de un ser vivo. Ahora da la sensación de quedar realmente inerte. Sin vida por fuera y sin muerte por dentro.

Se oye el pecho del sargento que se desinfla como un fuelle. Los dos soldados hacen lo mismo.

Gadea se atreve a mover un brazo para secarse el grueso sudor de la frente. Orlando Ribero duerme. Lentamente el capitán desciende la escalera sin quitar los ojos de la granada. Se acerca a ella y se detiene. Está allí, a sus pies. La mira todavía un momento. Al fin se inclina y la toma con ambas manos. Unos segundos después dice con gran alivio:

—Se está enfriando...

Respira hondamente.

—No explotó porque Dios es demasiado grande...

En seguida mira a Orlando.

—Orlando Ribero, ¡despierte!

Orlando despierta sobresaltado.

—¡Mira! ¡Por un milagro no hemos volado todos!

Orlando va hacia Gadea mirando la granada. El capitán ya está de pie y pasa la granada de mano en mano.

—Aún conserva calor... pero lo pierde rápidamente.

Orlando la observa con atención. Al fin dice:

—¡Es de calibre 20!

Gadea le muestra la parte inferior de la granada.

—¿Ves? ¡No explotó porque el choque con la pared rompió el tornillo de la mecha! ¿Qué te parece? En cualquier momento volaremos todos... ¡Estas paredes no resisten los cañonazos de la escuadra!

Deja la granada en el suelo y continúa:

—Ya se lo dije al coronel Gómez: ¡Hay que llevar el polvorín a otra parte!

—¿Y qué le dijo el coronel?

—¡Que si no me gustaba que me pusiera a rezar!

Se pasa la mano por la nariz.

¡A mí...! ¡Rezar yo...!

—¡Es que puede volar todo Paysandú y hacerle un favor al enemigo!

—¡Eso mismo! Pero, ¿quién se lo dice al coronel?

Orlando exclama resueltamente:

—Si usted me autoriza, yo, mi capitán.

—Pues sí, muchacho. ¡Y que tengas suerte...!

Sin vacilar, Orlando abandona el polvorín.

Cruza la plaza a la carrera, bajo el bombardeo, y llega jadeante a la Comandancia Militar. En ese momento Gómez entra en ella acompañado por el mayor Torcuato González. Orlando le habla agitadamente:

—Mi coronel: las balas enemigas amenazan volar el polvorín...

Gómez se detiene y le dice:

—Ya me lo dijo el capitán Gadea. Que refuercen las paredes con bolsas de lana o con escombros... o con balas enemigas. Lo único que tenemos es valor y éste tiene que dar para todo. ¿Entendido, muchacho?

Y entra en la Comandancia seguido por González. Orlando se queda decepcionado. Sigue la lluvia de obuses y granadas bajo un sol de fuego. Pero reacciona y regresa a la

carrera. Llega al Baluarte y entra al polvorín. El capitán Gadea va a su encuentro.

—¿Qué te dijo el coronel?

—Que reforcemos las paredes... ¡y que si falta algo, le pongamos valor!

En ese momento un obús estalla a pocos metros del Baluarte. Todos se quedan en suspenso. Al concluir la lluvia de esquirlas, Gadea saca las dos pistolas que cuelgan de su cinturón y le dice a Orlando:

—Te las juego contra tu rifle. Apuesto que al caer el sol Paysandú no existe.

Va hasta Orlando y le palmea el hombro.

—De nada nos servirá porque volaremos todos. ¡Pero es el gusto de apostar!

Orlando dice entre dientes:

—Y el Imperio se relamerá gozoso... ¡Sin pelear siquiera!

Y en un arrebato doloroso y violento, abandona el polvorín. Gadea lo mira alejarse. Luego saca un chala y comienza a armar un cigarro, pensativo.

Orlando llega al pie del Baluarte y se detiene. Con el antebrazo se seca el copioso sudor que empapa su frente. Tiene la boca reseca y la lengua se le pega al paladar. Mira al cielo. El sol de fuego es tan implacable como el bombardeo; una sed terrible lo domina. Allí a pocos metros, frente a la plaza, está su casa.

Y va hacia ella. Atraviesa el zaguán y desemboca en un gran patio donde hay un aljibe. Con rapidez de sediento desata la soga, baja el balde y lo sube lleno de agua.

Y bebe, larga y pesadamente; hundiendo la cara en el balde. Cuando calma la sed mira todo. El patio, las glicinas, las paredes, las puertas de los cuartos. Su casa abandonada...

Y se pone a mirar el aljibe. Lo recorre con la vista en todos sus detalles, las paredes, el fondo, la armazón, la rol-

dana. . . Mas de pronto deja caer el balde que tiene en la mano, que se precipita al fondo haciendo correr la soga. Y Orlando sale como un estampido hacia la calle. Corre por la plaza. Y llega a la Comandancia. Ésta tiene la puerta abierta. El coronel Gómez, Torcuato González y un ayudante marcan las trincheras en el plano de Paysandú que cuelga en la pared del fondo. Gómez ve a Orlando. Deja de marcar el mapa y lo mira.

—¿Otra vez, muchacho?

—Mi coronel: en nuestra casa hay un aljibe muy grande. Desagotándolo y forrando el piso y las paredes con madera se pueden colocar todos los cajones de pólvora.

—¿Y por qué te interesa tanto la suerte del polvorín?

—Porque el enemigo hará blanco y Paysandú volará sin gloria; si el Imperio quiere a Paysandú que ponga los pechos de sus soldados. . . ¡Aquí estamos nosotros y los esperamos!

Gómez tira el lápiz sobre la mesa. Mira profundamente a Orlando—. Tienes razón. Si quieren gloria que la vengan a buscar. Toma los hombres que necesitas y arregla el aljibe. Cuando concluyas me avisas. ¡Ve, muchacho!

Orlando sonríe satisfecho y abandona la Comandancia con rapidez. Atraviesa la plaza a la carrera saltando sobre los pozos producidos por los obuses. El bombardeo continúa.

En lo alto del Torreón flamea la bandera oriental. La brisa que viene del río la extiende orgullosamente. Origina una sombra en el ángulo inferior de la explanada del Baluarte de la Ley y cobijado en ella está extendido el comandante Braga, de espaldas, cara al cielo, leyendo un libro. De vez en cuando la movible sombra de la bandera le descubre la cara al sol. Junto a Braga está el cañoncito, averiado, inerte y requemado por el sol. Es un ex combatiente. Tiene el eje partido y la montura despedazada.

Orlando llega a la carrera, jadeante. Para acercarse

al polvorín debe pasar sobre Braga, saltando sobre su cuerpo. Pero el comandante lo oye y cerrando el libro lo mira sonriente.

—¿Dónde va, alférez?

—El coronel me ha autorizado a trasladar el polvorín.

—...Bueno... por lo menos tiene en qué entretenerse... no como yo.

—¿Y su cañón, mi comandante?

Braga se acerca al cañoncito y lo palmea con cariño.

—¡Pobre viejo...! Los imperiales al fin lo destriparon... Pero peleó de lo lindo... chiquito y morrudo... como la patria... desangrándose por la libertad. Y ahora estamos los dos... cuidando a la bandera... y leyendo a su sombra el coraje de Artigas...

Orlando levanta la vista y mira hacia arriba. En lo alto flamea la bandera, gallarda y desenvuelta. Un nudo retuerce la garganta de Orlando. Luego dice lentamente:

—Comandante Braga: ¿Y si somos vencidos... si Paysandú cae?

Braga deja el libro y endereza su cuerpo.

—Mi querido alférez: no estamos aquí para vivir sino para morir. Paysandú será tomada y nosotros aniquilados. Sesenta cañones contra uno y veinte hombres contra uno. ¡Pero los vencedores serán los vencidos. Nosotros moriremos por la libertad y ellos vivirán por la esclavitud! ¡Como mi pobre viejo que ya enseñó el camino!

Orlando se ha sentado en uno de los escalones de la explanada y aunque Braga ya no habla parece que lo sigue escuchando.

La sombra de la bandera movida por el viento ahora también lo alcanza a él. Y en su rostro produce un efecto de luces y sombras. Parece carne de bronce esculpida contra el cielo. Late y vibra. Y mira a Braga que ha vuelto a su postura primitiva leyendo de nuevo el libro.

Un obús estalla al pie del Baluarte. La nube de polvo

Un soldado clava un Bando en la pared de la escuela, en la calle 18 de Julio. Junto a él hay un alférez, un soldado con un clarín y otro con un tambor. El tambor redobla mientras el clarín hace dos llamadas. En el Bando se lee:

BANDO

"Se ha acordado una tregua para todo el día de mañana, 9 de diciembre, para que puedan ser evacuados los ancianos, mujeres y niños, y los extranjeros. Los capitanes de los buques europeos se ofrecen a trasladar a quienes lo soliciten a la provincia argentina de Entre Ríos. La evacuación es obligatoria. En Paysandú sólo quedarán los combatientes".

Al llamado del clarín y al redoble del tambor han ido apareciendo ancianos, mujeres y niños que leen el Bando. Sus rostros están demacrados y sufridos por dos noches de insomnio, bajo un continuo bombardeo, pero no hay flaqueza. Los ojos brillan resueltos y valientes.

Una mujer termina de leer el Bando y volviéndose mira a todos, exclamando:

—¿Por qué nos obligan a irnos? Yo también sé pelear aunque sea con las uñas.

Una señora tiene a su lado a un niño de seis años. El niño, dando un grito, cae. Todos corren y lo rodean; es un movimiento dramático y angustioso.

Una esquirla de granada ha dado en el pecho del niño y le ha producido la muerte instantáneamente. La madre lo alza en brazos y se abre paso entre el grupo. Ni una lágrima corre por su rostro. Todos la miran con dolor estoico, pero ella se detiene y les dice:

—Tengo otros tres que están en las trincheras defendiendo a la patria. Y si tuviera un quinto hijo, también

daría su sangre para defenderla. —Y se aleja lentamente llevando su preciosa carga. Redobla el tambor del soldado que está junto al Bando.

El sol se hunde en el horizonte.

En el patio de la casa de Ribero hay diez soldados de la Guardia Nacional preparando el futuro depósito de la pólvora y las municiones.

Dos soldados están en el fondo del aljibe, con sendos baldes que llenan de agua y los cuelgan en ganchos sujetos a sogas. En el brocal otros dos soldados suben los baldes utilizando roldanas.

Un farol está clavado en la pared del aljibe a media distancia del fondo y otro cuelga del arco superior sobre el brocal. En un extremo del patio están Orlando y tres soldados preparando afanosamente tablas y tirantes; para esto se valen de serruchos, clavos y martillos. Un farol hace brillar el sudor de sus torsos desnudos.

Y en la azotea tres soldados tapan con cajas de lata los caños conductores de las aguas. Sólo se cubren con pantalones arremangados hasta la rodilla. Un farol los alumbra desde un ángulo de la azotea. Todos trabajan afiebradamente.

Un balde, con agua hasta la mitad sube por la soga hasta el brocal. Se oye la voz de uno de los soldados que está en el fondo y que grita hacia arriba:

—El último. Ya no hay más agua...

El soldado que recibe el balde le grita a Orlando:

—Mi alférez: está desagotado el aljibe...

Orlando deja el serrucho y responde—: Ahora hay que forrar el piso y las paredes con estas tablas. ¡A la acción, muchachos!

Los dos soldados que tiraban de las sogas van rápido hacia Orlando y entre todos comienzan a llevar las maderas.

—Antes que termine la tregua el aljibe será el depósito de pólvora... ¡Y que los imperiales hagan blanco si pueden!

La iglesia perfila su sombra contra el cielo estrellado. La cruz de Cristo se alza entre las *Tres Marías*.

De la iglesia surge la densa música de la misa ejecutada en armonio y un coro de voces angustiadas. Ancianos, mujeres, niños, se han dado cita en la casa de Dios. Un sacerdote oficia la misa de despedida a los que van a evacuar la ciudad y los fieles la cantan con profunda unción. La plegaria tiene en esos labios acentos de rebelde impotencia. Van a abandonar el suelo en que viven y en el que muchos han nacido. El suelo que tiene el aire que respiraron con amor y los rincones amigos de alegrías y desesperanzas. Van a abandonar un pedazo de la patria, la patria chica de Paysandú, que en ese momento es el corazón gigante de la patria grande y altiva.

Y la van a abandonar porque su jefe, el coronel Leandro Gómez se lo ordena. Él, el coronel de la patria y la libertad, que quiere quedarse solo, con su pequeño ejército, como un espartano, y no quiere escudos de mujeres y niños. Leandro Gómez, el símbolo de un pueblo sacrificado por la fuerza combinada de dos imperios y una traición.

Todo esto está reflejado en los rostros que cantan la misa de despedida al amado Paysandú. En las mujeres, ahora más hermosas que nunca, por el dolor de la separación de los hombres que aman. En los niños, que ya comprenden que quién sabe si volverán a ver a sus padres y a sus hermanos mayores. En los ancianos, que aprietan sus bocas desdentadas y cierran sus puños descarnados porque saben que ya no sirven para pelear.

Pelear... que en ese momento es la única forma de defender a la patria.

Concluye la misa. El coro cesa. Las notas del armonio siguen aún un momento más.

Se hace un profundo silencio. Un silencio expectante y vivo. Un silencio con alma que vibra y palpita. Sólo se oye la respiración de esa masa inerte y viva que sufre el dolor de la rebeldía y la impotencia. El cura se adelanta unos pasos hacia los fieles. Es un hombre blanco en canas, de fino rostro romano, encorvado por los años, delgado y menudo, como una vaina reseca. Pero no por el sol, sino por el pensamiento. Mira a todos. Y luego habla con voz pausada y severa.

—Tenéis que abandonar Paysandú. Yo sé que ninguno de vosotros queréis hacerlo. Sé que preferiríais acompañar hasta el último instante a vuestros esposos, hermanos, hijos... Y sé también que moriríais con placer junto a los seres que amais. Pero no va a ser así. Abandonaréis Paysandú al alba. Y estéis donde estéis rogad y confiad en Dios. ¡El vigilará por vuestros padres, esposos, hermanos! Y si Paysandú es vencida, Él también sabrá castigar con furia divina el crimen que se comete contra la patria y la libertad. Alguna vez, en algún minuto de la historia venidera, Él castigará a los culpables de este crimen. ¡Confiad en Dios porque es el Creador y el Juez!

A la palabra del sacerdote sucede un profundo silencio. Todos los rostros están fijos en él. Una madre tiene en sus brazos a un niño de pecho; el niño llora.

Y llora violentamente, como si se anticipara y se rebelara ante el crimen que el sacerdote ya ha denunciado ante la historia.

Las primeras luces del alba van descubriendo lentamente a Paysandú. A ambos lados de la calle Real y del camino que se prolonga hacia el puerto está formada la tropa.

De las casas de la Villa comienzan a salir ancianos, mujeres y niños. Llevan bultos y paquetes con lo más necesario. Cobijas, almohadas, enseres de cocina, alguna ropa.

Un niño lleva un pequeño perro en sus brazos. Y una niña una gran muñeca, tan grande como ella. Y nada más. Alimentos y víveres quedan en las casas para los defensores. Ellos los van a necesitar para mantener sus fuerzas en los cruentos días que vendrán.

En la calle Real se va formando una larga caravana en dirección al puerto. Caravana que avanza entre la doble fila de los gloriosos defensores de Paysandú.

Y hay abrazos y besos de despedida. Pechos que se estrechan fuertemente. Bocas que se unen con ternura maternal o con pasión abrasadora; pero todo en silencio. No se oye ni un lamento, ni una queja, y alguna joven que siente brotar las lágrimas a sus ojos, vuelve la cabeza y se las seca furtivamente. Nadie debe llorar. El valor y el aguante es la consigna.

Los que se van son de la misma madera de los que se quedan. Pero las leyes de la guerra no permiten la lucha de ancianos, mujeres y niños.

Ellos rezarán desde lejos por los que se quedan. Y los que se quedan lucharán por el suelo nativo hasta la muerte, abrazados siempre por el recuerdo de los suyos.

Desde la Comandancia Militar, a través de la plaza, viene el coronel Gómez, el mayor Larravide, el comandante Torcuato González y Orlando Ribero.

Éste encabeza el grupo con paso rápido y ágil. Lo conduce hacia su casa, donde está el aljibe.

Orlando está sudoroso y sucio, tiene el rostro barbudo y demacrado. Pero los ojos resplandecen de optimismo y decisión.

El grupo entra en la casa. Llega al patio donde está el aljibe. Junto a él está el capitán Gadea y los soldados que trabajaron con Orlando.

Los pálidos rayos solares del nuevo día colorean el aljibe de un amarillo trémulo. El coronel Leandro Gómez se adelanta hacia el aljibe y lo inspecciona. Palpa la armazón de madera que lo circunda y prueba su resistencia haciendo fuerza con los brazos, luego mira hacia abajo.

En el fondo hay un farol que cuelga de una soga. A su luz se ve el trabajo realizado por Orlando. Los muros y el fondo están forrados totalmente con maderas unidas con clavos. Es una obra de paciencia y esmero.

El coronel mira a Orlando y le dice:

—Te felicito, muchacho. Te has portado como bueno... ¡Como un Ribero!

En seguida le dice a Gadea:

—Ya puede trasladar el polvorín, capitán Gadea.

Gadea saluda y se retira.

Gómez se acerca a Orlando y lo palmea: —No sé si esto servirá para mucho, alférez. Pero me convenciste que si los imperiales quieren hacernos volar, tendrán que venir con el pecho. ¡Y aquí los esperamos!

En seguida Gómez abandona el patio seguido por Larravide y González. Orlando lo mira hasta que desaparece y luego cae sentado sobre un cajón, apoyando la cabeza

en la higuera que está junto al aljibe. Se seca el sudor mientras le dice a sus soldados:

—En la pieza del fondo hay una damajuana de vino. Se lo toman todo. Hasta que se duerman. ¡Se lo merecen muchachos!

Los soldados tiran al aire todo lo que tienen, martillos, serruchos, clavos, maderas, baldes, etc., gritando al mismo tiempo:

—¡Viva el alferito! ¡Viva don Orlando!

Todos corren hacia la pieza del fondo. Un soldado se detiene de golpe y mira a Orlando. Y a la carrera se vuelve hacia él.

—¿Y usted no chupa vino, mi alférez?

Pero Orlando se ha dormido apoyado en la higuera. El soldado se rasca la cabeza y en seguida corre tras los gritos alegres de sus compañeros que se están bañando con vino.

En el campo sitiador de Venancio Flores, una berlina avanza hacia la tienda del general, a orillas del arroyo de Sacra. En ella van Orlando Ribero, padre, su esposa y su cuñada, Dolores Francia. Junto al carruaje cabalga uno de los ayudantes de Flores.

Pronto llega a la tienda del general; Ribero y las señoras descienden, mientras el ayudante entra. En seguida sale y hace pasar a los visitantes. En el interior de su tienda de campaña, Flores avanza hacia el señor Ribero. Ambos se estrechan la mano. El general inclina la cabeza saludando a las señoras, las que contestan del mismo modo.

—Mi viejo amigo Ribero. Lo mandé llamar para tranquilizar mi conciencia. Usted colaboró conmigo, como buen hijo del Brasil, en la campaña del 51. Hoy los azares de la guerra, hacen que sus cinco hijos estén defendiendo Paysandú mientras yo estoy dispuesto a tomarla. Como usted

no actúa en ninguno de los dos bandos en lucha, quiero confiarle una misión: aproveche la tregua del día de hoy, entre a Paysandú y prevenga a sus hijos que no se sacrifiquen inútilmente; Paysandú caerá porque no podrá resistir los poderosos elementos de guerra de mis tropas y las del Imperio del Brasil.

El señor Ribero mira interrogativamente a Flores y las señoras se miran entre sí.

—¿Me sugiere, general, que aliente la deserción de mis hijos?

La señora de Ribero se adelanta vivamente hacia Flores—. Mi esposo no puede trasmitir a nuestros hijos semejante propuesta.

Dolores Francia se abanica el rostro y dice nerviosamente:

—Mis sobrinos jamás la escucharían. ¡Llevan muy alto el honor de la patria!

Flores arruga el entrecejo y dice con energía pero sin perder la fineza: —Lo que busco, señoras, es que no se derrame más sangre oriental. El coronel Gómez no me ha querido escuchar. Trato ahora que me escuchen los jefes y la tropa antes de que sea tarde. Paysandú debe rendirse para evitar una inútil sangría.

—Levante usted el sitio, general —le interrumpe doña Dolores—, rompa su alianza con el Imperio y se habrá salvado ante la historia.

—El presidente Berro y su sucesor, Cruz Aguirre, han pisoteado los derechos de mi partido y ofendido al Imperio. ¡Por eso estamos sobre las armas!

Empecinadamente la señora de Ribero contesta:

—¡Pero no cuente con mis hijos, general!

Ribero mira calmosamente a su esposa y cuñada. Luego le dice a Flores:

—De todos modos llevaré el mensaje a mis muchachos. Son ellos los que tienen que decidir.

Le tiende la mano a Flores. Éste se la estrecha.

—No tardará en conocer la respuesta, general.

—Las campanas de la iglesia anunciarán el fin de la evacuación. Entonces actuará nuestra artillería. Los mil hombres atrincherados en Paysandú perecerán.

—Adiós, general.

—Adiós, mi viejo amigo. Y dígale a Pedro que su coraje ya es cosa de leyenda entre mis hombres.

Ribero sale y Flores hace una leve reverencia a las dos señoras, pero éstas le dan la espalda sin contestar, y salen tras de Ribero.

En la puerta de la tienda el ayudante espera junto a la berlina. Las señoras suben ayudadas por Ribero; el ayudante monta su caballo de un salto. El grupo se aleja a través del campamento del ejército sitiador.

En Paysandú termina la evacuación de los no combatientes. La calle Real ya se ha despejado; sólo quedan las tropas que despidieron a los civiles y que ahora comienzan a marchar hacia sus puestos de combate. En cambio, el camino que conduce al puerto, entre cercos de ligustros salpicados por estrellas federales y jazmines del país, está atestado por los que abandonan Paysandú en dirección al río Uruguay.

Y en sus orillas, una larga fila de botes, canoas y chalanas esperan a los evacuados. Todos ellos están a cargo de los tripulantes de las cañoneras española, francesa, inglesa e italiana y sus capitanes dirigen personalmente la operación.

Muchos evacuados ya han llegado a los buques amigos y otros van hacia ellos en los botes, que ostentan en las popas los banderines de sus respectivas naciones.

El silencio, como ley de espartana estoicidad, sigue siendo la consigna de los que dejan Paysandú. Sólo se oye el

golpear de los remos sobre el río y las voces de mando, serenas y firmes, de los oficiales que dirigen las operaciones.

Y desde el Baluarte de la Ley, donde está el polvorín, una veintena de soldados van cargados con bultos y cajones hacia la casa de Ribero.

Sólo tienen que atravesar la plaza, y lo hacen con paso apresurado, casi al trote, bajo el sol de esa mañana de diciembre, que ya comienza a abrasarles las espaldas. Otros regresan al Baluarte a la carrera en busca de una nueva carga.

El capitán Gadea y el teniente Juan José Díaz, el primero al pie del Torreón y el segundo en medio de la plaza, activan la labor de los soldados con voces de estímulo.

Y en el aljibe, está Orlando con el torso desnudo, bañado en sudor, dirigiendo la operación de acomodar los cajones de proyectiles en el nuevo polvorín.

Dos soldados están en el interior del aljibe recibiendo los cajones que otros dos y el mismo Orlando hacen descender sirviéndose de la roldana.

Asimismo una larga escalera construida con tirantillos es utilizada para bajar a hombro los bultos más pesados.

La berlina del señor Ribero avanza por la calle 18 de Julio escoltada por cuatro jinetes, Pedro, Máximo, Atanasio y Rafael Ribero. En su interior van el señor Ribero, su esposa y su cuñada.

La berlina se detiene en la puerta de la casa. Ágilmente desmontan los jinetes y ayudan a descender a las señoras, entrando todos en ella.

Orlando levanta la vista y ve a sus padres y hermanos. Corre hacia ellos poniéndose la camisa. Abraza a su ma-

dre; estrecha la mano de su padre y besa a su tía.

En seguida Pedro abre la puerta de la sala que da al patio y se pone a un costado dando paso a los demás. Orlando vuelve la cabeza hacia sus soldados y les grita:

—¡Sigan, muchachos!

—Sí, mi alférez.

Mientras entran a la sala el padre pregunta:

—¿Terminarás hoy el traslado?

—Sí, padre. Antes de que suenen las campanas todo estará listo.

—Te felicito, Orlando. —Calurosamente lo palmea Pedro.

Ya todos han entrado y Atanasio y Máximo acercan sillas a sus padres y a su tía a la gran mesa que está en el centro de la sala.

El padre se sienta a la cabecera y las señoras a ambos lados. Los cinco hijos se quedan de pie. El padre mira a Pedro. Y le dice:

—Siéntate, Pedro. Le señala el extremo de la mesa.

Pedro se sienta. El padre mira a todos.

—Estuve con el general Flores...

Dolores lo interrumpe nerviosamente:

—No vale la pena que le hables a los chicos. No te escucharán.

La señora de Ribero le contesta:

—Cállate, Dolores.

Dolores insiste dirigiéndose a Pedro:

—Ya verás que tengo razón, Pedro.

—No sé de qué se trata, tía.

Se hace un profundo silencio en el que el padre mira a Dolores con firmeza recriminatoria. Ella balbucea mientras saca de la manga un pañuelo bordado:

—Perdóname, cuñado...

El padre mira a sus hijos con gravedad. Al fin habla.

—¿Abandonarían ustedes la defensa de Paysandú sa-

biendo que los elementos de guerra del enemigo son inmensamente superiores y que no podrán ser resistidos?

—No, padre.

—¡No! —acotan todos.

—Sabemos todo lo que tiene el enemigo, padre —afirma Pedro.

—¿Y si el enemigo exigiera la capitulación con la más alta honra de la guerra?

—Hemos decidido defender a Paysandú.

—¿Y saben que en la defensa, todos pueden perder la vida?

—Lo sabemos.

—¿Y ni aún así se deciden a capitular?

—Padre: capitulación, rendición, entrega... son palabras que no existen entre nosotros... No abandonaremos Paysandú estando vivos... Seguiremos la suerte de la libertad.

Pedro mira a sus hermanos. Ellos aprueban.

Atanasio dice a su padre—: todos pensamos como Pedro... padre. Y si el general Flores quería nuestra respuesta... ya la tiene.

Se produce otro silencio. Desde el patio llegan los ruidos apagados de los que trasladan el polvorín. La madre se seca una lágrima. A Dolores le brillan los ojos de orgullo.

—No llore, madre. Es preferible morir con honor, a vivir sin él. Y pase lo que pase estará orgullosa de nosotros.

Dolores se levanta, va rápida hacia Pedro y lo besa. Luego mira a sus sobrinos con emoción.

—Estaba segura, sobrinos, que contestarían así; también son hijos de la patria y ella está orgullosa de ustedes.

El padre se pone de pie.

—Yo soy brasileño y los míos están contra ustedes, hijos. Pero continúen con el cumplimiento del deber. ¡Es preferible morir antes que defeccionar!

Se oyen golpes en la puerta del comedor que da al patio. Pedro Ribero exclama:

—¡Adelante!

Se abre la puerta y aparece un soldado de Orlando que se cuadra.

—Mi alférez; ya está trasladado el polvorín.

En ese momento comienzan a sonar las campanas de la iglesia anunciando el fin de la evacuación.

La isla Caridad está situada en medio del río Uruguay, frente a Paysandú y es territorio de la provincia argentina de Entre Ríos. Tiene unos tres kilómetros de largo y en su parte más ancha un kilómetro. Casi toda ella está cubierta por abigarrada vegetación de sarandíes y sauces y, hasta más de un metro de altura, por enredada y resistente maleza que en algunos lugares la hacen impenetrable. Pero en la costa este, frente a Paysandú, posee una playa como de trescientos metros y varios claros de monte sólo salpicados por algunos corpulentos robles y altos cedros.

Esta isla va a albergar a los evacuados de Paysandú, a la gran mayoría de ellos, que tienen sus deudos en la ciudad sitiada y a los que verán luchar a través de los ochocientos metros que los separa.

Gran parte de los evacuados ya han llegado a la isla y otros van llegando traídos por los ligeros botes de los buques extranjeros. La playa está llena de ancianos, mujeres y niños que colaboran con los que llegan, ya sea metiéndose en el agua para empujar los botes a la playa o ayudando a trasponer la borda a los menos dotados.

Hábiles marineros improvisan tiendas primarias con las grandes velas traídas de sus buques. Las sujetan de árbol a árbol o cortan ramas que clavan en la arena para construir toldos a la manera india.

Una gallarda lancha entoldada, y llevando en la proa una alta bandera argentina se acerca rápidamente a la playa de la isla Caridad, desde el sur. La tripulan diez hombres. Llega y clava su quilla en la arena. Descienden sus tripulantes. Cuatro de ellos llevan uniformes de oficiales del ejército de Entre Ríos; tres son marineros y el resto civiles.

Entre éstos se destaca uno por la majestad de toda su figura, la autoridad de sus movimientos y gestos y la serena energía de su mirada. Es el que encabeza el grupo. Lleva un poncho punzó. Después de recorrer un trecho de playa se detienen observando a los evacuados.

El capitán Enrique Olivera, que con dos ayudantes distribuye a los evacuados por grupos, repara en los recién llegados y prestamente va hacia ellos. Se cuadra frente al del poncho punzó.

—Capitán Olivera, de la guarnición de Paysandú. ¡A su orden, general Urquiza!

Urquiza se toca el ala del sombrero.

—¿Están todas las familias, capitán?

—Sí, señor general.

—Bien; diga a los refugiados que Entre Ríos los considera sus hermanos. Nada les ha de faltar. Ya vienen hacia aquí víveres, ropas, medicinas y todos los socorros necesarios. Desde este momento las familias están bajo la protección de mi provincia.

Olivera lo saluda militarmente y dice con velada emoción: —En nombre de Paysandú y del coronel Gómez, gracias, señor. Con su permiso.

—Está dado, capitán.

Olivera se retira. Urquiza y sus acompañantes avanzan entre los evacuados, observándolo todo.

Por la calle de tierra dura y abovedada que desde el norte conduce al Fuerte de Montevideo, avanzan tres jinetes a rápido galope. Llegados frente a la entrada principal detienen sus cabalgaduras sudadas y piafantes. Uno de ellos desmonta.

Es alto y delgado, de renegrida barba redonda y largo cabello gris y ondulado que le tapa las orejas. Ojos pequeños y vivos. Calza botas cortas que sujetan anchas bombachas y lleva casaca militar con las insignias de general; va en cabeza y de su mano derecha cuelga un látigo trenzado. Un pequeño cuchillo con vaina de plata está sujeto por un fino cinturón enchapado.

Entra al fuerte y los dos soldados de guardia se cuadrán a su paso. Atraviesa la ancha entrada y desemboca en el amplio recinto de techo combo. Dos guardias con uniforme de Cazadores custodian una gran puerta de dos hojas. Él va directamente y la abre mientras los soldados se cuadran.

Entra en una pequeña habitación donde un hombre joven escribe acodado sobre una mesa de roble. Al ver al visitante se pone de pie y lo saluda con una inclinación de cabeza. En seguida el joven abre la pequeña puerta que está a su espalda y mirando a su interior dice respetuosamente: —Excelencia, el señor general don Juan Saa.

—Que pase —dice una voz.

El joven se dirige a Saa—. El señor presidente lo invita a pasar.

Saa se quita el látigo, lo deja sobre la mesa y entra.

Detrás de un pesado escritorio, en el fondo de una lar-

ga habitación, está el presidente provisional de la República, Atanasio Cruz Aguirre. Dos secretarios lo acompañan. El presidente se ha puesto de pie y va al encuentro del general Saa que avanza hacia él, ahogando sus pasos sobre la angosta alfombra azul que cubre el recorrido desde la puerta hasta el escritorio. Aguirre y Saa se estrechan la mano al tiempo que aquél dice:

—No lo esperaba tan rápido, general.

—Cuando leí su oficio monté y después de veinte horas de galope, aquí me tiene. Mudé en todas las postas y no probé bocado. Todo es poco para un llamado de tanta urgencia.

Se sienta en un sillón tapizado en celeste y se afloja el cinturón enchapado.

—¡Así que los imperiales están atacando a Paysandú! Mire, presidente... lo que hace un año y medio ni siquiera era un malón de Venancio Flores ahora es casi, casi, una guerra...

Aguirre arrastra una silla y se sienta frente a Saa.

—Todo lo que sabe el gobierno se lo he dicho en el oficio, general Saa. Y es bastante poco. Las comunicaciones con Paysandú están cortadas. Por tierra el ejército de Flores y por agua la Escuadra Imperial y los buques de Mitre.

Saa se pone de pie violentamente.

—¡Hay que romper el cerco y ayudar a Paysandú! Y de una vez por todas darle un escarmiento al traidor de Venancio Flores.

—Para eso lo llamé, general. Nuestro ejército de reserva está inactivo y cuenta con 2.000 hombres. Póngase al frente de él y a marchas forzadas diríjase a Paysandú. Y en unión con el coronel Gómez presente una batalla decisiva.

—¿Con cuántas divisiones cuenta Flores?

—No lo sabemos. Pero antes de que usted pase el río Negro el gobierno le informará; espero comunicarme con

el coronel Gómez a través de agentes secretos. Y si son necesarias más fuerzas, se le unirán en el río Negro la división San José y los batallones del coronel Bazterrica.

Saa estrecha la mano de Aguirre.

—A partir de este momento considéreme en marcha hacia el río Negro.

—En el Paso de Yapeyú recibirá comunicaciones del gobierno. Adiós, general.

—Adiós, presidente.

El general Saa se aleja hacia la salida acompañado por uno de los secretarios que le abre la puerta.

En lo alto del Baluarte de la Ley, en la plataforma donde sigue flameando airosa la bandera oriental, están el comandante Braga y un vigía; Braga observa con un catalejo en dirección norte, este y sur.

Por la explanada que conduce a la plataforma suben Gómez y Piriz. Ya cerca de ella, Gómez le grita a Braga:

—¿Qué ve, comandante?

Braga baja el anteojo. —Muy poco y nada, mi coronel. El enemigo se ha evaporado.

Gómez y Piriz ya han llegado junto a Braga. Éste le tiende el anteojo a Gómez mientras agrega:

—Sólo algunas partidas de caballería a la distancia.

Gómez mira. Piriz comenta: —No puedo creer que Flores haya levantado el sitio.

—Observo desde el amanecer y no he visto ni rastro del ejército colorado.

Gómez recorre el horizonte con el anteojo y al fin dice:

—Es otra estratagema de Flores. En los montes de Sacra o de San Francisco oculta su ejército. Espera una salida nuestra para caer sobre Paysandú. Pero se equivoca. Lo seguiremos esperando aquí.

Le devuelve el catalejo a Braga. Luego comienza a descender seguido de Piriz, mientras le dice a Braga:

—Espero su parte cada hora, comandante.

Gómez y Piriz ya han descendido varios peldaños de la explanada. Braga se ha quedado meditando. Pero en seguida da dos pasos hacia el borde de la explanada y le pregunta al coronel Gómez, sonriendo: —Y si llueve la artillería enemiga, ¿qué parte paso a mi coronel?

Gómez se detiene y volviendo la cabeza contesta:

—Haga contestar con los dos cañones que nos quedan, para que el enemigo sepa que lo estamos esperando de pie.

Y reanuda el descenso. Braga se queda mirándolo. Luego se saca el gorro y se alisa el cabello humedecido por el sudor; murmura:

—¡Todo un león de la patria!

Leandro Gómez y Lucas Piriz llegan al pie del Baluarte de la Ley y montan sus caballos y al galope largo se dirigen a la Comandancia Militar esquivando los pozos y agujeros producidos por las bombas. Llegan y desmontan. Desde el interior se oye el murmullo de voces femeninas. Gómez se detiene en la puerta sorprendido. En seguida entra.

En la Comandancia lo espera un grupo de damas. Son ellas: Rosa Rey de González, su madre, Isabel Rey, Josefa Catalá de Ribero, Adelina Ribero de Aberastury, Dolores Francia, la viuda de Berenguell y sus tres hijas, la señora de Emilio Raña, la de Menentiell, la de Villa y tres o cuatro más.

El grupo de damas llena el despacho del coronel. Los escasos bancos son ocupados por las de mayor edad; las demás se agrupan en los rincones en pequeños corrillos.

Los murmullos han cesado de pronto y todas miran a Leandro Gómez. El coronel las observa en silencio. Está pasmado. Al fin dice:

—¿Señoras?

Isabel Rey y las señoras de González y Aberastury se abanican nerviosamente mirando alternativamente a Leticia Berenguell y a Dolores Francia.

Algunas tosen; otras se pasan los pequeños pañuelos por la nariz y la frente. Las hijas de la viuda miran al suelo tímidamente.

Gómez va hacia el escritorio mientras Piriz se queda junto a la puerta. Mira a todo el grupo y dice lentamente en voz baja: —No salgo de mi sorpresa... ¿Por qué están

aquí en Paysandú, señoras, después de la evacuación?

Dolores Francia y la viuda de Berenguell se cambian una mirada. En seguida ésta abandona la silla y da dos pasos hacia Gómez. Dolores Francia también se pone de pie.

—Por nuestros heridos... Para ayudar al doctor Mongrell—... Setenta de los nuestros están en el hospital... y solamente el doctor Mongrell para atenderlos. Todas nosotras queremos ser enfermeras, señor coronel.

Se produce un silencio. Gómez va cambiando la expresión de su rostro. La primitiva sorpresa deja paso ahora al orgullo y a la admiración. Luego dice sobriamente:

—Señoras: como comandante en jefe y como oriental... las felicito. ¡Estoy lleno de orgullo! —Y agrega: —Yo ya había pedido a Entre Ríos el envío de Hermanas de Caridad.

—Todas serán necesarias... —afirma Dolores.

—Hay que preparar vendas, medicamentos y raciones de comida —comenta Leticia.

Doña Dolores se dirige al coronel con entusiasmo: —Y la lucha recién comienza, coronel Gómez. ¡El enemigo es poderoso, pero Paysandú no se rendirá!

—No, no se rendirá. Una patria que da mujeres como ustedes, produce hijos inmortales para defenderla. Pueden ir tranquilas. Han desobedecido una orden pero han ganado el reconocimiento de la patria.

—Gracias, señor coronel. Desde este momento el hospital de sangre queda en nuestras manos —dice Leticia. Y dirigiéndose a todas: —Vamos, amigas. Alegrémonos que nuestro jefe nos haya comprendido...

Dolores y la viuda de Berenguell se encaminan hacia la salida y el resto las sigue. El grupo de señoras toma la dirección del hospital de sangre.

En la calle 18 de Julio se cruzan con una volanta que avanza velozmente guiada por un marinero francés, y conduciendo al capitán Olivier, jefe de la cañonera de Francia. La volanta se detiene en la Comandancia envuelta en una nube de polvo. Olivier desciende y entra llevando en la mano un pliego enrollado.

—Permiso, señor.

Gómez deja el plano de la defensa que está estudiando con Piriz.

—Adelante, capitán.

Olivier avanza y deja el pliego sobre el escritorio.

—Los nombres de los refugiados en los buques europeos. Las demás familias están en la isla Caridad.

—Gracias, capitán. Oportunamente nuestro gobierno agradecerá el gran servicio prestado por los comandantes de las cañoneras.

—Solamente cumplimos con un deber humanitario.

Gómez le tiende la mano. —Que la república agradecerá eternamente, capitán.

Olivier se toca la gorra saludando y sale, pero al llegar a la puerta vuelve la cabeza y dice: —No puedo silenciar mi admiración por los héroes. ¡Ah!... ¡Si ustedes tuvieran artillería, coronel!

Gómez mueve la cabeza lentamente. —Sí, nos falta artillería, capitán, pero nos sobran hombres para morir por la libertad de la patria.

El camino está entre dos cardales de la altura de un hombre. El landó avanza velozmente. Y la nube de polvo, reseco, envuelve camino y cardales.

El cochero del landó, un mestizo con la mirada sobre el camino; y en el asiento de atrás una joven Hermana de Caridad. Y los dos caballos piafando alegremente hacia adelante. Cada vez más cerca de Paysandú. Sólo les resta dos leguas y media.

En torno a un fogón de troncos de ñandubay donde se dora un pedazo de carne de vaca hay seis soldados colorados y un oficial. Uno bordonea una guitarra a la que arranca voces de ausencia. Y el oficial contiene ansias reprimidas de distancia mirando el fogón. El galope de los caballos que se avecinan va mezclándose con el sonido de la guitarra. De pronto el oficial dice: —¡A caballo!

Y como un solo hombre los seis soldados de la partida y el oficial ya están sobre el lomo de los animales.

El landó avanza velozmente. Y siete jinetes se le cruzan en el camino. El cochero tira las riendas y los potros tascan el freno. Las dos ruedas traseras resbalan en el polvo y muerden la tosca produciendo un chirrido ahogado. Se detienen. El oficial se acerca a la toldilla del landó y la descorre. La cara azorada de la Hermana de Caridad lo mira con asombro y con perdón.

Tiene los ojos azules y rasgados, larga boca carnosa de sonrisa inocente y fino mentón de purísima bondad. El blanco cutis está requemado por el sol violento de ese di-

ciembre ardoroso. Al mirar la cara hirsuta y salvaje del oficial colorado se persigna y saca de su seno un Cristo de mármol, que antes fue blanco y ahora es amarillo. Después de mirar al oficial besa el Cristo y lo pone frente a su rostro como un escudo. Y lo mira largamente con una mirada estoica. Pero el oficial colorado abre los ojos con sublime candidez y dice con el mayor de los respetos:

—Perdón hermanita... —y con voz tonante y autoritaria grita: —¡Camino libre para una Hermanita de Dios!

La hermanita lo mira con ternura y se persigna. El cochero castiga a los caballos. El landó parte velozmente envuelto en reseca nube de polvo. El oficial se santigua murmurando—: ¡Si seré bárbaro! Detener a una Hermanita de Dios... aunque vaya a Paysandú.

El landó se va acercando a Paysandú. Al subir una suave cuchilla, aparece al fondo y a menos de mil metros la Villa blanca que se recuesta sobre el majestuoso Uruguay.

Una descubierta de los defensores ya viene a todo galope hacia el landó. Son cuatro jinetes. El teniente levanta la mano y el landó se detiene; la Hermanita ya ha sacado la cabeza apartando las cortinillas. El teniente se acerca y saluda tocándose el gorro militar.

—Teniente Sánchez, de las fuerzas de Paysandú.

—Necesito ver al coronel Gómez, con urgencia.

El teniente observa rápidamente el interior del landó y luego le dice al cochero:

—¡Adelante!

Los caballos retoman el galope y el landó continúa hacia Paysandú escoltado por los jinetes.

Llegan a la puerta que cierra el radio fortificado en la parte sur. El oficial que la custodia ordena a sus soldados:

—¡Puente franco!

Rápidamente dos soldados accionan las roldanas y el puente desciende cubriendo el foso. Otros dos soldados abren el portón de hierro. Y el landó y la escolta entran en el recinto fortificado de Paysandú.

Por la calle 18 de Julio desembocan en Monte Caseros, que bordea la plaza, y pasan frente a la iglesia en construcción. Pocos metros más allá está la calle Florida y en ella la Comandancia Militar.

A su puerta el teniente Sánchez hace detener el landó. Luego desmonta y entra en la Comandancia, acompañado por el mayor Larravide que ha salido a su encuentro y con el cual ha cruzado breves palabras.

La Hermana se limpia el rostro con un gran pañuelo que saca de su bolso de viaje. El cochero baja del pescante y estira las piernas mirando todo con curiosidad.

De la Comandancia salen Larravide y Sánchez. Aquél abre la portezuela del landó y le dice a la Hermana:

—Pase Hermana. El coronel la espera.

La Hermana desciende y Larravide la acompaña hasta la puerta de la Comandancia. La joven entra. En el interior de la Comandancia está Leandro Gómez, junto a su escritorio. Se pone de pie.

La Hermana se da vuelta y mira hacia la puerta abierta. A través de ella se ven el landó, los jinetes, el mayor Larravide y el teniente Sánchez. Y entonces la Hermana cierra la puerta suavemente.

Luego mira a Gómez y exclama sonriente y con un suspiro de satisfacción: —Creí que no podría llegar... —Y tocándose las ropas agrega: —Pero estos vestidos han sido una especie de llave para todos...

Se quita el tocado que cubre su cabeza y un ensortijado y rubio cabello cae sobre sus hombros. Gómez la mira con extrañeza. La joven saca de entre sus ropas íntimas un sobre sellado y lacrado. Se acerca a Gómez.

—Isabela Orgaz, agente secreto del gobierno —y tendiéndole el sobre, agrega: —Del Presidente de la República.

Gómez toma el sobre ansiosamente, pero antes que lo abra, Isabela Orgaz le dice:

—Necesito un buen baño, coronel. Y luego un abundante asado para mí y para mi cochero.

Gómez sonríe: —Sólo puedo ofrecerle charqui y alimentos secos, señorita Orgaz. Nuestro ganado fue dispersado por el bombardeo.

Isabela hace un gesto de sorpresa y contiene la decepción. —¡Eso no lo esperaba!— Y agrega sonriendo: —Hace cinco leguas que vengo pensando en un jugoso churrasco a las brasas.

Gómez hace sonar el timbre que tiene en el escritorio. Se abre la puerta y aparece un ayudante. —Conduzca a la señorita... a la Hermana... a la casa de Berenguell...

Isabela se ha puesto apresuradamente el tocado al entrar el ayudante.

—Que la alojen y se pongan a sus órdenes.

—Gracias, coronel. Y sale. El ayudante cierra la puerta y la sigue. Gómez rasga el sobre y comienza a leer.

La tina está primorosamente pintada con guardas de colores rosas y azules. En ella hunde su cuerpo delgado y blanco —tostado por el sol en manos y cara— Isabela Orgaz. Entrecierra los ojos gozando de la frescura del agua y se pasa las manos por los rubios cabellos pegados en el cuello y los hombros.

Cerca de ella, Leticia Berenguell a horcajadas sobre una silla de paja gruesa, la mira interrogante y atenta. Y más allá, sobre un sofá de terciopelo verde, las ropas de Isabela.

—Aproveche todita el agua, que a lo mejor es la última.

—¿También les falta el agua?

—Hay en los tanques; pero para la tropa, para beberla, no para lavarse.

—Tan cerca del río Uruguay...

—En manos de la Escuadra Imperial.

Isabela se pone de pie y el agua corre brillando a lo largo de todo su cuerpo. Un rayo de sol que desciende a través de la banderola besa sus senos altos, pequeños y firmes, y una mariposa dorada revolotea sobre la suave curva de sus caderas. La joven está mirando a la viuda con súbito arrepentimiento. Dice con un suspiro:

—Si eso me lo hubiera dicho antes, no me bañaba. Ahora me parece que le estoy robando agua a la patria.

Sale de la tina y va hacia sus ropas.

Leticia le arroja una toalla. —No se amargue; usted se ganó el baño. Tenía tierra de muchas leguas.

Isabela comienza a secarse. —Estoy orgullosa de mi viaje. Comuniqué al coronel Gómez que pronto tendrá ayuda de Montevideo.

—¿Vendrán tropas de auxilio?

—El general Saa se acerca a marchas forzadas.

La viuda da un respingo y abandona la silla, yendo hacia un crucifijo de madera tallada que cuelga en la pared de la derecha. Lo besa. —Dios bendito... ¡Entonces Paysandú se salvará!

Isabela ha terminado de secarse y extiende la toalla mojada entre dos sillas de Viena que están en un rincón en sombras de la estancia. Su cuerpo blanco se destaca con fulgor apagado.

—Eso lo creía yo cuando salí de Montevideo... pero en el camino me enteré de algo que mató mi esperanza.

Va hacia el sofá y tomando sus ropas comienza a vestirse. —Marcha sobre Paysandú un segundo ejército Imperial de 12.000 hombres con 40 cañones. ¡Y ya ha entrado por Cerro Largo...!

A la viuda de Berenguell se le corta la respiración y se apoya en la silla para no caerse. En seguida respira hondo y mirando fijamente a Isabela, balbucea:

—¿Cómo lo sabe?

Isabela se ha puesto una enagua hasta la cintura; tiene el torso desnudo. Se acerca lentamente hasta la viuda y dándole por primera vez la espalda le dice—: Míreme la espalda y los hombros. ¿Nota algo?

Leticia la mira sin comprender. En los hombros y al final de la espalda de Isabela, casi en la cintura, se ven algunas rayas rosadas. Leticia dice vacilante: —Sí, parecen arañazos de ramas... ¡Hay mucho camino entre montes!

Isabela se vuelve y la mira a los ojos. Sonríe blandamente. Dice con voz suave: —¡Qué ingenua!

Y regresa al sofá donde están sus ropas. Murmura en el camino—: ¿No quiere un biberón, señora?

Se pone el pequeño corpiño de encajes rosados y en seguida va hasta el espejo redondo y biselado, ornado de flo-

res de papel multicolores, que cuelga en la pared junto al sofá.

La viuda se seca el sudor de la frente con un pequeño pañuelo que saca del seno. Mira a Isabela y al fin, se sienta en la silla—. Sí; a veces soy más ingenua que cordera ciega. Ahora comprendo. ¡Cuénteme... si le parece...!

Isabela se ondula el pelo mojado con una larga peineta de carey con incrustaciones plateadas. Ahora ha acercado el rostro al espejo para estudiar mejor el peinado. La viuda se impacienta y exclama:

—¡Cuénteme, si quiere! Y si no lo mismo... Pero sepa que tengo ganas de marcarle el lomo a latigazos. ¡Por impúdica!

Isabela se coloca el pelo en dos bandas y se vuelve hacia Leticia para contestarle: —¿Qué haría usted por la patria?

—Lo menos dar mi vida y la de mis hijas... ¿Y usted?

Isabela va hasta un florero donde hay claveles blancos y quita dos. Coloca uno en el pecho de Leticia; el otro se lo acomoda ella en el peinado. Leticia va a hablar pero se contiene. Isabela se sienta en el sofá. Cierra los ojos y va diciendo como en un sueño:

—Después del río Negro sólo encontré partidas coloradas. A toda hora del día y de la noche. Pero mi disfraz de Hermana los engañaba y seguía acercándome a Paysandú. Mas hubo un oficial que no creyó...

—¿El que la chució con las uñas? Ni siquiera respetó las ropas de Hermana... ¡el canalla!

—Era ateo. No creía en Dios ni en la patria. Y odiaba la luz. Tapó con el poncho la luna que se filtraba entre el ramaje y me cubrió la boca con su melena engrasada...

—¿Y usted?

—Después escupí. Pero le hice hablar. No era mucho lo que yo daba para recibir un secreto de los enemigos de la patria... ¡Otros dan la vida!

—¡Hijita! —La viuda se levanta y la besa en la frente.

Isabela está con los ojos semicerrados. Un gran cansancio la domina, como si de pronto la abandonaran sus escondidas energías. Murmura: —Así pasó, señora... No sé si servirá para algo...

—¿Se lo dijiste al coronel?

Isabela tiene los ojos cerrados. Apenas se la oye cuando dice: —No me animo...

La viuda vuelve a besarla como si se tratara de una hija que se adormeciera en sus brazos. Se inclina sobre ella. —Duerme... Bastante has hecho por la patria... Como muchos que están lejos... y como los que están aquí, en Paysandú. Ahora descansa...

Y la viuda, maternalmente, acomoda a la joven en el sofá, para que el sueño que ahora la domina sea tan blando como el olvido.

El teniente Encina, a horcajadas sobre el cañón que quitó a los Imperiales, canta acompañado por los dos guitarristas. Un círculo de soldados lo escuchan festejando las coplas festivas de Encina. Están cobijados a la sombra que proyecta el muro norte de la Iglesia Nueva y el añejo roble que hace esquina.

Un ayudante de Gómez viene desde la Comandancia Militar. Llega al grupo y grita: —¡Teniente Encina!

Éste y las guitarras callan. Los soldados que están sentados se ponen de pie. —Ordene, mi capitán.

—¡El coronel Gómez ordena su presencia al instante!

El ayudante da media vuelta y regresa hacia la Comandancia con paso rápido. Encina tiene que correr para alcanzarlo y marchar a su lado.

En la Comandancia Militar está Gómez, Piriz y Larravide, frente al mapa de la república que cuelga de la pared. Gómez señala en el mapa con una varilla siguiendo el trayecto desde Montevideo hasta el río Negro.

La varilla se detiene en un punto del cauce del río que dice: *Paso de Yapeyú.*

—Aquí debe detenerse el general Saa. Si cruza el río Negro será batido sin remedio; 2.000 hombres son insuficientes para medirse con Flores y los Imperiales —explica Gómez.

—El general no debe arriesgar un solo soldado; son necesarios para la batalla decisiva —comenta Larravide.

A lo que contesta Gómez: —Por eso debo comunicarle que se refuerce con la División San José y los Regimientos de los Comandantes Basterrica y Arrúe. Y que pida al gobierno toda la artillería disponible. ¡Entonces sí podemos tomar al enemigo entre dos fuegos. . .!

—Y correrlo hasta la frontera escarmentado y para siempre —exclama lleno de ardor Piriz.

Se abre la puerta y aparece el ayudante.

—El teniente Encina, mi coronel.

—Adelante.

Entra Encina y el ayudante se retira cerrando la puerta.

—Con permiso, mi coronel.

Gómez va hacia el escritorio, y sin mirar a Encina, le dice: —El mayor Estomba me informó del cañón que usted ganó a los Imperiales.

Encina se sobresalta. Gómez lo mira. —Eso, teniente, en acción normal, le hubiera valido un ascenso. Pero fue una desobediencia; he ordenado que nadie salga de trincheras si no es en misión especial.

—Señor coronel. . . yo. . .

—. . . Y si no fue castigado se debió a su demostración de coraje y habilidad. —Y agrega con convicción: —Oficiales como usted son muy necesarios para la patria.

Encina respira. Gómez se sienta junto al escritorio y golpea suavemente la varilla en la mesa. —Pero tendrá una oportunidad para lograr ese ascenso que usted mismo ma-

logró. Y apoyando los codos e inclinando el busto hacia adelante agrega: —¿Conoce usted la región que va desde aquí hasta el río Negro?

—Como las palmas de mis manos. Montes, cuchillas y arroyos no tienen secretos para mí. Y conozco el río Negro en todo su cauce.

—Muy bien, teniente. —Y mirándolo fijamente le dice a quemarropa: —¿Se anima usted a pasar esta noche, a pie y sin ser sentido, por entre las partidas enemigas?

Encina sonríe con suficiencia. —Me animo a pasar, mi coronel, y será muy difícil que el enemigo me sienta; conozco el secreto de avanzar sin ruido.

Gómez se pone de pie mirando a Encina. Y lentamente le dice: —Voy a confiar a usted una misión decisiva.

—Ordene, mi coronel.

—Esta noche saldrá usted de Paysandú y cruzará las líneas coloradas. Si lo descubren será fusilado. —Gómez saca de un cajón seis onzas de oro. Se las tiende a Encina. Tome estas onzas.

Encina las toma.

—Cuando salve el cerco compre un caballo y todo lo que necesite. —Gómez va hacia el mapa y mientras señala en él con la varilla, dice—: A marchas forzadas diríjase al río Negro y aquí, en el Paso de Yapeyú, encontrará al general Sáa con el Ejército de Reserva que viene en auxilio de Paysandú. —Gómez señala en el mapa el paso mencionado. Vuelve al escritorio y de la carpeta que está en la mesa saca un sobre. Se lo tiende a Encina al tiempo que le dice: —Busque al general y entréguele este oficio. —Y agrega secamente: —De usted depende, teniente, que 2.000 hombres no sean sacrificados sin fin militar alguno.

Encina ha tomado el sobre y mira a Gómez. Dice con firmeza: —Sólo la muerte me detendrá, mi coronel. —Luego hace sonar los tacos saludando militarmente, y girando sobre sus talones sale con decisión.

La noche está alta y el cielo comienza a cubrirse con largas nubes blancas de bordes marrones que son arrastradas velozmente por el viento sudeste que ha empezado a soplar hace ya una hora. No hay luna y las pocas estrellas que aún brillan van desapareciendo con rapidez. El río Uruguay y los montes que lo bordean en su orilla oriental forman una sola, continua y densa oscuridad. Un grueso tronco de sarandí cubierto de tupido ramaje desciende el río Uruguay. Y aferrado a él, hundido en el agua hasta los hombros, está el teniente Encina. Entre el ramaje va el equipaje del joven: ropas comunes de paisano, corto facón, y una pistola.

Como la corriente es lenta, Encina rema con su brazo derecho acelerando el desliz. Debe aprovechar la complicidad de las nubes y pasar inadvertido junto al campo del ejército sitiador en el arroyo de Sacra.

Encina vuelve la cabeza y mira hacia atrás. Los fanales de los buques anclados en el puerto de Paysandú se ven lejanos, brillantes y movibles. Ya ha recorrido bastante trecho y según sus cálculos no tardará en llegar a las inmediaciones del Sacra. Una paloma herida o accidentada pasa en vuelo rasante sobre su cabeza, hacia el monte. Un pesado dorado acompaña breve trecho al tronco y luego se vuelve rápidamente espumando las aguas y enfilando contra la corriente.

En el monte comienzan a aparecer luces furtivas que delatan los fogones del ejército sitiador. Brillan en la oscuridad, a ras de tierra como ojos de felinos, o más altos, como luciérnagas. Lejano se oye el bordoneo de una guitarra, y más cerca, voces apagadas y confusas.

En la orilla, un grupo de soldados metidos en el agua hasta la cintura, lavan cacharros de metal. Uno de ellos canta ceceando apagadamente a un pangaré perdido en la lejana frontera. Nadie repara en el tronco, hijo natural del río, pero Encina por precaución hunde la cabeza en el agua llenando de aire sus anchos pulmones.

Cuando reaparece, las luces de los sitiadores ya están tan lejos que ahora parecen diminutos puntos llameantes. Aunque la voz del cantor sigue estando tan cerca como antes, adherida al lomo negro y brillante del río.

Y ahora sí, Encina abandona toda cautela. Bracea vigorosamente hacia la orilla arrastrando el tronco donde está su magro equipaje. En ese paraje, él conoce un rancho escondido entre cuchilla y monte donde reside un viejo de larga melena blanca, tan blanca como la divisa que late en su corazón. Y que tiene un alazán tostado, brioso como la pólvora y con las crines más largas que la esperanza.

Encina llega a la orilla abriéndose paso entre el juncal. Se revuelve el lacio cabello pegado a los hombros. Se calza las botas de potro y se viste sobre el cuerpo mojado. En seguida toma un sendero entre el monte, sólo conocido por él. El viento sudeste ha cesado y la luna aparece brillante y redonda, plateando el monte.

El anciano está tomando mate de cara al sol naciente y de pie junto al horno de barro donde se calienta la caldera de lata. La púrpura de la aurora colorea en mil matices las negras nubes del este y el espectáculo parece recrearlo.

Es alto, flaco y reseco, y larga melena blanca cae sobre los hombros; barba corta y bigote espeso, también blancos, como el poncho que tiene sobre los hombros y blanco también el rancho tapado de cal, con desafío valiente y furioso.

Del monte llegan ruidos de ramas que se quiebran y el anciano vuelve la cabeza para mirar.

Encina viene arrastrando los pies entre la maleza y secándose el sudor de la cara con el antebrazo. Lleva en una mano el cinturón con la pistola.

El anciano grita:

—¿Eres tú, Julián?

—Sí, padre.

—Por esa senda no puede venir más que un hijo mío.

Encina se detiene a diez metros de su padre.

—La bendición, padre.

El anciano llena el mate y se acerca a su hijo: —Tome, tendrá sed...

Encina toma el mate y el anciano lo besa en la frente. Sorbe la bombilla con deleite.

—¿Anda en misión especial?

—¿Cómo lo sabe, padre?

—No me diga nada que todo lo adivino. —Pasa el brazo sobre el hombro del hijo y lo lleva hacia el rancho, mientras le dice: —Como usted no puede ser desertor, ¿qué va a estar haciendo por aquí, hijo, que no sea misión por la patria? ¿Quién se la confió?

—El mismo coronel Gómez.

Llegan a la enramada y Encina se sienta sobre una pila de cueros de oveja. Está cansado y jadea. —Otro mate, padre.

El enciano llena el mate y se lo alcanza.

—Es honra para usted y para mí. ¡Rama y tronco de la misma raíz!

—¿Sabe, padre, a qué me mandó? —Encina chupa el mate para calmar la sed, y el anciano se sienta sobre una cabeza de vaca cubierta por un cojinillo.

—Pero, hijo... Si está clarito. ¡Ahí nomás, en el Paso de Yapeyú, está el coronel Sáa, mi viejo Lanza Seca, esperando comunicarse con el coronel! De seguro que usted lleva un informe o un oficio, como le dicen.

—Es verdad, padre.

Le alcanza el mate. El anciano lo toma y comienza a frotarlo entre las manos. El sol ya ha disuelto las nubes que se oponían a su primer resplandor. Largos rayos penetran agudamente en las sombras vacilantes.

—Y ahora váyase, hijo. A la salida del monte, en el corralito, está el alazán tostao.

Encina se pone de pie. Va hacia el pozo que está cerca y se baldea la cabeza. El anciano sigue: —Enfile la Picada del Entrerriano y después siga siempre hacia el sur. Primero el río Negro y, hacia el este, el Paso de Yapeyú. Usted ya conoce el camino, hijo. ¡Si lo habremos bandeao cazando carpinchos!

Encina vuelve del pozo y saca del bolsillo de la camisa las seis onzas. Las deposita sobre los cueros.

—Me las dio el coronel. Para que comprara un caballo y llegara hasta el general Saa. A usted le corresponden, padre.

El anciano las toma, las observa, y luego las pasa de mano en mano. Mira a su hijo. Un relámpago enceguece sus pequeños ojos mortecinos. Sus mandíbulas se mueven en un esfuerzo por apretar dientes que no existen. Al fin dice: —¡La patria no me paga... ni le cobro! —Sus manos huesudas dejan las onzas sobre los cueros. —Entrégueselas al general Saa. Le faltan chuzas y caballada.

Encina recoge las onzas. Luego mira al anciano.

—La bendición, padre.

El anciano se pone de pie y lo besa en la frente. —Vaya, hijo. Y si le alcanza el tiempo... en la Quebrada del Laurel hay un rancho donde alguien siempre lo está esperando.

Encina se queda un momento pensativo. Luego se vuelve y comienza a alejarse. El anciano lo mira hasta que se pierde en la picada. Luego se sienta. Y se pasa una mano por la cara como si una lágrima asomara a sus ojos resecos.

El catalejo del coronel Gómez recorre lentamente los puntos norte, este, y sur. A su lado, en el Baluarte de la Ley, están Piriz, Larravide y Braga. Sólo se ven, a la distancia e inmóviles, pequeñas partidas de caballería.

Gómez devuelve el anteojo a Braga. Su rostro tiene las huellas de las largas vigilias, pero sus ojos brillan aceradamente.

—No hay duda. Flores se ha retirado dejando algunas guardias en observación.

Larravide exclama con sonriente optimismo:

—De seguro que huye hacia la frontera ante la proximidad del general Sáa. ¿No lo cree así, Piriz?

—¡O ha marchado a su encuentro para interceptarlo!

—Pronto lo sabremos —interviene Gómez—. Tengo confianza en que el teniente Encina traiga comunicaciones de Sáa. ¿Cuántos caballos se salvaron del desbande, mayor Larravide?

—No alcanzan a treinta, coronel.

—Pues hará montar los hombres que sea posible y los destinará en observación del enemigo. ¡Ojalá no sean emboscados y puedan regresar con informes!

—Yo mismo me pondré al frente de esa partida —se ofrece Piriz.

Gómez, Braga y Larravide miran a Piriz con sorpresa.

Gómez queda un momento en silencio. Luego dice lentamente en un tono que no puede ocultar su admiración:

—Le niego esa misión, coronel Piriz. Usted es muy necesario aquí, en la Jefatura de la Defensa. No seré yo quien lo arriesgue fuera de trincheras.

Desciende del Baluarte seguido de Larravide.

El ángulo que hace el río parece un codo de mujer; es grácil, suave y mórbido. Y las pequeñísimas bahías son sus hoyuelos anhelantes, dorados por una arena tan fina como el más fino vello de mujer.

Que es como el que en este momento acaricia el teniente Encina en las mórbidas piernas de la linda criolla que tiene a su lado, sobre la fresca hierba del amanecer. Las agrestes formas bronceadas de la muchacha apenas están cubiertas por un poncho calamaco.

Los primeros rayos del sol tempranero los descubre a través del ramaje con juguetona indiscreción. Ella abre los ojos. Retira suavemente la mano que se adormece en sus muslos redondos y dorados. Encina despierta y mira a su compañera. Ella le devuelve una mirada somnolienta a través de sus ojos verdes, como el ramaje, y de tupidas pestañas renegridas. Señala hacia el río.

—Ahí tienes el río Negro. En seguida de la curva está el Paso de Yapeyú. Prometí traerte hasta aquí sin que las lanzas coloradas de Máximo Pérez te descubrieran.

Acaricia el cabello enredado de Encina. —Y ya ves... lo hice.

Encina le besa el seno sombreado por los pechos turgentes. Luego le levanta la cabeza y la mordisquea en la boca.

—Y te lo agradezco, Carmen. Yo y todos los míos. —Se levanta con presteza y se pone bombacha, camisa y botas.

—Quédate un poco más, conmigo.

—No, mi luz. Ahora mismo tengo que ver al general Lanza Seca. Mi misión es sagrada.

Desaparece entre el ramaje y ahí nomás, a pocos pasos, hay un claro de monte donde está su tostado y, muy cerca, un moro de líneas afiladas y ojos nerviosos.

Encina comienza a ensillar su pingo.

—¡Quieto, mi viejo!

Carmen aparece acomodándose las enaguas. Los pechos redondos y erguidos parecen palomas prontas al vuelo. Comienza a colocarse la blusa floreada.

—El general no va a moverse del Paso. Las chuzas de Máximo Pérez le han hecho un cerco.

Va hasta el moro. Éste al verla venir, levanta la cabeza y resopla alegremente.

Ella le acaricia las crines y le palmea las ancas.

Encina monta de un salto el tostado. —Le pediré un cura al general Saa y volveré por tu rancho para la bendición, vida.

—Te esperaré con la puerta abierta y mate de yerba buena, Julián.

Encina se apila sobre el pescuezo del tostado y cruza el ramaje que encierra el claro. Ella lo mira alejarse con el fondo sonoro de gajos que se quiebran.

Bien pronto Encina llega al río y, al galope, se pierde en el recodo. Carmen suspira, vuelve a acariciar el moro y, lentamente, comienza a ensillar.

En seguida del codo, el río se estrecha en un lecho duro y plano de orillas de sauces raleados. No hay barrancas, pero sí dunas suaves y onduladas sujetas por tajante paja brava.

Doble fila de carretas tiradas por bueyes cansados que bajan la cabeza buscando el agua negruzca, son acuciados por soldados de caballería que revolean los ponchos al compás de voces que son cantos y reprimendas.

Más allá de las pesadas carretas que llevan el parque, se mueve una masa de caballería cruzando el río y también interminables filas de infantes que buscan la orilla de cuatro en fondo con las armas en alto.

En ambas márgenes del río Negro hay soldados y caballadas. En la orilla norte los que aún tienen que vadear el río, y al sur los que ya han llegado y forman por escuadrones o compañías.

En medio del río, a cincuenta metros de las carretas, el general Saa montado en un tobiano de gran alzada. Tiene la chaqueta abierta, el poncho celeste sobre el hombro izquierdo y los cabellos agitados por el viento, que ahora sopla rasante peinando el lomo del río.

A corta distancia del general, y a su espalda, están dos oficiales de Estado Mayor atentos al movimiento de su jefe.

Encina detiene el tostado en la blanda duna de arena parduzca. Desde el breve promontorio contempla el espectáculo del Ejército de Reserva repasando el río Negro. Después de la primera mirada —mirada criolla de largo alcance— detiene su vista en el jinete de poncho celeste clavado en medio del río.

Sonríe con satisfacción. Aunque no lo ha visto nunca, intuye que ése es el general, por el poncho celeste y la cabeza descubierta, por el modo de sentarse en el caballo y por el brazo derecho que, ahora sin lanza, parece muerto.

Sí, es Lanza Seca, el famoso puntano. Encina va a tocar con los talones a su flete para meterse en el agua, cuando a su espalda resuena el grito de:

—¡Alto! ¿Quién vive?

Encina vuelve la cabeza. Junto a un corpulento molle un infante le apunta con el fusil mientras un alférez tiene pronta la pistola.

—Teniente Encina, de la guarnición de Paysandú.

El alférez se acerca y contempla a Encina de arriba a abajo con el ceño fruncido.

—Usted dirá, teniente.

—Traigo un oficio del coronel Gómez para el general Sáa.— Del bolsillo superior de la camisa saca el sobre y lo muestra. El alférez vuelve al molle y monta un alazán semiescondido entre el ramaje. Se pone al lado de Encina.

—Sígame —dice secamente.

Entra en el río y Encina lo sigue. Uno de los oficiales que están junto al general Sáa se desprende y galopa hacia ellos. El alférez le hace la venia y explica: —Un oficial de Paysandú con oficio para el general, mi capitán. El capitán acerca su cabalgadura a Encina y le tiende la mano. —Capitán Morales del Estado Mayor.

—Teniente Encina, de Cazadores.

En seguida Morales regresa hacia Saa y conversa con el general. Encina espera junto al alférez. Un momento después Sáa y el capitán vienen hacia Encina al tranco de sus caballos. El general se detiene. Encina saluda militarmente y le entrega el sobre que le diera el coronel Gómez. Saa lee.

Se siguen oyendo los gritos de los que acucian los bueyes y el chapotear de las caballadas en el agua. Se mezclan también voces de mando y algún juramento. Sáa termina de leer y dobla el oficio.

—Lo felicito, teniente, por haber llegado hasta aquí a través de las filas enemigas.

—El coronel Gómez necesitaba que usted recibiera ese oficio, señor.

Sáa sonríe con amargura.

—Ya ve, estoy repasando el río que crucé hace varios días. Esto no debe imaginárselo el coronel. Pero el gobierno no me ha enviado ninguno de los refuerzos pedidos. De la división San José, no tengo noticias, salvo que el co-

ronel Laguna licenció parte de la tropa. Y los comandantes Arrúe y Bazterrica que se acercaban a marchas forzadas, parecen haberse evaporado.

Las manos largas y huesudas de Lanza Seca acarician las crines de su caballo. Pensativo, agrega: —Ni siquiera me han enviado la artillería para romper el cerco de los lanceros de Máximo Pérez. Mientras tanto los ejércitos de Flores y Netto se vienen contra nosotros. ¡Ésa es la situación! Rodeado de enemigos y sin recursos.

Abre el oficio y lo relee. Luego exclama con rabia: —Y mi viejo amigo, en Paysandú, contando con el auxilio de mi tropa!

Vuelve a mirar a Encina y esta vez sus ojos relampaguean con firmeza:

—Pero Gómez puede estar seguro de mí. En cuantito estén los refuerzos a la vista marcharé sobre Paysandú, y entre los dos, barreremos al pícaro de Flores y a los imperiales, como si fueran sabandijas. ¡Como que me llamo Juan y soy puntano! —Inmediatamente le dice al capitán Morales: —Conduzca al teniente a la carpa de los jefes y equípenlo con todo para el regreso. Ahí esperará mi oficio para el coronel Gómez.

Encina desprende su cinturón y saca de él las seis onzas.

—Sírvase, general.

—¿Y ésto?

—Es la contribución de un anciano que ya no puede empuñar la lanza.

El general no oculta un gesto de admiración. —¡Lindo viejito! ¡Cómo debe extrañar los entreveros!

Luego le dice a Morales: —Entrégueselas, capitán, a la Tesorería del Ejército. Debe estar tocando fondo.

Y volviendo su caballo enfila al galope hacia la orilla izquierda donde, entre sauces, se ve una carpa azul en la que flamea alta la bandera oriental.

La luz de la luna entra a través de la ventana enrejada y forma un rectángulo amarillo con rayas negras paralelas, sobre la alfombra verde. Sentada en el sofá que cierra el ángulo derecho de la sala, está Rosario con la vista fija en la ventana y el oído atento a los menores ruidos de la calle. Se la distingue como una nube en reposo, a favor de su vestido blanco y sus rubios cabellos que resplandecen como la luz lunar. Lejanos se oyen ladridos de perros en un horizonte de zozobras y del lado norte de las trincheras, un monótono bordoneo. Más cerca, hacia la calle Treinta y Tres, el lento y acompasado golpear de los cascos de una partida de reconocimiento que se va alejando en dirección del Puerto.

La guitarra ha callado y el horizonte de perros ha sido absorbido por un silencio tan profundo como un abismo. Ahora se puede oir la respiración de Rosario, breve y honda. De pronto, del lado este de la calle 18 de Julio, se oyen pasos rápidos y firmes, que se acercan. Rosario salta del sofá y corre hacia la reja. Sus dos manos se aferran a los barrotes y mira hacia la calle con el rostro resplandeciente por la ansiedad y por la luz lunar que ahora le da de lleno.

Los pasos ya están cerca. En el rectángulo de la ventana aparece el alférez Ramón Arcas. Ella estira los brazos para tomarlo por la nuca y él la estrecha por la delicada cintura.

El beso es largo, sereno y profundo. El horizonte es roto por nuevos ladridos, como de jaurías fugitivas. Y en seguida, aisladas descargas de fusiles en dirección del arroyo San Francisco. Rosario retira su boca y balbucea:

—¡Dios mío! ¿Qué es eso, Ramón? ¿Empiezan de nuevo? ¿Otra vez la matanza?

Ramón retiene las manos de Rosario entre las suyas.

—Son nuestros exploradores que se escopetean con las guardias enemigas. Nada más que eso, querida.

—Ramón ¿vendrá la paz? ¿Qué noticias hay de Flores? ¿Renunció a la lucha?

—Nada seguro, Rosario. Algunos jefes creen que se ha retirado ante la proximidad del general Sáa que viene en nuestro auxilio. Otros lo dudan.

—¡Mi vida! ¿Cuándo te tendré a mi lado sin miedo de perderte? ¿No sería posible que el gobierno negociara la paz?

—Todo lo contrario. Ha rechazado las propuestas enemigas y como réplica ha quemado los tratados con el Imperio de 1851, ante el pueblo de Montevideo, y ascendido a generales a los jefes Leandro Gómez y Lucas Piriz. —Y agrega con convicción: —¡Todos estamos seguros de aplastar a los invasores!

Vuelven a besarse largamente, como en un sueño, con las manos unidas. Los ojos de Rosario miran al cielo, como si suplicaran o prometieran. De pronto un terrible estampido de cañones en cadena, como abanico de muerte, hiende los aires de Paysandú. Rosario se cubre el rostro con las manos y contiene el grito que se estrella en su garganta. Arcas aprieta los dientes mirando hacia el puerto. —¡Malditos! ¡Asesinos!

Rosario pregunta horrorizada: —¿Otra vez la Escuadra Imperial?

—¡Sí! ¡Como el tigre agazapado dando el zarpazo en la sombra!

Rosario se retira de la reja y lentamente se sienta en el sofá.

Asiéndose de los barrotes, Arcas la llama: —¡Rosario!

¡No te alejes! Todo pasará y después de la victoria nos casaremos. Iremos a vivir al Olimar, donde está la cabaña de mi madre. ¡Nunca, nadie, nadie, podrá separarnos...! ¡Acércate, Rosario!

Ella hace un esfuerzo y abandona el sofá. Toma el chal de lana blanca y largos flecos amarillos que está en el respaldo y se lo coloca.

—Es tarde ya, Ramón. Mamá me espera en el hospital. Mercedes y María están allá.

Abre la puerta de la sala que da al zaguán y sale a la calle. Ambos se toman de la cintura. Y así, comienzan a andar por la calle 18 de Julio hacia el este en dirección al hospital de sangre, sorteando los profundos hoyos de la destrozada calzada.

Cruzan la bocacalle de Comercio y ahí la luz de la luna parece más intensa, al desbaratar el verdor de los baldíos espolvoreándolos de un amarillo brillante.

Estrechamente unidos y en silencio se van acercando a la esquina de Queguay. De pronto, delante de ellos y desde la derecha rompe un redoble apagado de tambores. En seguida el silencio. Y de nuevo los tambores, esta vez siguiendo un compás lento y espaciado.

Los jóvenes se detienen un momento mirándose entre ellos con sorpresa, pero inmediatamente aceleran el paso. No tardan en llegar a una casa de tejas rojas rodeada por espacioso jardín. Doble fila de una veintena de Guardias Nacionales presentan armas, mientras otros soldados iluminan la escena con altas antorchas, formando un círculo.

Una tumba abierta por dos soldados que empuñan pico y pala. Y otros dos que sostienen con cuerdas un ataúd de rústica madera. En la cabecera, un pequeño grupo de oficiales y, atrás, dos o tres civiles y varias mujeres. Rosario y Arcas han entrado al jardín y están detenidos a pocos pasos de la escena.

Entre los civiles reconocen al doctor Mongrell y, entre las mujeres, a la madre de Rosario, sobre cuyo pecho se apoya María cubierta por un velo. Mercedes, a su vez, toma el brazo de su hermana.

Rosario empalidece. Se desprende de Arcas y se acerca aún más. Pero vuelve a detenerse, vacilante, sin dejar de mirar a su madre y hermanas.

Redoblan los tambores, una, dos, tres veces.

Un mayor de Cazadores, se acerca al ataúd.

—Capitán Omar Lemos: gloria en tu muerte. Paz en tu tumba. La memoria de la patria no te olvidará.

Los soldados que sostienen las cuerdas comienzan a descender el ataúd. Rosario va a correr hacia ellas, pero ya Arcas la ha tomado de la cintura impidiéndoselo. Entonces vuelve el rostro hacia él. La luna produce llamaradas de dolor en sus ojos cubiertos de lágrimas.

—Pobre María. ¡Era todo su amor! ¿Hasta cuándo seguirá el luto y la muerte? ¿Hasta cuándo llorará Paysandú?

Solloza en el pecho del alférez.

El oficial colorado está parado en los estribos y mira hacia el monte que bordea la costa norte del arroyo de Sacra, casi en la desembocadura del río Uruguay.

Es un cuarentón alto y nervudo de rostro simpático, en cuya chaquetilla descolorida y sucia luce las charreteras de capitán, y en el sombrero, ancha divisa colorada.

—Bueno, muchachos, tenemos visitas —grita.

Los cuatro soldados andrajosos y barbudos que componen la partida dejan sus puestos de observación en la loma amarilla y se le acercan al galope. Todos miran hacia el arroyo. El capitán exclama con alegre sorpresa: —¡Y son mujeres! ¡Ta güeno! ¿Quién decía que no había más?

Un soldado grita con voz chillona: —Y viudas, mi capitán... O viejas... ¡que sería lo malo! ¿Ve cómo negrean hasta las patas?

Sus compañeros corean la salida con risas desbordadas. El capitán se vuelve hacia ellos agitando el grueso látigo anudado: —Cállense, sotretas. ¡O los azoto hasta que se me caigan los brazos! Y a vos, Filomeno, ¡un día de éstos te muelo el alma!

Todos callan y Filomeno baja la cabeza. Las cabalgaduras que se acercan han pasado del galope corto a un tranco nervioso y contenido. Vestidos y pañuelos negros son la indumentaria visible de las mujeres. Ya están a doscientos metros de la partida colorada.

—Voy a reconocer a esas señoras. Ustedes esperan acá. Y, ¡cuidadito, canejo! —amenaza el capitán.

Parte al galope de su ruano de grandes brazadas. Las

mujeres al verlo venir, se detienen. El capitán raya su caballo frente a ellas.

Una es anciana, tan encorvada que su cabeza casi toca la cruz del tobiano que monta. La pañoleta le cubre casi todo el rostro y el vestido amplio le llega hasta las ojotas. Tiene la mano izquierda vendada con lienzo blanco.

La otra es una mujer joven, una muchacha, y va vestida en la misma forma que la anciana. Adelanta su zaino y se coloca frente al capitán. Baja el borde del pañuelo que le envuelve la cabeza para poder hablar.

—Buenas tardes, señor oficial.

El capitán le contesta afablemente:

—Buenas, moza.

Y en seguida agrega con el ceño fruncido: —¿Qué hacen ustedes por aquí? ¿No saben que hay guerra en Paysandú?

—Lo sabemos, señor. Pero nosotras vamos a las puntas del San Francisco Chico.

—¿Y qué las lleva ahí?

—Está nuestra casa. Mi madre tiene unas ovejas y un par de lecheras.

El capitán mira a la anciana que está más alejada. No se ha movido de su sitio y continúa encorvada sobre el pescuezo del caballo como si no pudiera sostener su cabeza.

El tobiano pasta alegremente.

—¿Ésa es su madre?

—Sí, señor. Es sorda y media muda. Los años me la están volteando.

—Ya lo veo. Viejita la doña...

El capitán se queda pensativo mirando a la anciana.

—Yo también tengo la mía. Pero guapa y fuerte como el ñandubay.

—¡Dios se la guarde, señor!

—Gracias, moza. —Luego agrega—: ¿Vienen de lejos?

—De los bajos de la cuchilla. Ahí tengo una hermana

viuda con dos criaturas... a mamá le gusta visitar los nietos...

El capitán respira fuerte y se baja aún más el sombrero sobre la frente.

—¿Qué le vamos a hacer? Así son las cosas y la vida...

En seguida se transforma tratando de que su tono sea seco: —¿Así que van al San Francisco Chico? Bueno; van seguras hasta el barranco, después no sé...

La muchacha parece inquietarse. —¿Por qué, señor?

—Porque ésa es zona correteada por las partidas blancas de Paysandú.

—¿Y usted cree... que nos harán algo?

El capitán dice con desprecio: —Yo de los blancos creo cualquier cosa. ¡Que tengan suerte, moza!

Hace a un lado a su ruano como para dejarles paso, mientras agrega: —Y apuren que se les viene la noche.

—Muchas gracias, señor.

Ella acerca el zaino a la anciana y le grita: —¡Vamos, madre!

La anciana, sin mover su cuerpo, toca con los talones los flancos del tobiano, al tiempo que la muchacha hace lo mismo. Ambas parten al galope. Pasan junto a los soldados y se alejan hacia el barranco.

El capitán las ve alejarse con el pensamiento hundido en un recuerdo lejano. El barranco tiene las orillas arboladas y su lecho reseco es de dura tosca amarilla.

Las mujeres lo vadean hábilmente zigzagueando entre las rocas y el ramaje duro de los arbustos enanos. Cuando suben la orilla opuesta vuelven las cabezas hacia atrás. A unos quinientos metros están los soldados y un poco más allá, el capitán, que no se ha movido de su sitio.

Las mujeres se van alejando al galope corto. De trecho en trecho vuelven las cabezas. Una vez la muchacha, otra la anciana, si bien ésta recostada sobre el pescuezo del to-

biano. Descienden a una larga hondonada y desde ahí pierden de vista a la partida.

Entonces las dos mujeres se afirman en las cabalgaduras y azuzándolas con voces, riendas y tacos, emprenden veloz carrera.

Detrás del río Uruguay mueren las últimas luces del día y la noche irrumpe apresuradamente emponchando de sombras el aire y las cosas.

Ahora las cabalgaduras van siendo apresadas por la noche y confundidas en ella. Ahí nomás a menos de dos leguas, se ven parpadear algunas luces. Es Paysandú.

De pronto, tras los jinetes, se oyen rápidas carreras de caballos. Las dos mujeres exigen más a sus cabalgaduras, y esta vez las castigan con lonjas. El tropel de los perseguidores es ahora más cercano.

Y confusamente surca el aire un zumbido rápido y pesado. Las manos del caballo de la anciana se enredan en los tientos de las boleadoras y caballo y jinete dan una vuelta en el aire y van a revolcarse sobre la tierra humedecida por el rocío.

La moza frena su zaino dando un grito. Instantáneamente un grupo de jinetes las rodean. Lucen los uniformes de los Guardias Nacionales. El tobiano está tendido y bufando con miedo.

La anciana se pone de pie con alguna dificultad. Pero prestamente se repone y mira a sus captores. Surge un murmullo de sorpresa entre los soldados.

A pesar de la oscuridad que a todos ha convertido en siluetas, ahora, cerca unos de otros, se distinguen las ropas de mujer. Un capitán desmonta y se acerca a la anciana, tan sorprendido como confuso. Pero ya Encina se ha quitado la pañoleta que cubre su cabeza y aparece su rostro varonil y sonriente.

—¿Quién me bolió? ¡Le envidio la puntería!

Carmen llega junto a él y lo toca y lo acaricia con inquietud. —¿Te has herido, Julián?

—Nada más que el revolcón, Carmen.

El capitán y los soldados están pasmados.

—¿Usted...? ¿Cómo se explica...?

Encina sonríe y se sacude los brazos. Luego se quita el vestido negro y queda en bombacha y camisa.

—Un poco largo de explicar, capitán Funes. Un día de éstos se lo cuento entre mate y mate.

Encina monta su caballo que ya ha sido liberado del lazo. —Ahora le pido, capitán, que me conduzca a presencia del jefe de la plaza.

Carmen monta y se pone junto a Encina. El capitán no sale de su asombro. Al fin reacciona y exclama: —Es increíble. Pero al mismo tiempo nada de extraño tratándose de usted, teniente Encina.

Salta sobre su caballo y grita a sus soldados: —¡A Paysandú!

Y poniéndose entre Encina y Carmen galopan hacia las luces que tienen a su frente.

El general Gómez rasga el sobre de arrugado papel amarillo y lee la carta manuscrita. Lo hace detenidamente y parece leer más de una vez los mismos párrafos. Al fin mira a Encina.

De barba crecida, pelo revuelto, bombachas grandes y rotosas ojotas, camisa desgarrada y sucia y floreado pañuelo de mujer por faja, es una figura casi cómica, aún en su severa grandeza.

El general sonríe en la semipenumbra de la Comandancia, donde la mecha de la lámpara comienza a parpadear por la escasez de petróleo.

—Lo felicito, teniente. En otra oportunidad me contará

usted las peripecias de su misión. Hace sonar la campanilla que está sobre la mesa. Aparece un ayudante. —Prepare un decreto recomendando al teniente Encina para el grado inmediato superior. —Y agrega: —Que se lo provea de un nuevo equipo completo y que durante cuarenta y ocho horas sea librado de sus tareas de rutina. Además que el ecónomo lo surta de cuanto el señor oficial pudiera solicitar.

El ayudante hace una rápida venia y sale. Gómez mira a Encina con afecto. —¿Está satisfecho, Encina?

Encina contesta emocionado: —Muy satisfecho... ¡Y muy agradecido, señor general!

Gómez lo sigue mirando paternalmente. Encina no se mueve de su sitio. Está ahí, cerca de la puerta entreabierta, indeciso, titubeante, con una frase en la garganta que no alcanza a pronunciar.

—¿Desea algo más?

Encina va a hablar, pero no lo hace.

—Lo voy a ayudar. Haga pasar a la joven que está ahí, bajo el alero de la Comandancia.

Encina da un respingo. —¡Mi general!

Encina balbucea algo que no se entiende pero en seguida abre la puerta y sale como una tromba. Un segundo después aparece con Carmen. La joven lleva el vestido negro y, sobre los hombros, la pañoleta. La luz parpadeante del mechero logra descubrir el rubor encendido de sus mejillas. Gómez le sonríe amablemente.

—El señor oficial quería pedirme para usted venia para residir en la Villa. Antes de escucharlo ya lo he complacido. Residirá usted aquí, y colaborará con las otras damas que ayudan al doctor Mongrell en el hospital de sangre.

Ella contesta tímidamente: —Gracias, señor general.

—Es una forma de retribuirle en parte el servicio pres-

tado a la república al ayudar a mi correo. Inclina levemente la cabeza y termina—: Tienen permiso para retirarse.

Encina saluda militarmente y tomando a Carmen de la cintura salen de la Comandancia. Gómez sonríe satisfecho. Luego se sienta y vuelve a leer la carta del general Sáa.

La casa está situada como a trescientos metros al sur del muelle de Paysandú. Es de dos plantas y con techo inclinado de pizarra gris. La rodean grandes sauces llorones que la ocultarían a la vista, si no fuera por las dos lámparas de mecha que iluminan el pomposo letrero en que se lee: *La Platense - Diviértase,* y que está situado sobre la parte que da al río Uruguay. Las ventanas de las dos plantas están cubiertas desde el interior por oscuras cortinas que apenas dejan filtrar la luz.

El local está unido al muelle por la costanera pedregosa que sigue paralela al río, quebrada y angosta, con abundantes pozos arenosos, los más de ellos cubiertos de agua.

Por el lado este y sur sólo se tiene acceso a la casa si se cruza un tupido monte de sauces y sarandíes. Y por el norte, en seguida de la costanera, hay un extenso pantano que llega hasta el puerto. Por el oeste, el río.

De *La Platense* surgen voces roncas, ruidos de vasos y botellas, esporádicas y chillonas risas de mujeres y, dominándolo todo, las notas de un acordeón que ejecuta una *canzoneta napolitana.*

Un bote se va acercando al pequeño embarcadero de troncos que está frente a *La Platense.* Cuatro remos se mueven acompasadamente y casi sin ruido. La luna hace brillar el metal de la proa con fugaces resplandores.

El bote llega al embarcadero. Un teniente de navío y dos marineros de la *Decidée* saltan a tierra. Se oye el ruido de la cadena de amarre. Dos sombras surgen de la parte posterior de la casa y se detienen junto a un corpulento tronco mirando hacia el bote. Los tres marinos van hacia

la casa y el teniente golpea la puerta, alguien la abre y los tres entran.

Las dos sombras se adelantan unos pasos y ahora la luz de la luna las ilumina de lleno. Leticia Berenguell tiene puesto un poncho de boca que le cae hasta el nacimiento de las botas; en la cabeza, un sombrero aludo de paja blanca. Isabela lleva blusa, pollera y botas y, en la cabeza, amplio pañuelo de seda. Dice dirigiéndose a Leticia:

—Es él.

—¿Lo reconoció?

—Es Pierre.

—¿Está segura?

—Reconozco a Pierre a cualquier distancia. —La joven se vuelve y penetra en la oscuridad posterior de la casa. Leticia la sigue. Mientras avanzan, ésta pregunta:

—¿Está segura de él?

—Totalmente. Es doblemente fiel: a mí y a su idea.

Siguen otro trecho en silencio y llegan a una ancha escalera de mármol con balaustrada que da a una terraza amplísima y que tiene en el extremo más lejano, una puerta de hierro de doble hoja. La luna la baña con orgía de luz brillante. Desde esa parte de la casa se escuchan los ruidos del interior aunque en forma apagada y confusa. Isabela se sienta en uno de los peldaños. Leticia se recuesta en la balaustrada.

Desde las sombras del monte surge la figura corpulenta del cochero de Isabela. A un costado de la faja brilla el cabo de un cuchillo. Dice humildemente: —¿Necesita algo, señora?

—Tenemos que esperar, Zenón.

El cochero se inclina levemente y vuelve al monte. Leticia mira al cielo como si contara las estrellas. Isabela enlaza entre sus manos una de sus rodillas.

De pronto el acordeón comienza a ejecutar una nueva pieza e Isabela se alegra súbitamente.

—¡Es *Adieu Paris*! Reconocieron que son franceses y lo ejecutan en su homenaje. ¡Lo he cantado tantas veces con Pierre!

Isabela comienza a tararear balanceando su cuerpo. Leticia impensadamente sigue el compás golpeando con las palmas de sus manos en el balaustre. Una lechuza que vuela desde un árbol y se aleja sobre la casa con pesado golpear de alas, hace exclamar a Leticia:

—¡Cruz diablo! —Y se persigna.

Del río llega un corto y ronco toque de sirena. Y del lado de Bella Vista, dos o tres escopetazos.

La puerta que da a la terraza se abre y aparece el teniente de navío. Es un acabado ejemplar del marino francés de escuela. Además de su gallarda apostura se mueve como si estuviera en un salón alfombrado o en una recepción cortesana.

Y así va hacia la escalinata como si supiera o adivinara que lo esperan. Isabela ya ha corrido hacia él a lo largo de la terraza. Lo estrecha contra sí a pocos metros de la puerta y bajo la sombra movible de un viejo rosal.

Leticia ve cómo se abrazan cálidamente, pero también ve cómo el teniente en un rápido movimiento de su mano derecha ha introducido un papel en el seno de Isabela. Después escucha un animado diálogo en francés que no entiende; luego otro fuerte abrazo y varios besos en las mejillas de la joven.

Y por fin al teniente que se aleja y desaparece tras la puerta de hierro. Isabela regresa con las manos en el pecho. La luna descubre el ardoroso rubor de sus mejillas.

—¡Zenón!

Su voz denota un suave temblor. El cochero aparece con ruido de ramas.

—¿Señora?

—¡De regreso!

Y tomando a Leticia del brazo, entran en el monte si-

guiendo a Zenón. Van avanzando, ora en largos trechos bajo densas sombras, ora en pequeños claros donde la luna los ilumina como farol de plata.

Una punta del poncho de Leticia se traba en un enredijo, pero ésta saca un largo cuchillo de mesa que llevaba oculto y de un tajo corta la maraña. Isabela ríe con risa nerviosa, mientras dice: —¡Albricias, señora! ¡Sabe manejar el cuchillo como un gaucho!

—Y ver como un águila. ¿Qué le entregó el francés?

Isabela se sorprende. Después se entrega.

—¿Alcanzó a ver?

—Todo. Los abrazos, los besos y el papel en su pecho. Esperaba que me lo dijera.

Isabela le estrecha el brazo cariñosamente.

—Es mi deber callar. Pero a usted se lo diré. —Saca del seno un sobre doblado y sin detenerse se lo muestra—. Son comunicaciones del presidente Aguirre para el general Gómez. Pierre nos ayuda en esta lucha contra el Imperio, el presidente Mitre y Venancio Flores. Él ha escrito a su gobierno, probando que contra la patria se está cometiendo un acto de piratería internacional.

—¡Lindo mozo! Desde ahora es como si fuera de mi familia.

—Pero como Francia no nos puede ayudar, Pierre se ha convertido en correo secreto del presidente Aguirre.

Tienen que estirarse para salvar una zanja media oculta entre la maleza.

Leticia pregunta: —¿Y cómo se las arregla el francesito para que los papeles lleguen a sus manos?

Isabela se acomoda el pañuelo que ciñe su cabeza. —Si le dije lo de Pierre, puedo decirle todo. Pero eso sí, doña, si el enemigo se entera... ¡Adiós correos! ¡Vería sus cabezas clavadas en bonitas picas!

Ahora tienen que agacharse para sortear un ramaje espinoso.

—¡Ni lo piense, muchacha! ¡Antes me cortaría la lengua con mis propios dientes!

Pues bien: algunos papeles van de Montevideo a Fray Bentos y de ahí a territorio argentino. El cura Ereño y otros entrerrianos los hacen llegar hasta la cañonera francesa. ¿Está conforme ahora?

Un carpincho se cruza frente a ellas y se pierde en el monte con ruidoso romper de malezas. Leticia echa mano al cuchillo pero en seguida renuncia. Exclama: —¡Ese carpincho se está regalando para que lo hagan a las brasas!

Mientras ella se arregla el poncho siguen unos metros en silencio, pero en seguida dice:

—Soslayo debajo del ala que usted tuvo mucho que ver con todo esto de los correos. ¿No es así?

Isabela levanta una pierna sobre un tronco caído, para no tropezar. La luna juega a luz y sombra en los rostros de las dos.

—Está de Dios que le tengo que decir todo. ¡Sí, sí, tuve bastante que ver! ¡Hice más viajes que aguatera y hasta me disfracé de monja!

Siguen un trecho más en silencio, ahora por un senderito de mata blanda. Delante de ellas, y a no más de treinta metros, siempre la silueta corpulenta y semiagachada de Zenón, señalando la ruta. Leticia pregunta: —¿Y dónde conoció al francesito?

Isabela la mira y por eso casi tropieza con una raíz seca.

—En Buenos Aires, en el *Gavroche*, cerca del puerto. Primero quise envolverlo para utilizarlo. ¡Era un oficial de una cañonera francesa que se dirigía a Paysandú!

Estrecha contra sí el brazo de Leticia.

—Pero después conocí sus ideas de libertad... Y su pasión por los débiles dignos contra los poderosos prepotentes.

Isabela tose para aclarar la voz.

—Y desde entonces es uno de los puentes más seguros de la información secreta.

Isabela calla. Pero en seguida dice: —Y eso no es todo. Hay algo más. Ya que debo contárselo todo, le diré esto también. Y cambiando de tono, como si marcara las palabras dice: —Sin darme cuenta me fui enamorando de él. Y Pierre no lo sabe.

Leticia la mira con asombrosa curiosidad. Ahora una alargada nube gris tapa la luna y las dos mujeres son sombras borrosas entre el follaje.

—Por eso cuando me besa en las mejillas, sufro. Yo quisiera besarlo en la boca y sorberlo... Sí, como lo oye: ¡Sorberlo! Pero temo que me rechace y no vuelva a verme. ¡Entonces Paysandú perdería su mejor correo! ¿Me entiende, señora?

Leticia, aunque apenas ve el rostro de Isabela, la viene mirando fijamente, absorbiendo cada palabra de la joven. Hay un breve silencio. Al fin Leticia lo rompe:

—Le entiendo, muchacha. Y le diré... ¡Pero no se vaya a poner orgullosa! ¡Cada día la admiro más, m'hijita!

Zenón se ha detenido y en seguida dobla a la derecha. A pocos metros, oculto entre los árboles y junto al camino está el landó.

El cochero las ayuda a subir y ellas corren las cortinillas. Zenón sube al pescante y el landó parte en dirección al puente levadizo de la calle Treinta y Tres.

El oficial que les sale al encuentro los reconoce y les da paso libre. El landó entra en la Villa fortificada, que late en la noche con mil oídos oyendo el silencio y dos mil ojos vigilando la oscuridad.

Amanece. La fresca brisa que comienza a soplar desde el este arrastra rápidamente la masa cálida que envuelve a Paysandú. En las trincheras y cantones se oyen los movimientos de la tropa, el ruido de las armas y las voces de mando. Por la calle Florida, desde el oeste, cabalgan los coroneles Azambuya y Aberastury.

Llegan a la Comandancia Militar en el momento en que los comandantes Raña y Ribero están desmontando frente a ella. Desde el interior ha surgido el mayor Larravide. Por la puerta aparece un rectángulo de luz vacilante y amarillenta. El jefe del Detalle se coloca a un costado y los cuatro comandantes entran. Larravide cierra la puerta.

Sobre la mesa está la lámpara de petróleo que ilumina la estancia y descubre las huellas del insomnio en el rostro del general Gómez, sentado en una banqueta de tientos. Junto a la lámpara, una carta manuscrita y un pliego con el escudo de la república.

El general Piriz arma pacientemente un cigarro.

Al entrar los jefes, Gómez se pone de pie y antes que éstos puedan hacer el saludo de rutina, les dice: —Con pocas horas de diferencia he recibido dos mensajes y considero urgente que ustedes los conozcan.

Toma la carta manuscrita. —Es de puño y letra del general Sáa desde el río Negro y lo he recibido a través del valiente teniente Encina. Me transmite que ha pedido refuerzos a Montevideo y que apenas éstos estén a la vista marchará hacia aquí para batir el enemigo entre dos fuegos.

Gómez ahora, muestra el pliego. —Este oficio es del

presidente provisional don Atanasio Cruz Aguirre. Lo he recibido hace unos minutos por intermedio de los agentes secretos que operan desde la costa argentina en combinación con oficiales de naciones que aman la libertad. El presidente me comunica que ya han salido los refuerzos pedidos por el general Sáa y que por consiguiente continuemos sosteniéndonos en la defensa de Paysandú en espera de pasar a la ofensiva.

Los cuatro jefes se miran con franca alegría y Aberastury exclama con ruidoso optimismo: —¡Pues sí, que es noticia, mi general! ¡Si solos nos hemos sostenido con suceso, con el ejército de Reserva liquidaremos a Flores y atacaremos a los Imperiales en sus propios buques!

Todos apoyan con anchas sonrisas y Ribero se golpea las manos con fuerza.

—¡Ya estoy pensando en matear en el camarote de Tamandaré!

Rápidos cascos de caballo se acercan a la Comandancia. Un jinete desmonta y en seguida se oyen golpes en la puerta. Larravide abre. El capitán Olivera entra, diciendo:

—Permiso, señor. —Y mirando a Gómez, agrega: —Mi general: al arroyo de Sacra acaba de llegar el ejército de Venancio Flores.

Gómez arruga el entrecejo y todos los jefes se miran asombrados.

—¿Puede darme más detalles, capitán?

—Sí, mi general. Cerca del amanecer llegaron las primeras partidas de vanguardia. Con mi pelotón me tirotié con ellas hasta que apareció el grueso del ejército. En el momento de venir a darle el parte un bombero me anunció que se le estaba uniendo una división de caballería Imperial al mando del general Antonio Netto.

Gómez se sienta acodándose sobre la mesa y mientras se acaricia la larga barba, exclama con incredulidad:

—Pero, ¿es posible que Flores ignore que Saa marcha sobre Paysandú?

Raña se adelanta rápidamente y golpea con entusiasmo sobre la mesa. —¡Eso debe ser un premio de la Providencia! ¡Tomaremos a Flores y a Netto entre dos fuegos y los barreremos del mapa de la república!

—¡Y ese momento está cerca! —exclama Piriz.

Va hacia el mapa y señala en él.

—Teniendo en cuenta la fecha del oficio enviado por el presidente y la distancia que debe recorrer el ejército de Sáa, éste se pondrá a la vista de un momento a otro. Sí, compañeros. ¡La hora de Flores ha llegado!

El entusiasmo sacude a todos. Azambuya dice: —¡Y esta vez no podrán salvarlo ni sus recursos, ni su astucia!

Azambuya y Raña se abrazan.

Aberastury palmea la espalda de Larravide.

Gómez se pone de pie con el rostro resplandeciente y dirigiéndose a Larravide acota: —¡Señor jefe del Detalle!

—¡Ordene, mi general!

—¡Que en la Orden del Día se comunique a la guarnición la proximidad de Sáa. Y que el capitán Federico Fernández prepare una salva de 21 cañonazos para recibir al Ejército de Reserva!

En lo alto del Baluarte de la Ley están Gómez, Piriz y Larravide. Y en un ángulo de la plataforma, el vigía de turno. Gómez mira con un catalejo hacia el norte.

A una distancia como de dos leguas se ve al ejército de Flores que marcha alejándose en tres columnas. Gómez baja el catalejo y se queda pensativo, mientras Piriz y Larravide lo observan esperando su palabra.

—Y bien. Esto tiene una sola explicación. Flores acaba de enterarse de la marcha de Sáa y ahora se retira para no presentar combate.

—¡El muy astuto no quiere ser tomado entre dos fuegos! —exclama con rabia Larravide.

—Pero caerá igual. ¡Repito que le ha llegado la hora!

Gómez palmea el hombro de Piriz, ante sus palabras.

—Sus deseos serán cumplidamente satisfechos, general. Apenas llegue Sáa, usted se pondrá al frente de la caballería para perseguir a Flores. Y yo lo seguiré con los infantes y la artillería.

—Daría cualquier cosa para que Flores recibiera un escarmiento que haga época.

Gómez le sonríe a Larravide, por lo que acaba de decir, al tiempo que le contesta: —Y como anticipo, mayor, ordene que dianas y tambores ejecuten marcha de victoria. Que el espíritu de la tropa esté retemplado para la batalla final.

Le devuelve el catalejo al vigía y comienza el descenso del Baluarte, seguido por Piriz y Larravide.

Dos jóvenes soldados de la Guardia Nacional pelan y limpian con habilidad de prestidigitadores sendas gallinas, valiéndose de las bayonetas de sus fusiles. Una gran olla de hierro hierve junto a ellos colgada sobre un fuego de leños hachados. Los soldados sudan copiosamente, un poco por los leños chisporroteantes y otro mucho por el terrible fuego que despide ese sol del mediodía que brilla sin una nube en el cielo azul turquesa.

Dos ollas más, pero éstas con charqui, se alinean en la trinchera que está en la esquina de la Comandancia, y una veintena de soldados merodean en torno a las ollas y los cocineros, paladeando anticipadamente el jugoso banquete.

Dos muchachos melenudos y vigorosos de chaquetas desprendidas intentan arrancar al compás las notas de un malambo golpeando sobre un cajón, mientras otros dos se preparan para comenzar el duelo de figuras.

Una pareja de chingolos revolotea un momento entre el vapor de las ollas y luego se alejan como balas serpenteantes, piando alegremente, participando también ellos de esa atmósfera de fiesta y esperanza.

Desde distintos puntos de las fortificaciones llegan cerrados vivas al gobierno, al general Sáa, a Gómez, Piriz y otros jefes. Otras veces, después de un toque de clarín, o un redoble de tambores, se oye el vibrante grito de:

—¡Independencia o muerte!

Y ahí, en un costado de la plaza, formando ángulo con la Iglesia en construcción y la Comandancia, está el cañoncito destinado a dar las salvas al Ejército de Reserva con las 21 balas apiladas en una carretilla.

El capitán Fernández con dos ponchos cruzados se ha improvisado una tienda en la que se resguarda de los ardientes rayos del sol.

Y los artilleros han hecho algo parecido con varias cobijas del equipo.

Fernández saborea una manzana que ha sacado de una cestilla de mimbre que tiene sobre las piernas y que quién sabe por qué arte de magia ha llegado a su poder.

Como uno de los artilleros lo mira envidiando la fruta cercana, el capitán toma una y se la arroja.

Los artilleros remolinean para cogerla en el aire y entonces Fernández vacía la cestilla y arroja las manzanas una tras otra.

—¡Festejen, muchachos! ¡Total esto ya termina y con licencia en Montevideo me voy a hartar de manzanas!

Cuatro tambores cruzan la plaza hacia la línea defendida por el coronel Emilio Raña, punto desde el cual durante toda la mañana han partido vítores y dianas.

Por el extremo de la plaza, hacia la calle 18 de Julio, un grupo de señoras se dirige al hospital con canastas y paquetes. De la iglesia vieja, arrancan tres largas campanadas. Simultáneamente callan vítores, ruidos y rumores. Y como si esto fuera un aviso, el vigía apostado en lo alto del Baluarte lanza el grito por todos esperado:

—¡Ejército a la vista!

La ventana de la Comandancia se abre de par en par y aparecen Gómez, Piriz y Larravide. El primero ordena:

—¡Es Sáa! ¡Que el cañón lo salude con una salva!

Estos rostros desencajados han adquirido ahora un vivo color y los ojos relampaguean de impaciencia. Gómez y Piriz se encaminan con rápido paso hacia el Baluarte, mientras Larravide corre hacia el cañón de la plaza. El vigía repite: —¡Ejército a la vista! ¡Tres columnas vienen hacia Paysandú!

Fernández se ha puesto de pie de un salto y ya está

junto al cañón con los artilleros prontos y las mechas encendidas.

—Larravide llega jadeante y ordena. —Capitán Fernández: ¡Dispare esa salva!

El primer cañonazo rasga el cielo de Paysandú con el efecto emocional de mil baterías, y mil gargantas le hacen coro de fervorosa grandeza. Y una atronadora orquestación de clarines y tambores sacude la Villa entera hasta sus cimientos.

Larravide sigue su carrera hacia el Baluarte al que trepa en grandes zancadas tratando de dar alcance a Gómez y Piriz que ya llegan a la plataforma superior.

Un segundo y un tercer cañonazo y miles y miles de vivas siguen sacudiendo el aire de Paysandú como si de pronto la patria misma surgiera de sus entrañas.

El general Gómez arrebata el catalejo del vigía y Piriz saca el suyo del cinturón. Ambos miran ansiosamente.

Larravide ha llegado ya a la plataforma y lleva a los ojos los pequeños gemelos que guarda en lustrosa vaqueta.

El cañón de Fernández sigue disparando sin interrupción y los vítores y dianas se repiten desde todos los puntos de Paysandú.

El primero en bajar el anteojo es el general Gómez. Mira alternativamente a Piriz y a Larravide.

El jefe del Detalle parece inquietarse y mueve la rueda de alargue de sus gemelos.

—Piriz exclama: —¿Ve bien, mi general?

Gómez contesta en voz baja: —Lo suficiente, general Piriz.

Piriz baja su catalejo y le dice al jefe de la plaza:

—Présteme el suyo, pues estos lentes están bastante sucios.

Gómez le alcanza su catalejo y Piriz vuelve a enfocar hacia el este. Gómez cambia de posición y ahora mira ha-

cia abajo, al cañoncito de Fernández que sigue disparando la salva. De pronto se oye la fuerte voz de Larravide que exclama: —¡No son nuestras banderas, son banderas de don Pedro!

Y bajando sus gemelos mira a Gómez y a Piriz. Éste lanza un juramento. —¡Es un ejército Imperial de las tres armas! —Y mira a Gómez sorprendido.

Suena el último cañonazo de Fernández, pero continúan los vítores y dianas. Gómez mira a los sorprendidos y mudos Piriz y Larravide y les contesta: —Lo he visto. Sólo esperaba que ustedes también lo reconocieran.

En seguida toma de manos de Piriz su catalejo y enfoca hacia el ejército que se acerca. Por la explanada del Baluarte van subiendo a toda prisa Raña, Azambuya, Aberastury, Ribero, Braga y otros jefes.

Llegados a la parte superior miran interrogantes a los que tienen anteojos. Gómez dice levemente:

—¡Señores! La fuerza que se acerca no es la de Sáa. Es un ejército Imperial de las tres armas, dividido en tres columnas paralelas con bandas, pabellones y un inmenso parque con incontables carretas.

Luego le pregunta a Larravide, que no ha dejado de observar con sus anteojos: —¿Qué fuerza le calcula a cada columna, mayor?

—Cinco mil hombres la del centro, señor. Y tres mil, cada una de las alas.

Un murmullo surge del grupo de jefes.

—¡Buenos gemelos los suyos, mayor! No hubiera calculado más de 7.000 hasta Cañada Colorada...

—Es que más allá de ese punto cierra la marcha una Reserva de infantes y caballería, mi general. Mis gemelos alemanes me lo están cantando.

—¿Alcanza a contar la artillería, mayor?

—Sí, señor. La columna del centro tiene 16 piezas, la

de la derecha 12 y la de la izquierda 8. Y en la Reserva hay más, pero no puedo ver el detalle.

Gómez baja los catalejos y mira a todos los jefes.

—No hay duda de que Flores y la caballería de Netto eran sólo la vanguardia de este otro Ejército que se nos viene encima. Es inútil que esperemos a Saa; seguramente ha sido cortado u obligado a repasar el río Negro. Y bien, señores: ¡Pelearemos contra Flores, contra la Escuadra y contra todos los ejércitos que nos mande el Imperio! ¡No habrá fuerza suficiente que nos haga renunciar a la defensa del suelo patrio! ¡Y si tenemos que morir, aquí moriremos!

Ribero se adelanta y lanza un formidable: —¡Viva la patria!

Todos los jefes allí reunidos contestan ese grito con titánica grandeza.

El cálido viento del norte arrastra espaciadas nubes negras que cubren y descubren la menguante luz de la luna como si anchos flecos circulares giraran en su torno.

Paysandú está hundida en un pesado silencio de sueño y una oscuridad tan prieta como la de las nubes que vienen del norte.

Pero en las entrañas de ese fondo quieto y negro se mueve el alma y brillan los ojos de los defensores de Paysandú.

Sombras en las trincheras y cantones, sombras en las torres y techados, pero sombras vivas dispuestas a la muerte por la defensa del suelo patrio.

Desde Bella Vista llegan ruidos de campamentos en actividad. Traqueteo de carretas, golpes de picos y palas, movimientos de caballos, estrépito de hierros, y algunas luces, como de antorchas, movibles en lo más alto de la cuchilla.

Se abre la puerta de la Comandancia y el capitán Abelardo Marote dice: —¡A la orden, mi general!

Gómez suspende la lectura de los partes que le va alcanzando Larravide y mira a Marote diciéndole: —Adelante, capitán.

Los ruidos que llegan de Bella Vista continúan en forma sostenida. Gómez presta atención.

—¿Oye eso, capitán?

—Sí, mi general. Los oigo desde el atardecer. Proceden del campamento Imperial.

—Bien, capitán. Elija algunos hombres y salga fuera de trincheras. Necesito saber a qué responde ese movimiento del enemigo.

—Calculo que dentro de una hora puedo estar de vuelta con ese informe, señor.

—No arriesgue un solo hombre en ninguna acción de peligro. Todos van a hacer falta detrás de las troneras.

Marote y cinco hombres franquean el foso que está en el extremo este de la calle 18 de Julio. Como sombras movibles a ras de tierra el grupo se funde en la pesada sombra de la noche.

Bien pronto dejan tras ellos las zanjas que bordean las fortificaciones de ese costado de la defensa y se hunden en la prolongada hondonada salpicada de arbustos secos, raíces descubiertas y paja brava. Minutos después trepan la cuesta empinada y dura que antecede a la hondura cubierta de alta hierba. Desde esa altura se presenta a sus ojos un espectáculo extraordinario.

Una vasta extensión de terreno está cubierta por altas antorchas y fogones encendidos. A su luz se descubren multitud de soldados con relucientes uniformes multicolores, unos acampados en cerrados círculos concéntricos, otros en cuadros de perfectas líneas geométricas y otros moviéndose portando toda clase de útiles y armas.

Multitud de carretas, unas alineadas en interminables filas y otras en círculos, ocupan una vasta zona donde negros de calzón corto encierran corpulentos bueyes en corrales de palo a pique.

De vez en cuando escuadrones de caballería riograndenses cruzan el dilatado campamento en diversas direcciones y, otras veces, piquetes de infantes policromos presentan armas a algún jefe que los inspecciona.

Y más cerca de Marote y sus hombres, en lo alto de la Cuchilla, cuarenta y tantos cañones de grueso calibre y de los más modernos, están siendo colocados en baterías, dirigiendo sus bocas de fuego sobre Paysandú.

Un enjambre de negros de lustrosa musculatura, mandados por rubios oficiales de elegantes uniformes y altas botas brillantes, se mueven con actividad sincronizada, arrastrando los cañones.

Cuadrillas de herreros y carpinteros sujetan la artillería sobre planchas desarmables y éstas son niveladas rellenando los huecos del suelo irregular con tierra y piedras que transportan carretillas arrastradas por bueyes.

Marote y sus hombres observan el campamento Imperial, primero con asombro y luego con rabia. En ese momento tres grandes carretas cargadas de balas de cañón llegan a las baterías.

Un joven soldado que está junto a Marote, un muchachito delgado e imberbe que luce charreteras de clase, exclama jovialmente:

—¡Nos están preparando el confite para el próximo baile!

Todos ríen y un mocetón de espesa barba y ojos alegres, dice:

—¡Son muy generosos y nos quieren empachar!

Otro soldado va también a decir algo, pero ya el capitán ordena: —¡Silencio! ¿O quieren que nos descubran y no llevemos el parte? ¡De regreso!

Y haciendo punta comienza a arrastrarse hacia las trincheras de Paysandú. Los demás lo siguen en la misma forma. El clase se apura y se coloca a la par de Marote. Le dice con extrañeza: —Pero, mi capitán ¿nos vamos a volver así, sin hacerles unos tiritos?

—La misión está cumplida, cabo. Tengo orden de no provocar riesgos.

Llegan al final de la cuesta y Marote indica que se pongan de pie. Ahora marchan con paso rápido, agazapados entre los arbustos que los ocultan.

El clase insiste ante Marote del que no se ha separado:

—Mi capitán ¡deje por lo menos que le voltiemos al-

gún artillero! Total, ellos después nos van a voltear como muñecos.

Marote se detiene y mira al clase. Los otros lo rodean.

—Quién sabe, mi capitán, si volvemos a tener otra oportunidad.

—Sí. ¡Y que los confites que nos preparan no se los lleven de arriba!

—Y de paso saben que no les tenemos miedo ¡canejo! ¡Aunque vengan con cañones lustrados!

Marote sonríe y mira hacia las baterías. Ahora las nubes dan paso a la luz de la luna. La transparencia azulada parece un tul agujereado por las antorchas de los cañones. Y oficiales, artilleros, soldados y sirvientes siguen preparando activamente la formidable artillería destinada a abrir la gran fosa de Paysandú.

Marote respira fuerte y exclama:

—Bueno, muchachos. Les voy a hacer caso porque si no ustedes son capaces de ir a enlazar los cañones. Pero sólo un tiro cada uno. Y después a la carrera hacia nuestras trincheras. ¡Que todos lleguemos vivos, como ordenó el general!

Los soldados saltan y se dan palmadas alegremente.

—A ver: ¡Frente al enemigo! ¡Fusiles listos! ¡Que cada uno elija su artillero contando por orden a la izquierda del negro con gorro colorado!

—Yo ya tengo el mío. ¡Me gusta porque es el más compadre!

—¿Listos?

—A la orden, mi capitán.

—¡Fuego!

Simultáneamente suenan las descargas, y de la misma manera caen cinco artilleros ante el más grande estupor en los hombres de la batería. Por unos segundos han quedado pasmados, pero inmediatamente reaccionan y se oyen enérgicas voces de mando y varios pelotones de infantes des-

cienden la Cuchilla gritando y disparando las armas en dirección a la partida de Marote.

Pero éste y sus hombres han emprendido veloz carrera hacia sus trincheras saltando piedras y zanjas.

Oyen los gritos y disparos de sus perseguidores, pero ahora oyen también rumor de voces provenientes de la defensa. Y en seguida una compañía de Guardias Nacionales desplegados en guerrillas que sale para protegerlos. Cuando Marote y sus hombres se mezclan con ellos, éstos hacen una descarga cerrada contra los Imperiales. E inmediatamente cesa la persecución. Contestan sí, el fuego de los Guardias Nacionales, pero retroceden hacia las baterías. Bien pronto se pierden en las laderas de la Cuchilla.

La compañía y la partida de Marote se encaminan hacia las trincheras. Poco después están dentro del recinto fortificado. Marote se dirige a la Comandancia. La puerta está abierta y él la franquea.

—Permiso, mi general.

Inclinados sobre la mesa donde están los planos de las defensas, están Gómez y Piriz y, a un costado, Larravide.

Los tres miran hacia Marote.

—Supongo que su partida fue descubierta y tiroteada. ¿Fue impedido, capitán? —le pregunta Gómez.

—No, mi general —contesta Marote—. Cumplí la misión.

—¿Y ese tiroteo?

—Eran los Imperiales que nos perseguían.

—¿Alguna baja?

—No, señor, llevé cinco hombres y todos volvieron sanos y salvos.

—¿Qué averiguó, capitán?

—Los Imperiales están colocando baterías en lo alto de la Cuchilla.

—¿Cuántos cañones?

—Conté treinta y ocho en primera línea.

Se produce un silencio. Gómez sigue mirando a Marote y Larravide y Piriz se cambian una rápida mirada de atención. Gómez continúa indagando:

—¿Calculó el número de sus artilleros?

—Imposible, mi general, estaban en constante movimiento.

—Bien, capitán. Puede retirarse a su puesto.

—Si me permite, el señor general... Contravine su orden de no arriesgarme en ninguna acción. Dejamos fuera de combate a cinco artilleros aprovechando la cercanía. Considero que debo ser castigado pero no pude contener a mis valientes. Toda la tropa arde por pelear y morir por la patria.

Gómez levanta levemente la cabeza. Luego va hasta la ventana que da a la plaza y la abre de par en par. Una brisa fresca barre el aire caldeado de la Comandancia. Las nubes alargadas y negras siguen jugando a las escondidas con la luna. Gómez mira el firmamento.

—Somos uno contra doce. El número nos puede tapar como ahora las nubes tapan a la luna. Pero las nubes pasarán y la luna volverá a brillar. Y nosotros, vivos o muertos, legaremos un brillo inmortal, y un mandato a las generaciones venideras. Nuestro suelo se defiende con la vida. ¡La patria o la tumba! —Y dirigiéndose a Marote, termina: —Capitán: sepa usted que ordenaré abolir los castigos por actos de arrojo ejecutados sin órdenes superiores. ¡Si vamos a morir en la defensa de la patria que todos y cada uno sea el artífice de su propia gloria!

Va hasta Marote y le da un abrazo. Luego: —Transmita este abrazo a los hombres de su partida, capitán.

Marote está emocionado. Piriz y Larravide son testigos mudos y elocuentes. Marote alcanza a decir:

—¿Puedo retirarme, mi general?

—Tiene mi venia, capitán.

Marote golpea fuertemente los talones de sus botas y

sale con la garganta apretada por un grito que se escapa y que él contiene: el grito de ¡Por la patria!

La Comandancia queda en silencio. Luces y sombras, siguen entrando y saliendo por la ventana abierta. Y en el cielo, siempre el inacabable desfile de las largas nubes negras que guiñan a la luna. Los tacos finos y duros de las botas del general Gómez resuenan como un preanuncio. Se dirige a la mesa y se sienta en la banqueta de tientos.

—Mayor Larravide: al rayar el día desalojará usted de la Cuchilla al enemigo.

Piriz levanta rápidamente la cabeza hacia Gómez y deja el plano de la defensa sobre la mesa.

Larravide se sorprende. Y dice: —Solamente nos quedan servibles dos piezas de hierro. La de seis está desfogonada y solamente podrá disparar algún tiro de pura casualidad. Por otra parte usted ha dispuesto que no se lleven ataques fuera de trinchera. Ordene el señor general de qué modo desalojaré al enemigo.

—¡A cañonazos! ¡Con ese poco que tenemos!... Hasta que se acaben las balas o estallen los cañones. ¡Que el Imperio sepa nuestra debilidad y nuestra fuerza!

Es el 31 de diciembre. La luz crepuscular del nuevo día comienza a clarear Paysandú con suaves temblores de caricia. En las trincheras, en los cantones, en las azoteas, toda la guarnición está de pie y siempre con el dedo en el gatillo del fusil.

Un cañón está colocado en el cantón de la casa de Argentó, esquina de la Plaza, y lo manda el teniente Rafael Pons. En la esquina siguiente hay otro cañón mandado por el sargento distinguido Juan Irrazábal. A un costado de la plaza, frente a la Iglesia Nueva, está la pieza volante mandada por Federico Fernández.

Las tres piezas reparadas apresuradamente, apuntan a la Cuchilla de Bella Vista y sus artilleros miran hacia lo alto del Baluarte. Allí, en la plataforma superior está la pieza de a ocho también reparada, que va a ser nuevamente puesta en servicio, cubierta de cicatrices. A su lado Braga y el teniente Díaz, éste con las mechas encendidas. Y en un ángulo, el mayor Larravide con la vista fija hacia el nacimiento del día.

La luz azulada comienza a dorarse lentamente. Ahora puede distinguirse, como si flotara en el aire, el vasto campamento del Ejército Imperial que forma un inmenso tablero cubierto por incontables siluetas movibles.

Y en lo alto de la Cuchilla, brillan de golpe cuarenta cañones con sus negras bocas de muerte dirigidas contra Paysandú.

—Rayó el día. ¡Fuego! —grita Larravide.

Los cuatro cansados cañones, el del Baluarte, el de la Plaza y los de los cantones, disparan hacia las baterías Imperiales.

—Empezó el baile. ¡Y nosotros con la más fea! —dice alegremente Braga.

No ha terminado la frase cuando las baterías de Bella Vista contestan con una andanada de hierro y plomo que rugiente y atronadora sacude el aire y el suelo de Paysandú.

Y un segundo después, desde el Puerto, otro trueno terrible se mezcla con el primero en su mensaje de metralla y muerte. Los buques de la escuadra de Tamandaré también se hacen presentes en los funerales de Paysandú. Y tan ensordecedoras y aplastantes han sido las descargas de la Cuchilla y el Puerto, que el trueno y el humo irrumpen en las defensas tapando los oídos y nublando los ojos.

Y una lluvia de escombros, tierra, ladrillo, madera, lana, envuelve a los defensores, aprisionándolos y asfixiándolos.

El suelo herido tantas veces por tantos bombardeos, es ahora mutilado, despedazado, pulverizado. Los muros que aún quedaban de pie han volado por los aires y muchas azoteas han sucumbido en silencio tapadas por el trueno.

El viejo nogal que está en la calle Montevideo a pocos metros del Mercado, vibra primero, salta después con las gruesas raíces y, en el aire, se convierte en una hoguera, para caer despedazado a tierra convertido en mil leños encendidos.

Uno de los capiteles de la Iglesia Nueva desaparece sin espectáculo y sin ruido, sin dejar el menor rastro de su primitiva presencia. Apenas un tenue polvillo de cal.

De un limonero coposo sólo queda su tronco, y el ramaje cargado de frutos yace humeante y caído a veinte metros de distancia, estrellado contra el ángulo bajo de dos paredes despedazadas. Un montón de tejas rojas semipulverizadas cae sobre un gran hoyo de la calle Florida y lo llena hasta el tope. Chapas de cinc, retorcidas como gusanos, se acumulan en la esquina de 8 de Octubre y Queguay.

A una casa de dos pisos que está en la calle Treinta y Tres, casi Florida, la metralla le ha arrancado las cuatro

paredes de las dos plantas, pero sostiene tímidamente los dos techos sobre las ocho columnas. Y en todas las trincheras y cantones hay muertos, heridos y contusos.

Pero eso no impide que este soldadito cobrizo de ojos azules que está en la trinchera de la calle Treinta y Tres, asome su cabeza por encima de las bolsas de lana y grite: —¡Tiren nomás de arriba, que nosotros después les vamos a tirar de abajo! ¡A ver quién los tiene mejor puestos!

O si no, este otro que está en el extremo oeste de la trinchera de la calle 8 de Octubre, y que dice: —Bueno, muchachos. ¡Voy a sestear hasta que terminen los refucilos. Cuando llegue el momento de los facones me despiertan!

A lo largo de todas las trincheras los muros y defensas van perdiendo altura, víctimas del bombardeo. En forma continua la metralla Imperial los perfora y deshace de arriba hacia abajo.

Y los defensores van inclinándose primero, agachándose después, medio arrodillados luego, y por fin, estirados contra el suelo o medio sentados de costado, para no ser blancos inertes del furor homicida del hierro y el plomo.

En esas posiciones, muchas veces absurdas y otras astutas, todas incómodas y forzadas, cabe sin embargo la frase ingeniosa, el chiste despreciativo, la exclamación altiva.

—Se calientan porque son todos unos muertos de frío.

—Hacen ruido para animarse, como los monos.

—Son fuegos artificiales. ¡Veremos si se gastan tanto cuando vengan los fierros!

Y el suelo de Paysandú, y el aire de Paysandú, está convertido en un verdadero infierno.

El calor del sol de diciembre, los vapores agobiantes del río Uruguay hirviendo como un caldo, la respiración caliente de los montes achaparrados, el fuego de las piedras calizas de las Cuchillas... y ahora el vómito de plomo encendido de ochenta cañones resecando narices y gargantas y haciendo estallar los pulmones con el aire ardien-

do. Llama y calor. Fuego y aire derretido. Arriba, siempre tronando los cañones de Bella Vista y la escuadra. Abajo, oídos tapados, ojos nublados, casas despedazadas, cuerpos mutilados. Y siempre, en la media naranja de la Iglesia en construcción, flameando orgullosa, impertinente, indomable, deshilachada, la bandera oriental.

Alguna pausa tenían que hacer. Aunque sólo sea para volver a cargar los vaciados carros de municiones. O darle un respiro a los cañones calientes y humeantes como estopa. O para que los artilleros se baldeen con agua fresca los torsos chamuscados. Y esta pausa, es la que ahora aprovechan los defensores.

Tapar los agujeros del Baluarte con bolsas de tierra. Unir los pedazos rotos de la explanada. Levantar nuevos parapetos con nuevos fardos de lana. Llevarse los heridos al hospital, como se pueda, en angarillas, parihuelas, al hombro.

Enterrar rápidamente a los muertos, ahí nomás, en el cementerio improvisado de cada trinchera, de cada cantón, despedidos con la plegaria fragmentada que algún oficial todavía recuerda.

Pero en seguida vuelven a tronar los cañones de la escuadra y las baterías de Bella Vista, en un enloquecido duelo de destrucción sobre el mismo blanco. Y otra vez el humo, el fuego, el escombro. Y la muerte.

Una chata de cuatro ruedas tirada por dos percherones y con un improvisado techo de maderas terciadas, llega a la puerta del hospital cargada de heridos. Dos soldados y un clase ayudan a descender a los más graves.

Otra, desemboca por la calle Del Plata al trote de un tronco de yeguas asustadas, difícilmente dominadas por el

cabo que empuña las riendas. Y por el muro sur de la calle 18 de Julio se van acercando una docena de parihuelas con heridos, y más atrás, otros que son llevados al hombro o en carretillas de manos.

Un obús estalla en la acera izquierda de la calle donde hay una gruesa pared de ladrillo y cal. Por un momento el humo, la tierra y los escombros pulverizados forman una espesa nube que hace desaparecer las cosas y los hombres.

Se oyen los gritos que ordenan detener la caravana.

Poco después la nube se disipa dejando ver un ancho y profundo hoyo y los cimientos desnudos y resquebrajados de la pared.

Y la columna reemprende la marcha hacia el hospital, mientras arriba y a los costados, desde todos los puntos de Paysandú, la metralla sigue tronando en su desatado concierto de muerte y destrucción.

El cañón que manda Irrazábal tiene una rueda destrozada y los dos artilleros sobrevivientes tratan de sustituirla a toda prisa por otra que han quitado al tren delantero de la cureña.

La mitad de los artilleros de Rafael Pons están tendidos al pie del cañón, y el teniente hace esfuerzos desesperados ayudando a cargar y tomar la puntería.

Un ayudante viene a la carrera y le grita a Fernández:

—Capitán... por orden del general este cañón debe trasladarse a la ventana de la Iglesia.

Fernández, el ayudante y el único artillero que queda de pie comienzan a arrastrar el cañón a través de la plaza donde llueven las balas de todo calibre.

Gómez y tres oficiales de Estado Mayor abandonan la Comandancia, llevando mapas, planos y folios de partes y órdenes. Guareciéndose contra las casas de la calle Florida se dirigen hacia el cuartel de Guardias Nacionales.

No han avanzado cincuenta metros cuando una andana-

da hace volar el techo y parte de las paredes de la Comandancia. Quedan al desnudo las vigas humeantes.

Leticia Berenguell abre nerviosamente las puertas del gran ropero que cubre todo el largo de una de las paredes de su dormitorio.

Con ella están sus hijas Mercedes y Rosario, la señora de González y Dolores Francia. Todas tienen los vestidos ajados, los cabellos despeinados y en los rostros las huellas de largos insomnios.

Afanosamente Leticia revisa los cajones y va sacando sábanas, manteles, fundas, servilletas, pañuelos. Dolores Francia y Rosario cortan todo en anchas tiras mientras Mercedes y la señora de González las van enrollando rápidamente.

Leticia pone sobre la cama el último mantel.

Mira un momento a las demás y hace un rápido cálculo.

—No es suficiente. ¡Se necesitan más vendas!

Se vuelve hacia el ropero y comienza a sacar los vestidos que cuelgan de los percheros.

—¡Sigamos con los vestidos!

Dolores Francia deja de cortar y la mira interrogante. Ya Leticia rasga las ropas con sus manos.

Dolores exclama: —¡Y también nuestras enaguas!

—¡Todo será necesario!

—Y ahora mismo. ¡Que no les falten vendas a los nuestros! ¡Tú también, Rosario!

Recoge su amplia pollera azul y empieza a desatarse las enaguas. Las demás hacen lo mismo.

En la calle, casi en el zaguán, estalla una granada. El estampido hace vibrar las paredes de la casa de la viuda de Berenguell. Un polvillo blanco desciende levemente desde arriba al tiempo que una rajadura aparece a lo largo del techo de yeso. Pero las mujeres parecen no haber oído

el estallido ni ver el techo amenazante. Siguen preparando vendas para sus heridos.

El sol está acercándose rápidamente a su cenit. El arco recorrido desde su nacimiento ha marcado progresivamente el desgarramiento de Paysandú.

Cien impactos de todo tipo exhibe orgullosamente el Baluarte de la Ley, y sólo por milagro se mantiene en pie. Casi toda la parte alta del torreón ha sido barrida por la metralla. A un costado, el cañón no es más que un montón de hierro inútil caído sobre el armazón retorcido por el fuego.

La explanada ha sido cortada en cuatro partes y sus tablones quemados se extienden al vacío como negras garras desafiantes. La parte baja, donde antes estuvo el polvorín, es un panal de agujeros humeantes.

De la Comandancia Militar sólo queda un pedazo de la pared oeste y los tirantes doblados hacia abajo, como patas de araña.

La pirámide de la Libertad señala su presencia en un montículo de polvillo marmóreo que se recuesta sobre el último vértice del basamento. La Iglesia Nueva en construcción ha sufrido el asedio constante de la artillería Imperial y ahora se ve con la torre del norte barrida hasta su nacimiento y la del sur tronchada a la altura de las bóvedas. Y en toda su estructura, rabiosas dentelladas de metralla. No hay cantón que no tenga sus grandes heridas abiertas al cielo y no hay trinchera que no haya sido castigada por la furia del plomo enrojecido.

Sobre una piedra cuadrada y ennegrecida está sentado el comandante Braga, al pie del Baluarte, guarecido por una pared acribillada que amenaza venirse abajo. Frente a él, el capitán Gadea, de pie, se protege asimismo bajo un alero improvisado con tirantes. Entre ellos, un pequeño

fuego alimentado con maderos saltados de la explanada. Y sobre el fuego un pedazo de cinc a manera de plancha.

Gadea arma un cigarro. —¿Es que nos vamos a envejecer escuchando el bombardeo del enemigo?

—¿Y qué otra solución nos queda? Casi sin cañones y con nuestros fusiles que no llegan hasta sus líneas. Hay que esperar que nos traigan nuevos ataques con infanterías para pelearlos cuerpo a cuerpo. ¡Y ojalá sea pronto!

Llega el teniente Díaz trayendo un ave pelada. La pone sobre el cinc.

—Es pato, mi comandante. Lo tenía guardado desde anteayer.

—¿De dónde lo sacó?

—De una disparada que hice hasta el puerto. Lo voltié en el juncal.

—Está bueno. ¿Y no lo vio la escuadra?

—Me vichó nomás. ¡Un oficial de la ''Recife'' me gritó: ''Bom proveito''.

Con la punta del cuchillo Díaz acomoda el pato sobre la improvisada asadera de cinc.

—¡Todo un manjar!

Gadea pita el cigarro armado y luego dice:

—¿Se olvidó la sal, teniente?

—No hay un grano en Paysandú. Toda la sal está en el charqui. Y además... ¿No ve que es salao de nacimiento? Si habrá gambeteado balas, el pobre.

En ese momento, surgiendo nítida sobre el bombardeo continuo y monótono, se oye el rugido de una bala rayada que se acerca, roza la pared del Baluarte y se aleja ululante hacia el sur para ir a estallar segundos después entre los matorrales de la calle Sarandí. Un polvillo gris y rosado desciende desde lo alto de la pared y envuelve lentamente a Braga, Gadea y Díaz. Braga exclama alegremente:

—Ya está ¡La sal que le faltaba al pato!

Díaz lanza una carcajada y Gadea vuelve a pitar su cigarro.

El coronel Belisario Estomba ahora está contento. La sonrisa de satisfacción que arquea sus labios no puede ser ocultada por el espeso bigote renegrido.

Es que sus artilleros han terminado de colocar en la ventana norte de la Iglesia Nueva, el cañón que ha hecho retirar del centro de la plaza.

—¡Ahora les voy a contestar a los de enfrente como se merecen! ¡Que no crean que todo es flores para ellos y escombros para nosotros!

Todo está listo. La puntería tomada, las mechas encendidas. Estomba mira hacia las baterías de Bella Vista y ordena: —¡Fuego!

El cañón dispara y la bala dirigida con singular precisión da en el centro de las baterías enemigas. Salta por los aires un carro repleto de municiones. Es la señal del comienzo de un duelo desigual: el cañoncito de la ventana y una batería completa de gran calibre.

Los artilleros y sirvientes de la pieza festejan este impacto con gritos de júbilo y revolear de gorros. Pasado el primer momento de estupor y de sorpresa incrédula, la artillería Imperial alinea sus fuegos contra la ventana de la Iglesia Nueva. La descarga no se hace esperar. Una rugiente andanada de balas rasas, granadas y metralla es la respuesta. Escombros de las bóvedas y torres de la Iglesia saltan por los aires y van a caer sobre la trinchera de la Cuadra de los Artilleros, que está abajo de la ventana y calle por medio.

Pero el cañoncito de Estomba contesta con otro disparo y otro impacto, esta vez sobre la cureña de un cañón que queda fuera de combate con casi todos sus artilleros.

Esto parece enfurecer a la batería. Porque ahora repli-

ca con otra andanada más cerrada que la primera. Y algunas balas hacen blanco en la trinchera de abajo cubriéndola de humo, tierra y escombros.

Un joven Guardia Nacional de pálida tez y renegridos ojos vivísimos se sacude el polvo que ha emblanquecido su uniforme azul y exclama: —Si tenemos que ser sacrificados para que el cañón de la ventana siga disparando contra el enemigo. ¡No importa! ¡Cualquier cosa es poco por la libertad de la patria!

Sus cinco compañeros, tan cubiertos de tierra como él, asienten en silencio. Uno se asoma por el parapeto semiderruido y mira hacia las baterías enemigas. Luego dice:

—¡Más valiera salir de trincheras y arrebatarles los cañones!

Otro riendo, le replica: —¡A los diez metros serías un montón de ceniza!

Una granada dirigida a la ventana estalla cerca de la trinchera, entre los escombros de un muro y otra vez el ambiente se cubre de espeso polvo blanco irrespirable mientras una lluvia de cascotes y maderos cae sobre los soldados.

Resoplando y tosiendo el joven Guardia Nacional que ha hablado primero, grita: —¡Ah! si yo tuviera un cañón, aunque fuera una pieza de a 6, les aseguro, muchachos, que les daba en el polvorín y terminaba con ellos. ¡Como que me llamo Felipe Argentó!

Restregándose los ojos enrojecidos va y se sienta en un tirante que se sostiene entre los agujeros de dos paredes en ángulo. Arriba sigue disparando el cañoncito a intervalos cada vez más espaciados, como si el viejo cansancio lo hiciera jadear.

Mas las baterías de Bella Vista replican sin interrupción y sus descargas son cada vez más cerradas. Argentó se pone las manos en la boca a manera de portavoz y grita hacia la ventana:

—¡Déle, coronel! ¡No afloje y métale duro! ¡Que los Imperiales sepan que nos está sobrando el pecho aunque nos falten las balas!

Como respuesta se oye el rugido de una compacta andanada. Los pocos resguardos de la trinchera saltan en el aire hechos añicos y una espesa nube de polvo gris y caliente lo envuelve todo.

Simultáneamente la torre del lado norte de la Iglesia se resquebraja, trepida y se viene abajo con atronador concierto de hierros, piedras y ladrillos que chocan entre sí y contra las bóvedas.

El cañón que está en la ventana, los artilleros, Estomba y otros dos oficiales reciben de lleno una granizada de piedras de vértices agudos y un ancho chorro de polvo espeso y asfixiante. Del lado de las baterías surge un griterío de júbilo festejando el impacto de los artilleros. Disipado en parte el humo de la trinchera se ve a Felipe Argentó que trepa sobre el tirante y alzándose sobre las puntas de las botas, grita hacia el enemigo: —¡Tiren nomás, sotretas, que para cada bala aquí hay un pecho!

Y es en ese momento que suena un disparo de cañón, y una bala, una sola bala, entra por un hueco de la trinchera, cruza en diagonal a lo largo de ella y hace blanco en el joven Guardia Nacional.

El impacto lo recibe en ambas piernas a la altura de las rodillas y es tirado con fuerza sobre el ángulo de los dos muros que aún quedan en pie. El golpe del cuerpo hace saltar la cal y arranca los ladrillos superiores, mezclándose el polvo blanco con la densa nube de humo grisáceo. Los cinco compañeros corren hacia él para socorrerlo, caído entre los escombros que súbitamente se han teñido de un rojo vivo y caliente. Ambas piernas están arrancadas del cuerpo, y la espalda y los brazos sangran de múltiples heridas. Pero el joven Guardia Nacional con un valor sobrehumano y un heroísmo homérico, exclama:

—¡Viva la libertad de la patria! ¡Mueran sus asesinos!

Sus compañeros ya lo han alzado y lo colocan sobre una de las parihuelas que hay en el piso de la trinchera. El teniente Lizardo Sierra llega corriendo de la trinchera de la esquina y grita: —¡Rápido, al hospital!

Pero Felipe Argentó, con el fuego llameando en sus ojos renegridos, les dice: —¡Es inútil, compañeros! ¡Yo me voy para el otro lado! ¡Pero ustedes sigan defendiendo a la patria sin desfallecer! ¡Que ella esté orgullosa de sus hijos!

Los compañeros de Argentó lo miran con emocionada admiración. El teniente Lizardo Sierra grita con voz vibrante: —¡Viva la patria oriental!

Los compañeros responden en una sola voz con fuerza altiva y tajante: —¡Viva!

Y el juramento parece levantarse por sobre el tronar del bombardeo, como un desafío. Cuatro compañeros levantan la parihuela para dirigirse el hospital. Al salir de la trinchera se oye la voz, ahora apagada, de Argentó:

—¡Adiós, patria mía... !

Ya están en marcha hacia el hospital, casi a la carrera cruzando la plaza. Pero Felipe Argentó no entrará al hospital. Acaba de entrar en el Panteón Celeste de los mártires de Paysandú.

El sol cae verticalmente sobre Paysandú. Y de pronto, como si esto fuera una señal, cesan los cañones enemigos.

A los oídos de los defensores, hechos a un tronar incesante de ocho horas, este silencio se hace presente con un zumbido de trompo gigantesco. Hay soldados que se golpean las orejas. Y oficiales que dan una orden cualquiera para escuchar su propia voz. Y junto con el silencio llega también un lento disiparse del aire empolvoreado y blancuzco. Y de pronto, en lo más alto de la media naranja de la Iglesia Nueva, surge la visión de un tremendo y agobiador vacío.

¡La bandera oriental está inclinada sobre el mástil, apenas sujeta por las cuerdas! Y a cada golpe de viento se mueve desplegándose con vigor como si batallara para volver a ponerse de pie. A veces se arrolla pero luego se sacude con violencia y se despliega en un afán viril por levantarse, para volver a flamear erguida junto al mástil.

A la puerta del hospital llega Carmen arrastrando de las varas un carrito de dos ruedas cargado de sábanas, fundas y vendas lavadas al blanco resplandeciente.

La hermosa morocha ha mirado hacia la torre de la iglesia. Sus ojos verdes se agrandan ante el asombro increíble. Las varas caen de sus brazos y el golpe contra el suelo es, en ese momento, un campanazo de alarma que resuena en el silencio de Paysandú.

También Inocencio Benítez desde la azotea de su cantón tiene los ojos muy abiertos y las mandíbulas separadas. Se alza sobre el balaustre y ruge: —¡Aunque lo vean mis ojos, no lo creo! ¡La bandera no está caída!

Y este capitán alto y flaco, de barba rubia, que acaba de empinarse un tragazo de una botella de ron y que está sentado sobre una bolsa de lana en la trinchera de la calle Monte Caseros, también tiene muy abiertos sus pequeños ojos azules. Y repite otro trago en un abrir y cerrar de ojos. En seguida llama:

—¡Sargento García!

Un vigoroso criollo de largo pelo entrecano y amarillento, llega en dos saltos junto al capitán.

—¡Ordene, mi capitán Warnes!

—¿Qué ve el sargento García en la iglesia?

El sargento mira y simultáneamente, exclama con terrible rabia destrozada por sus dientes blancos y grandes.

—¡Maldición! ¡La bandera no puede estar así!

—¿La ves caída?

Acto continuo le enseña la botella: —¿O es este ron de la cañonera inglesa?

—¡No está caída! ¡No puede estar caída!

Y el puño de Leandro Gómez que cae con fuerza sobre la mesa del cuartel de Guardias Nacionales.

—¡Todo, menos la bandera caída! ¡La patria no cae!

Y dirigiéndose a Larravide, le ordena:

—¡Ahora mismo, mayor Larravide, que la bandera sea puesta de nuevo en pie! ¡Mientras ella esté erguida, Tamandaré, Mena Barreto y Flores sabrán que luchamos! ¡Mientras esté de pie la patria vive en Paysandú!

Ésta que corre ahora por la plaza hacia la Iglesia Nueva, agitando su cabellera tan negra que parece azul bajo el sol, es Carmen. Su pecho se agita y tiembla bajo la blusa de ñanduty. Llega hasta la escalinata y grita hacia arriba: —¡Julián! ¡Julián! ¡La bandera está caída!

Pero ya el teniente Encina está saltando entre los tirantes humeantes de la bóveda como un felino, ayudándose con los brazos para conservar el equilibrio, entre los bloques rotos apenas sujetados al armazón. Y avanza cruzando el espacio, saltando vacíos, a veces como un pájaro, otras como un tigre, acercándose siempre a la bandera.

Sobre un trozo de cemento que se extiende en el vacío menguadamente sujeto a la ventana destrozada, Belisario Estomba grita:

—¡Dele, teniente Encina! ¡Otro salto más y llega a la bandera! ¡Lindo, mi teniente!

Encina, segundo a segundo, va acercándose a la bandera, pisándole el lomo a la muerte. Y la bandera se retuerce, heroica y peleadora, contra el viento entre las cuerdas, sin poderse erguir.

Abajo Carmen se cubre los ojos.

Y ahí llega Larravide a la carrera y gritando:

—¡Coronel Estomba! ¡A ver un ayudante del coronel!

Pero mira hacia arriba, ve y se detiene. Está junto a Carmen. Sus ojos se han clavado en Encina como si quisiera apuntalarlo. El teniente ya llega. Sólo falta un vacío

de algo más de tres metros. Y abajo, treinta metros que quieren absorberlo con la trampa del vértigo tendida. Trampa silenciosa, quieta, y de fauces invisibles.

Carmen vuelve a mirar. Su cara está blanca como la blusa de ñanduty. Encina se quita las botas y las deja caer al vacío. Luego se encoje doblando las rodillas hasta casi quedar sentado sobre los talones. Contrae todos sus músculos.

—¡No, Julián! ¡No saltés!

Larravide grita con voz ronca:

—¡Sí, sí! ¡Por la patria!

Encina da el salto. Vuela con los brazos abiertos. Describe una curva sobre el vacío. Y llega al mástil aferrándose con la seguridad de un cóndor.

Estomba grita: —¡Muy bien, muchacho!

Y todos los ojos de Paysandú también gritan con sus miradas: —¡Bravo, teniente!

Ya Encina está recogiendo las cuerdas. Lo hace con cuidado, lentamente, con amor sagrado.

La bandera se va irguiendo, flameando siempre, como si saludara al viento recordándole su orgullo indomable. Y ahora está de pie. Paysandú, un solo nervio, una sola alma, grita: —¡Viva la bandera oriental! ¡La bandera inmortal!

Un catalejo se baja. Y ya se ven los ojos. Son grises, profundos y llamean de indignación. Los arcos de sus cejas claras forman prietos surcos. Los labios largos y finos mascullan:

—¿Contra quiénes nos pidió Flores que peleáramos? ¿Contra un ejército de héroes?

Ahora lo vemos de cuerpo entero. Rico uniforme de mariscal del Imperio cubierto de brillantes condecoraciones. Y en los dedos de las manos descoloridas, abultadas piedras preciosas. Lo rodean altos jefes uniformados y alhajados como para un desfile ante la corte de don Pedro. Detrás de ellos y a los costados, el marco colorido y reluciente del

inmenso campamento Imperial. El mariscal sonríe con nostalgia.

—¡Valía la pena el viaje desde el Janeiro para ver la emocionante proeza de ese oficial! —Y agrega con dignidad—: ¡Si fuera nuestro, yo le levantaba una estatua en los mismos jardines del emperador!

Un murmullo de aprobación adulona y un indisimulado pesar del bien ajeno, surge del grupo cortesano. El mariscal compone una actitud de mando.

—¡Comandante Bello!

El joven Bello, de impecable uniforme blanco y dorado, se cuadra frente al mariscal.

—¡Ordene, señor mariscal Mena Barreto!

—Paysandú caerá en manos del Imperio del Brasil. ¡Las horas de los valientes que la defienden están contadas! Pero ordeno a usted, señor comandante, que comunique en mi nombre a los jefes colorados que deben ser respetadas las vidas de los que sobrevivan a nuestro asalto final!

Y concluye con digno orgullo: —¡Somos un ejército y no una banda de asesinos!

Es un extenso cuadro de múltiples colores verlos descender la Cuchilla. Se mezclan los chillones uniformes con el verde de las matas, el colorado de las piedras y los blancos encendidos de las arenillas. Atacan en un ancho abanico, desplegado a lo largo de la línea defensiva norte. Y dentro de ese abanico disciplinado y armónico, se mueven como flecos las guerrillas de ágiles fusileros.

Saltan o trepan los accidentes del terreno con las armas en alto y gritos de batalla. Y se van acercando a las fortificaciones con la confianza absoluta del triunfo.

No sólo se destacan los uniformes, rivalizando en color con todos los matices del paisaje, sino también sus armas relucientes que destellan al sol.

Los jóvenes oficiales empujan los pelotones a su mando con destreza deportiva y sus órdenes suenan como compases de tambor en esa sincronizada arremetida.

Cuando los infantes del Imperio llegan a las casas y quintas que están fuera de la línea fortificada y a tiro de fusil de los defensores, se cubren en cercos y paredes. Y desde ahí disparan contra las fortificaciones.

Comienza un duelo vivísimo de fusilería, pero los atacantes siguen avanzando con estoico denuedo.

Aquí está Federico Fernández, que arrastrando su destartalado cañoncito comenta con sus artilleros:

—¡Esta vez se vienen con todo! ¡Menudo trabajito tendremos!

Las descargas de los defensores de la línea se suceden sin interrupción. En las filas avanzadas de los atacantes se producen amplios claros, pero otras olas escalonadas de

aguerridos soldados los cubren inmediatamente avanzando siempre.

El general Gómez galopa por la calle Florida enarbolando el pabellón oriental bajo un diluvio de balas. Alienta a sus soldados, gritando: —¡Independencia o muerte!

Y este grito es repetido como coro de guerra desde la calle Monte Caseros hasta la de Treinta y Tres.

Aberastury, Juan García, Torcuato González, Rojas y otros jefes de la línea se confunden con sus soldados para rechazar al enemigo.

Juan García, que luce las insignias de coronel graduado, tiene la chaqueta desprendida y el gorro agujereado en la nuca. Le grita al pelotón que manda: —¡A darles el vuelto con intereses, chicos! ¡Por cada bala de cañón que nos regalaron, métanle diez balas de fusil!

Rojas, con la agilidad de un gato montés, salta sobre una pila de bolsas de lana y, blandiendo su sable, grita a los atacantes: —¡A ver un jefe! ¡Que venga un jefe para batirse a sable, así conoce el temple de los aceros orientales!

Aberastury sin armas, con la chaqueta rota en el pecho y en las mangas, pasa de trinchera a trinchera agitando el gorro sin visera y repitiendo: —¡Son nuestros! ¡Por fin los tenemos a tiro! ¡Hay que llenarlos de plomo!

El enemigo sigue avanzando. Cada claro que se produce en sus filas, es cubierto por otros soldados que surgen como de un hormiguero invisible. A la carrera y vivando a don Pedro, descargan sus armas sobre los defensores.

La línea comienza a quebrarse. A todo lo largo aparecen aquí y allá grandes vacíos. Hay defensores caídos en cruz sobre los parapetos. Otros, encogidos al pie de las trincheras pero con la cara al cielo. Y otros, que todavía se arrastran empuñando el fusil y haciendo el último esfuerzo para erguirse y disparar el último tiro.

Además, las trincheras de la línea norte poco a poco se van cubriendo de otro parapeto: un parapeto verde, ama-

rillo, dorado, rojo... ¡El de los uniformes de la estoica infantería Imperial!

El zaino del general Leandro Gómez se levanta en dos patas, casi verticalmente, al tiempo que el jefe de la Defensa ordena con voz que se alza por encima del tiroteo:

—¡Batallón de Cazadores! ¡A cubrir claros!

La orden es repetida por los ayudantes a lo largo de la línea como un prolongado eco. Segundos después una Compañía del 2º de Cazadores con el capitán Areta al frente, avanza al trote desde la calle Del Plata. Muy pronto se distribuye entre los claros de esa parte de la defensa.

Un arriesgado pelotón de Imperiales llega hasta el mismo borde de la trinchera de Florida y Comercio. La lucha se hace ahora cuerpo a cuerpo y a la bayoneta.

Pero los defensores, saltando fuera de trincheras, circundan al enemigo; lo diezman. Mas otros atacantes vienen a ocupar el lugar de los primeros y los defensores tienen que retornar a sus posiciones, batiéndose sin darse respiro.

Federico Fernández arrastra su pieza de a 8 desde la esquina de Monte Caseros hacia la de Comercio. Los artilleros y él mismo lo llevan casi a pulso porque las ruedas han roto las puntas de los ejes. Emplazan el cañoncito en el momento en que oleadas paralelas de infantería Imperial avanzan a la carrera para liquidar esa parte de la defensa. El primer disparo hace vacilar la arremetida y el segundo la detiene del todo.

Ahora el ataque se centra con inusitado vigor sobre la esquina de Treinta y Tres, donde el enemigo lanza vigorosas cargas sucesivas. Las defensas empiezan a ceder y las trincheras se cubren de cadáveres. De pronto se abre una brecha y luego otra, por donde amenazan irrumpir en masa los Imperiales.

Pero ya está aquí llegando a la carrera Rafael Pons con

el otro cañoncito volante de a 6. Él y sus hombres lo han empujado entre los hoyos de la calle Florida para llegar a tiempo.

Uno, dos, tres disparos, permiten un respiro a los defensores de la línea e inmediatamente el contraataque a la bayoneta, sable y facón. Los Imperiales son rechazados fuera de trincheras y las brechas cerradas. Los gritos de ¡Independencia o muerte! son ardorosamente coreados y un trompa rubiecito, ennegrecido por el humo del combate, hace sonar una clarinada de victoria.

Rafael Pons ha saltado desde el cañón hasta un oficial enemigo, caído sobre una pila de bolsas, y quitándole la pistola dispara sobre los que se retiran en desorden. En seguida vuelve a su cañón para tomar la puntería y hacer fuego nuevamente.

Pero el enemigo se rehace. Nuevos contingentes bajan por la ladera de la Cuchilla vivando al Imperio y a don Pedro. Esta vez cambian de táctica. Se dividen en dos alas; una sigue atacando la línea norte y la otra se corre a la derecha uniéndose a los batallones colorados, que ya están listos para entrar en batalla sobre la línea oeste. El gran número de las tropas combinadas les permite circunvalar todo ese sector de la defensa en un rápido movimiento de gigantesco *ballet*.

El general Piriz los observa en el centro y en lo alto de la trinchera de la calle 18 de Julio y Treinta y Tres. Las pobladas cejas que sombrean sus ojos nobles y enérgicos están extendidas, sin una arruga, dejando ancho espacio al entrecejo sereno. Una breve sonrisa de confianza que arquea el lado izquierdo de su boca, da luz sobre el ancho rostro tostado por el sol.

El joven capitán Máximo Ribero que está a su lado y al pie de la trinchera, lo mira con cierta inquietud.

—No se muestre tanto, general Piriz, que lo pueden balear.

—En este truco está todo dicho, capitán Ribero. Hay que empujar para adelante hasta que nos llegue el turno. ¿Quedan algunos damascos todavía?

Máximo se inclina y saca dos damascos de una cesta. Le alcanza uno a Piriz, al tiempo que le dice: —Medio verdones, nomás.

Piriz come con fruición. —Ya no tendrán tiempo de madurar. Esto se acaba. ¡Mire, se vienen como gato a los bofes!

Formados en nutridas guerrillas escalonadas en varias líneas de ataque, el enemigo se lanza sobre las defensas con aguerrida decisión. Piriz muerde el carozo. —¡Que mis salteños estén listos para recibirlos sin recular un paso!

Máximo levanta el brazo y extiende un banderín rojo, como señal de atención. Toda la línea oeste se tiende esperando el ataque.

Sobre la azotea de la Jefatura de Policía está Pedro Ribero, apoyado sobre un balaustre y observando la embestida que se les viene encima. De vez en cuando mira el rojo banderín que su hermano Máximo tiene en alto. Todos los hombres de Pedro están prontos.

El comandante Silvestre Hernández ocupa la ventana más alta de su cantón, a la derecha de la línea, y también está atento a la señal de fuego del capitán Ribero.

Sus hombres no alcanzan para cubrir todas las aspilleras, por eso él mismo ocupa esa ventana armado de un fusil. Sin chaqueta y con barba de varios días parece un soldado más.

El enemigo llega a tiro de fusil. Máximo Ribero agita el banderín de combate. Una descarga cerrada parte de toda la línea. Y desde ese instante una lluvia de proyectiles envuelve a defensores y atacantes.

El ruido ensordecedor de las descargas de esa línea va a

mezclarse con el otro, no menor, de la línea norte que no ha cesado un instante.

El enemigo avanza siempre a pesar de las ingentes pérdidas. Cada descarga de los defensores parece enardecerlos redoblando su esfuerzo. Los caídos son rápidamente reemplazados por tropas de refuerzo y así, conquistando el terreno con sangre, se acercan palmo a palmo a las trincheras. Los defensores no pueden darse una mínima tregua. Los fusiles tienen que accionar sin interrupción. Todos hacen prodigios de rapidez para cargar y descargar las armas. El que se demora es blanco seguro y hombre muerto.

El hospital de sangre comienza a abarrotarse de heridos. Faltan camas para los que van llegando.

Mercedes, Rosario y María, las jóvenes hijas de la viuda de Berenguell, forman un grupo que se afana por improvisar camastros en los espacios libres del piso, con cobijas militares que les alcanzan Dolores Francia y Carmen.

Más allá se ve al doctor Mongrell ayudado por Leticia e Isabela, multiplicándose en forma incansable para atender a los heridos. Mongrell está con la camisa arremangada y en gran parte teñida de rojo.

Leticia sostiene a los heridos para que Mongrell realice la cura de urgencia e Isabela le alcanza el instrumental.

La señora Rosa González entra al hospital y va abriéndose paso mirando a derecha e izquierda. Al fin ve a Leticia y va hacia ella.

—¡En cuantito tengan un respiro las necesito en las trincheras! ¡Nuestra gente se muere de sed! ¡Tenemos que acercarle agua como sea!

Leticia venda la pierna de un soldado curado por Mongrell, mientras dice agitadamente:

—Podemos dividirnos en dos grupos; unas acá y las más fuertes llevando agua a las trincheras.

—¡Pero tiene que ser ahora!

Mongrell se pone de pie para dirigirse a otra camilla. Les dice a Leticia e Isabela: —Puede ir una de ustedes. Yo trataré de arreglarme con la que quede.

En seguida se aleja. Isabela mira a Leticia.

—Si me permite, señora, prefiero quedarme aquí.

—Conforme. No tiene físico para pulsear con los cubos llenos.

Isabela corre tras Mongrell. Leticia termina de vendar al soldado. Le pasa la mano por la cabeza:

—¡Animo, hijo! Pronto estarás bien para volver a la trinchera.

Se aleja con la señora de González perdiéndose entre los heridos que siguen llegando.

El piso bajo, la escalera y el piso alto del cantón de la Aduana está cubierto de soldados inertes. Los sobrevivientes se baten contra el enemigo entre los cadáveres de sus camaradas. Los ataca todo un batallón Imperial por tres costados del edificio, a tiros de fusil y a bayoneta, mientras una pieza volante hace estragos con sus granadas disparadas a boca de jarro. El único oficial sobreviviente, con el brazo izquierdo deshecho y la frente partida, cuya sangre lo enceguece, ordena con rabia blandiendo el sable roto:

—¡A cruzar la calle y guarecerse en el Banco Mauá!

Los seis soldados que le quedan saltan la ventana baja, mientras él cubre la retirada gritándole al enemigo:

—Escuchen bien, invasores: ¡volveremos para desalojarlos! —Y apoyando el codo derecho en el marco inferior de la ventana salta a la calle que lo separa del cantón del Banco Mauá. Los hombres que defienden éste hacen una descarga protegiendo la llegada de sus siete compañeros.

Los doscientos infantes del Batallón Imperial irrumpen en el cantón abandonado de la Aduana con feroces gritos de victoria.

Los seis soldados alcanzan a entrar al cantón Mauá por una puerta astillada que sus camaradas le abren. Mas el oficial se planta en mitad de la calle y dando el pecho al enemigo lo señala con su sable. Grita con sublime orgía de grandeza: —¡Viva la libertad! ¡Muera la esclavitud!

Parte una descarga desde la ventana que acaba de dejar. El oficial la recibe en el pecho. Se dobla lentamente hacia adelante. Luego apoya una rodilla en tierra. Y así en esa posición, los mira desafiante. Va a decir algo, pero suena otra descarga. Y esta vez cae hacia un costado dando en tierra pesadamente. Su mano derecha aprieta el puño del sable y en un último esfuerzo la mueve sobre la tierra dura, rayándola con la hoja partida. Después queda inmóvil. Una paloma enloquecida, de largas alas blancas, viene volando a ras de tierra por la calle Treinta y Tres, desde los montes. Roza al oficial y, al intentar vuelo, cae mutilada por la metralla. Sus grandes alas se cierran lentamente sobre el pecho del héroe.

Del cantón Mauá parten varias descargas, pero ya el Batallón Imperial se ha hecho fuerte en la Aduana y todas sus aspilleras se llenan de fusiles. Y en la parte alta del edificio, en la ventana que da a la calle, aparece la boca de cañón de la pieza volante. El primer disparo hace trizas el ángulo derecho del cantón y cuatro defensores caen en racimo enrojecido hacia la calle. El segundo da en el centro de la cornisa que cubre la ventana del medio y un pesado bloque envuelto en polvo amarillo, aplasta a tres soldados. Desde abajo y desde el costado izquierdo, los defensores disparan sus fusiles contra la Aduana con tanta rapidez que los dedos comienzan a hincharse y los hombros a adormecerse.

Pero esto es casi inútil: el cañón Imperial fusila a que-

marropa impunemente. El tercer disparo da en la puerta principal. La arranca y la estrella contra la pared posterior del salón. Se ha llevado a dos defensores.

A pesar de su corpulencia y de su edad el general Piriz viene corriendo como un muchacho por el baldío que separa la calle Florida de los fondos del cantón Mauá. Casi jadeante corre a su lado el rubio capitán Máximo Ribero.

Sin importarles para nada la lluvia de plomo que cae sobre ese sector avanzan en derechura hacia el cantón. Saltan un cerco de alambre, voltean una verja y llegan al patio posterior.

En ese mismo instante sus defensores contestan al enemigo de enfrente con una descarga, pero inmediatamente cañonea la pieza Imperial y el patio que ellos pisan se cubre de escombros.

Un capitán salta desde la escalera desnuda hacia el patio, con el fusil humeante en la mano derecha.

—¡Ordene, mi general!

—En el acto, reconquiste usted la Aduana.

El capitán grita hacia arriba:

—¡Soldados! ¡Hay que reconquistar el cantón de la Aduana! ¡A formar al patio!

Desde todos los ángulos del cantón se oyen gritos vibrantes:

—¡A reconquistarlo!

—¡Por la patria!

—¡Por la libertad!

—¡A vengarse!

Y sesenta defensores aparecen en el patio, sucios de tierra y cal, salpicados de sangre, negros de pólvora. Han descendido como felinos aferrándose a los muros rotos que apenas sostienen la azotea. O saltando al patio desde lo

marropa impunemente. El tercer disparo da en la puerta principal. La arranca y la estrella contra la pared posterior del salón. Se ha llevado a dos defensores.

A pesar de su corpulencia y de su edad el general Piriz viene corriendo como un muchacho por el baldío que separa la calle Florida de los fondos del cantón Mauá. Casi jadeante corre a su lado el rubio capitán Máximo Ribero.

Sin importarles para nada la lluvia de plomo que cae sobre ese sector avanzan en derechura hacia el cantón. Saltan un cerco de alambre, voltean una verja y llegan al patio posterior.

En ese mismo instante sus defensores contestan al enemigo de enfrente con una descarga, pero inmediatamente cañonea la pieza Imperial y el patio que ellos pisan se cubre de escombros.

Un capitán salta desde la escalera desnuda hacia el patio, con el fusil humeante en la mano derecha.

—¡Ordene, mi general!

—En el acto, reconquiste usted la Aduana.

El capitán grita hacia arriba:

—¡Soldados! ¡Hay que reconquistar el cantón de la Aduana! ¡A formar al patio!

Desde todos los ángulos del cantón se oyen gritos vibrantes:

—¡A reconquistarlo!

—¡Por la patria!

—¡Por la libertad!

—¡A vengarse!

Y sesenta defensores aparecen en el patio, sucios de tierra y cal, salpicados de sangre, negros de pólvora. Han descendido como felinos aferrándose a los muros rotos que apenas sostienen la azotea. O saltando al patio desde lo

alto de sus posiciones para estar en el acto con la orden de llamada.

—¡Sólo bastan treinta hombres, capitán!

—¡Informo a usted, señor general, que en la Aduana hay todo un batallón!

—No importa. ¡Sólo treinta orientales que amen la libertad de la patria!

—Todos, señor ¡elija usted!

Este cañonazo estalla sobre el techo del cantón y la nube de polvo que le sigue los envuelve a todos como fantasmas de niebla. Se oye la voz de Piriz:

—Los de la línea segunda y tercera a sus puestos. Los de la primera a formar en batalla. El capitán Ribero queda a cargo del cantón.

La nube de polvo se disipa. Y se ve a la mitad de los soldados regresar ágiles a sus posiciones y al resto formar en el patio.

—Ahora mismo a la reconquista, capitán.

—¡Atención! ¡Armas listas!

Mas el capitán se queda estupefacto. Su rostro se cubre de asombro. Es que ha visto a Piriz que en dos saltos ha ocupado un lugar entre los soldados, desenvainando el sable. El capitán está pasmado y los soldados atónitos.

Piriz exclama: —Mande usted, capitán. ¡Yo aquí no soy general sino un soldado más! ¡Espero su orden!

Suena otro cañonazo sobre sus cabezas y acto continuo lo voz tonante del capitán: —¡Soldados de la patria! ¡A la carga!

La treintena de hombres salta a la bocacalle, se despliega en abanico y llevando en el centro de la línea a Piriz y al capitán carga sobre la Aduana como un huracán. Los Imperiales son tomados de improviso. Ese ataque a quemarropa es tan inesperado que muy pocos tienen tiempo de disparar sus fusiles.

Los que lo hacen dan en seguro blanco y algunos ata-

cantes ruedan por el suelo duro. Pero los que no han tenido tiempo de apretar los gatillos son instantáneamente dejados fuera de combate.

Por la gran puerta de dos hojas y las tres pequeñas ventanas, irrumpen saltando sobre los caídos. Los disparos del cañón son ahora inútiles en este combate que se empeña en apretado entrevero y donde los cuerpos se mezclan en feroz confusión.

En pocos segundos la lucha se hace general en las dos plantas del edificio y el batallón Imperial es presa del mayor desorden. Los esfuerzos de sus oficiales para contenerlos son inútiles y cuando el general Piriz se adueña de la escalera a sable limpio, se produce el pánico. Los infantes que están en la planta alta se arrojan, unos a la calle y otros a los fondos, para desbandarse. Piriz llega hasta el cañón con dos de los suyos y embiste contra los perplejos artilleros. Pero no los alcanza con su sable. Los artilleros saltan al zanjón de la bocacalle y huyen. Libre de enemigos la planta alta, Piriz desciende velozmente la escalera blandiendo el sable pero ya le llegan los gritos de victoria de sus hombres. Y asiste al desbande general del batallón enemigo cuyos restos se pierden en todas direcciones.

El capitán sube con un grupo de soldados, pero Piriz le dice: —Arriba sólo queda el cañón. Trasládelo a nuestras defensas.

Cruza la planta baja cubierta de enemigos tendidos y sale a la calle. Solamente en ese sector hay una tregua en el combate. A su derecha, a su izquierda y en toda la línea norte el fuego de fusilería es vivísimo. Atraviesa la calle y traspone la trinchera. Suda copiosamente. Todavía no ha envainado el sable. Busca un lugar con sombra y se dirige al ángulo que forma el parapeto en la esquina de Treinta y Tres y 8 de Octubre. Allí se sienta dejando el sable al alcance de la mano. Luego se quita el pañuelo que lleva al cuello y comienza a secarse el sudor que empapa su rostro.

Al trote llega el capitán Máximo Ribero. Salta el parapeto y se deja caer junto a Piriz.

—Llega a tiempo, capitán. ¿Nos queda algún damasco?

—A eso vine, general. Traigo los dos últimos.

Saca del bolsillo dos damascos.

—Uno para cada uno —indica Piriz. Y tomando el suyo comienza a saborearlo como si éste fuera el premio a la denodada acción de guerra que acaba de realizar.

El general Gómez desmonta casi sin detener su caballo y en tres trancos cubre la distancia que lo separa de la trinchera donde está el coronel Tristán Azambuya. En la mano derecha del general tremola la bandera.

Un ¡hurra! compacto y estentóreo parte de toda la línea sur y luego se prolonga en la línea este.

Gómez se coloca junto a Azambuya que está mirando con un pequeño anteojo hacia la extensa hondonada salpicada por achaparrados arbustos y manchas de matas bravas.

—Ya se nos vienen, general. ¡Ahora nos toca a nosotros ponerle el freno!

Formando un extenso triángulo cuyo vértice posterior se pierde en el lejano monte de sarandíes, avanza el enemigo a paso de combate y desbordando las líneas defensivas del sur y del este. En el centro marchan los infantes Imperiales, fácilmente distinguibles por el colorido de sus uniformes, y en los extremos de las alas las tropas desmontadas de Flores. Más atrás se ven reservas de caballería formadas en abanico, y en una oblicua elevación del terreno, la artillería pesada.

—En cuanto estén a tiro, deles duro, coronel —dice Gómez.

En seguida se vuelve hacia la tropa que en las trincheras espera firme al enemigo y grita:

—¡Soldados de la patria! ¡Ellos confían en el número,

nosotros en el valor! ¡Que cada uno se multiplique por veinte para emparejarlos! ¡Independencia o muerte!

Este grito es repetido en toda la línea sur con renovado fervor. Bien pronto se prolonga hacia el este y, sin interrupción, va siendo repetido en los otros costados de la Defensa.

Arrimadas a los cercos y paredes de la calle Comercio avanzan de una en fondo Dolores Francia, Leticia Berenguell, Rosa González y Carmen transportando sendos cubos de agua. Desde el norte y el oeste llega el ininterrumpido duelo de fusilería y de vez en cuando el retumbar de los cañones volantes. Como van hacia 8 de Octubre los cercos de la derecha las protegen de las balas que pasan silbando sobre sus cabezas. Dolores Francia deja el cubo en el suelo y se toma un respiro frotándose la mano derecha. Leticia que la sigue, le advierte: —Cambie de mano y no se detenga. ¡Nos están esperando las gargantas resecas!

Dolores toma el cubo con su mano izquierda y sigue avanzando. La mano derecha le sangra y le mancha la pollera amarilla. Leticia se adelanta hacia ella y con su mano libre toma el cubo de Dolores, al tiempo que le dice:

—No se lastime más, hija. Adelántese a la carrera hasta la trinchera de la bocacalle y anuncie que traemos agua. Corra agachada contra la pared para cuidarse de las balas.

—Puedo ir lo mismo pero con el agua. ¡Qué me importa lastimarme si ellos se están matando! ¡Démelo, señora!

Dolores intenta tomar el cubo, pero Leticia le ordena:

—¡Obedezca! ¡Yo me basto para llevar los dos y usted hace falta para alentarlos!

Carmen y Rosa González ya se han acercado. Dolores se recoge la pollera, se agacha y, pegada a la pared, emprende rápida carrera hacia la trinchera de la bocacalle. Pronto desaparece en los comienzos del foso.

Leticia, Carmen y Rosa reemprenden su marcha con los cubos. No han avanzado treinta metros cuando del lado sur y este rompe un violentísimo fuego de fusilería, que va a fundirse con el que ya se escuchaba del norte y del oeste.

Las tres mujeres se detienen y se miran entre sí. Rosa exclama: —Nos atacan de los cuatro costados... Tienen prisa por terminar con Paysandú.

Las balas silban en su torno cubriéndolas de invisible red de plomo candente.

—¡Ahora es zonzo cuidarse! Bueno, muchachas: —¡Adelante con el agua, pensando en Dios y la patria! alienta Leticia.

Retoman la marcha. Y ahora lo hacen erguidas, sin preocuparse de la protección que pueden ofrecerles los cercos, y despreciando las balas que se les vienen de los cuatro costados.

Está muy avanzada la tarde y las sombras que proyectan los edificios de Paysandú comienzan a estirarse a ras de tierra como si quisieran huir silenciosamente.

En los cuatro costados de Paysandú el combate continúa con el mismo ardor que en los comienzos, al amanecer. En todas las líneas ralean las trincheras de los defensores.

En el costado oeste el enemigo se ha hecho fuerte en los edificios que dan a la calle Treinta y Tres y ahí, los combatientes están sólo separados por el ancho de la calle. Es un duelo de fusil casi a quemarropa.

En un edificio largo y de dos plantas que está sobre la misma calle y casi haciendo esquina con Florida, se ha situado un aguerrido batallón colorado. Sus descargas cerradas y precisas hacen estragos en la gente de Piriz. El general está en el cantón Mauá y desde uno de los ángulos de la azotea, mira con rabia hacia el reducto enemigo. Exclama: —¡Habrá que barrerlos o nos barren!

Y volviéndose hacia sus ayudantes, ordena:

—Pongan el cañón en la bocacalle. ¡Yo mismo dispararé contra ese edificio!

Los dos ayudantes desaparecen a la carrera. Piriz se dirige a la veintena de soldados que aún están de pie en la azotea y les grita, señalando: —¡Todos los fuegos contra allá!

Los soldados se concentran en el bajo parapeto que mira al río y comienzan a disparar contra el edificio.

Él toma un fusil caído y por dos veces hace fuego. Luego recomienda: —No aflojen muchachos. ¡Sostengan el fuego que yo desde abajo los voy a cañonear!

En seguida cruza la azotea y desciende por una escalera improvisada en la pared posterior.

Cuando Piriz llega, el cañón ya está colocado en la bocacalle con los artilleros listos y los sirvientes con las mechas encendidas. Piriz se acerca y personalmente toma la puntería y regula la dirección del tiro. Luego da unos pasos hacia su derecha y mirando al edificio, ordena:

—¡Fuego! —La bala lanzada con precisión da de lleno en el ángulo superior derecho del bastión y se lleva la mitad de una gran ventana. Se ven caer a varios soldados como un racimo cortado de un tajo. Un ¡hurra! vibrante lanzan los artilleros. Y un segundo después parte una descarga desde el edificio. La chaqueta desprendida del general deja ver la gran mancha roja y húmeda que ha aparecido de pronto en el vientre.

Los artilleros ya han cargado de nuevo. Un ayudante dice: —¡Listo, mi general!

Piriz se ha cerrado rápidamente la chaqueta y con paso firme pero pesado se acerca al cañón. De nuevo toma la puntería cuidadosamente y luego repite la orden:

—¡Fuego!

Esta vez se ha quedado junto al cañón, casi apoyado en la culata. El artillero que tiene la mecha, vacila:

—Se puede chamuscar, mi general.

Piriz lo mira con una lenta sonrisa.

—Ya no importa, muchacho. ¡Fuego!

La bala abre un boquete en la pared inferior y junto con ello alcanza a oirse un coro de ayer y gritos de dolor. Piriz murmura:

—Ahora sí. ¡Estamos a mano!

La sangre se ha filtrado a través de la chaqueta y una mancha oscura se extiende rápidamente en el abdomen del general. Uno de los ayudantes la ve.

—¡Mi general!

Piriz se apoya con dificultad en el cañón. Súbitamente su rostro se ha puesto pálido. Sus rodillas flaquean. El cuerpo comienza a doblarse. Un ayudante pide:

—¡Rápido, una camilla!

Ya ha corrido hacia él y tomado al general por debajo de las axilas para mantenerlo en pie. Los del edificio disparan con furia sobre ellos. Las balas silban en torno.

—Otro tiro, artilleros. ¡Carguen!

Los artilleros que se habían inmovilizado al ver a su jefe herido, cargan con rapidez y preparan la mecha.

—¡Listo, mi general!

Piriz se inclina dificultosamente, sostenido por el ayudante, y vuelve a tomar la puntería. Toda la parte inferior de su tronco está empapada en sangre y la faja azul de la que cuelga el sable se ha teñido de rojo. Piriz mira a los artilleros con confianza.

—Este tiro les hará saltar la puerta. ¡Fuego!

Exactamente: la bala se lleva la ancha puerta de entrada. Piriz dice con voz apagada: —¿No les dije, muchachos?

Sus labios emblanquecidos sonríen y luego se entreabren para decir, mientras mira el edificio:

—¡Miren qué revuelo!

Grupos de enemigos han salido del interior como si el bastión ya no fuera seguro y se retiran rápidamente por los costados.

—¡Otro tiro más y acabamos con ellos!

Su voz es tan débil que casi no se oye. Se inclina sobre el ayudante y sus ojos se le cierran. Dos soldados llegan a la carrera con una camilla. El ayudante y un artillero intentan colocar a Piriz en ella. Pero el general se resiste.

—Otro tiro más. ¡Fuego! ¡Por la patria, artilleros! —Pero es alzado por el ayudante y el artillero y colocado sobre la camilla. Bajo la lluvia incesante de balas enfilan por la calle 18 de Julio hacia Queguay.

El general Gómez, dice:

—Hacelo otra vez, muchacho. ¡Parece que va bien!

Están en el patio del cuartel de Guardias Nacionales. Orlando Ribero coloca un nuevo fósforo en el oído del fusil y apuntando hacia arriba aprieta el gatillo. Se oye la detonación y el silbido de la bala.

—Muy bien, Orlando. ¡Has tenido una gran idea!

Y dirigiéndose a Larravide y Torcuato González que han presenciado la prueba, les dice satisfecho:

—Ya que se nos acaban los fulminantes dispararemos con fósforos. Que ahora mismo sean distribuidos a la tropa y que los pocos fulminantes que quedan se reserven para los casos de mucho apuro.

—Los fulminantes podrían ser usados únicamente de noche, cuando es más difícil colocar el fósforo en el oído del fusil, mi general —le señala Larravide.

—¿Pero de dónde sacaremos tantos fósforos como necesitamos? —duda González.

—En el almacén del vasco Chavaría debe haber... Y este amigo ha puesto a nuestra disposición todo lo que necesitemos. Mande usted por ellos, mayor —ordena Gómez.

—Si me permite, señor general, en el sótano de nuestra barraca hay gran cantidad de cajones —puntualiza Orlando.

—¡Muy bien, muchacho! —exclama el general—. ¡Hoy es tu gran día! ¡Traes la solución y además el material!

Y dirigiéndose a Larravide: —El alférez lo acompañará, mayor, y usted dispondrá lo necesario para que la distribución a la tropa se haga ahora mismo.

Larravide y Orlando se alejan. Al llegar a la puerta que da a la calle Del Plata se cruzan con el capitán Masante que llega a la carrera.

—¿Está aquí el general?

—En el patio, con el mayor González —le contesta Larravide.

Masante corre por la galería que conduce al fondo saltando por sobre los escombros. Casi choca con Gómez y González que en ese momento salen del patio.

—Permiso, señor. El general Piriz ha sido herido gravemente.

—¿Dónde está?

—En la casa de los Merentiel.

—Vamos allá.

Rápidamente salen por el portón que da a la calle 18 de Julio.

Junto al lecho de Piriz, está inclinado el doctor Mongrell y a los costados de la cama, de pie, los ayudantes del general. Mongrell concluye de vendar y tapa al herido.

La puerta del espacioso dormitorio se abre de golpe y aparece Gómez seguido de González y Masante. Va directamente al lecho de Piriz. No tiene tiempo de abrir la boca porque Piriz ya le ha dicho:

—General, en la línea oeste es donde el enemigo ha concentrado sus mejores tropas. ¡Hay que defenderla porque de ahí depende la victoria!

—¿Dónde lo hirieron, Lucas?

—En el vientre. Lo tengo como un colador. Pero eso no importa. ¡Refuerce con todo la línea oeste, don Leandro! ¡Si por ahí nos entran, estamos perdidos!

Piriz entrecierra los ojos. Gómez alarmado le pregunta:

—¿Cómo se siente?

—Me estoy poniendo cegatón. Pero debe ser el sueño que falta por estos días de trajín.

—No hable tanto, general Piriz —le ordena el médico

Gómez hace una pausa. Luego dice:

—Reforzaré la línea oeste con parte del Batallón de Estomba. Ya mismo lo ordenaré.

—Si es posible haga traer el cañón de Pons. Mire que por esa línea nos quieren bandear...

Piriz inclina la cabeza sobre el lado derecho. Respira honda y pausadamente.

Gómez se aleja hacia la puerta del dormitorio y le hace una seña a Mongrell. Éste se acerca.

—¿Cómo lo encuentra, doctor?

Difícilmente pasará la noche. Está perforado en órganos vitales.

Estas palabras producen su efecto en el general Gómez; pero inmediatamente se sobrepone. Luego murmura:

—El vacío que deja el general Piriz no podrá ser cubierto. Era el león de la defensa.

El ruido del combate sigue con la misma intensidad, pero del lado oeste las descargas son cada vez más nutridas y continuas, seguidas por vivas al Emperador.

En todos los frentes el enemigo redobla sus esfuerzos en su tenaz decisión de tomar Paysandú a cualquier costo.

Desde la Cuchilla descienden nutridos contingentes que reemplazan a los agotados atacantes que combaten desde el amanecer.

Lo mismo ocurre en la línea este, donde de pronto el coronel Emilio Raña se ve enfrentado con cuatro líneas sucesivas de ataque que fusilan a sus tropas desde tres ángulos sin darse tregua.

Hecho igual se repite en la línea sur, donde Pedro Ribero y Azambuya hacen esfuerzos inauditos para cubrir las brechas que produce el mortífero fuego cruzado del enemigo. Y en todas las trincheras y cantones los defensores van disminuyendo inexorablemente.

Es medianoche. El alto cielo de Paysandú está cubierto de estrellas.

Abajo, en la ciudad humeante y en ruinas, continúa el tiroteo pero ahora con intermitencias. Hay silencios absolutos de segundos. Y luego descargas compactas y secas que se suceden en un "uno-dos", en distintos lugares de la Defensa.

O un tiroteo rápido y desacompasado al que se mezcla la respuesta de un repiquetear de fusiles alertas.

O de pronto un aislado griterío de victoria que es prontamente replicado con voces de maldición y ayes de muerte.

O el cañonazo seco de una pieza volante seguido del derrumbe de algún muro y el fondo picado de fusilería. Y luego, de nuevo, el silencio del plomo encendido.

Es en estos momentos cuando se oye un ruido peculiar que parte de los cuatro costados de Paysandú. Es un ruido de hormiga humana en labor: escombros que se apilan, parapetos que se construyen, cañones que se arrastran.

Todo esto, calle por medio fuera de la Defensa. ¡Es el definitivo círculo de muerte que se cierra sobre Paysandú para asestarle el tiro de gracia!

Todas las casas que circundan las fortificaciones han caído en poder de don Pedro y de Flores. Y en todas ellas se trabaja con tropas descansadas para convertirlas en bastiones de ataque.

En esta casa de ladrillos sin revocar con cuatro piezas en una sola planta, todas al frente de la calle Treinta y Tres y a media cuadra de la calle Florida hacia el norte, un centenar de imperiales levanta una larga trinchera con muebles destrozados, colchones y escombros.

La casa tiene un gran fondo donde una treintena de fusileros está distribuida en actitud de combate, semiocultos entre los espesos limoneros.

Desde la trinchera de enfrente, separada de la casa por

no más de veinte metros de calle, un teniente y quince soldados observan en silencio al enemigo.

De pronto se oye un tiro de pistola que parte desde el extremo del grupo y el pelotón se lanza al ataque sin proferir un grito. Sólo se oye el resonar de las botas a la carrera. Caen sobre los imperiales como un relámpago. Acuchillan y fusilan a los que levantaban los parapetos que, sorprendidos, no tienen tiempo de defenderse ni huir. Son ultimados en un abrir y cerrar de ojos.

Pero también, con la misma rapidez, parte desde la oscuridad de los limoneros una sucesión rapidísima de descargas. Los atacantes son baleados a quemarropa y sus cuerpos sirven ahora de parapetos naturales al enemigo.

Sólo un guardia nacional, sobreponiéndose a las heridas, logra arrastrarse a través de la calle. Cae en la trinchera en brazos del capitán que manda el sector.

Puede balbucear:

—Nos emboscaron, capitán. Tienen fusileros en el fondo...

El capitán deposita en el suelo al soldado moribundo. Luego se yergue pistola en mano y mira a su derecha. Otro pelotón está listo para el ataque. El capitán dice en voz baja:

—¡Atención! Iremos a la carga hasta el fondo de la casa. ¡Que cada uno venda cara su vida!

Dos jinetes se han detenido a diez metros detrás de la trinchera. Uno desmonta y corre hacia el capitán.

—¡Alto! Deme una bayoneta. Voy con ustedes.

El capitán se vuelve. Frente a él está el general Gómez. El capitán reacciona perplejo.

—Imposible, mi general. ¡Éste no es su sitio!...

—¡Mi sitio está donde está el peligro!

—Pero su vida no le pertenece, mi general. Es de la patria y ella lo necesita en toda la defensa.

Gómez vacila. El capitán insiste:

—Si usted forma en el ataque, señor, yo estoy impedido de dar la orden de carga.

Gómez lo mira un momento. Al fin dice:

—No le quitaré ese honor, capitán.

Da dos pasos atrás y agrega:

—¡Cumpla con su deber!

—Soldados: ¡A la carga!

Como un solo hombre saltan todos fuera de la trinchera al tiempo que se oye la alta voz del general:

—¡Independencia o muerte!

Los soldados trasponen la calle protegidos por la descarga que disparan a quemarropa y que les sirve de cortina protectora. Pero al saltar sobre los obstáculos del enemigo se oye la réplica de fusilería y en seguida el chocar violento de los aceros mezclado con un ardoroso griterío.

Esta masa de ruidos y gritos de combate se va desplazando rápidamente hacia el fondo de la casa. Poco después se oyeron descargas cerradas, luego disparos aislados y, por último, el ritmo continuo de rápidos golpes metálicos.

Juramentos, órdenes, ayes, logran alzarse a ratos sobre la sinfonía sangrienta de bayonetas, sables y facones. Hasta que de pronto todo cesa. Un silencio negro como esa noche sin luna cae sobre la casa enlutada.

Ahora vuelven a oirse las descargas nerviosas e intermitentes que parten de los otros puntos de Paysandú. Gómez apoya el fusil sobre la trinchera encañoneando el cantón enemigo y dice al ayudante:

—Traiga un pelotón de la línea este para reforzar este punto. Yo, mientras tanto cubriré la defensa.

El ayudante azuza su caballo y a la carrera desaparece en la oscuridad de la calle Florida. Pero ya está aquí Larravide que llega con media docena de cazadores que saltan la trinchera.

—Mi general, han muerto todos los oficiales del cantón de Queguay y Sarandí. ¡Es necesario trasladar un jefe!

—¡Voy en el acto! —Le entrega el fusil—. Sosténgase aquí, mayor, hasta que le lleguen los refuerzos que he pedido.

—En todas las líneas hay pocos defensores, mi general. La mitad de la guarnición está fuera de combate. ¡Todo lo que podemos hacer es multiplicarnos!

Gómez monta su caballo y enfila la calle Treinta y Tres. Larravide le grita:

—Por ahí no, mi general. ¡Lo van a quemar!

Gómez le contesta mientras galopa:

—No son momentos de cuidarse, mayor.

Una gran nube negra aparece sobre el cielo de Paysandú y cubre las estrellas más brillantes.

Está próximo el amanecer. La ligera brisa que comienza a soplar desde el oeste mitiga en parte el sofocante y húmedo calor.

En el exterior de la pared del fondo del hospital se ha improvisado un largo techo inclinado, con ramas y lonas. En ese espacio se han acomodado en filas ordenadas y paralelas toda clase de lechos para los heridos que ya no caben en el edificio del hospital y que siguen llegando de todos los frentes de Paysandú.

Ellos son recibidos y acomodados por las mujeres que renunciaron a la evacuación. Alumbradas por lámparas de sebo y de mecha colgadas entre el ramaje, actúan esforzándose por superar el cansancio que las dobla o las ablanda.

Rosa González acaba de depositar con maternal cuidado a un joven guardia nacional sobre un lecho de hojas secas cubiertas por un poncho. Da unos pasos vacilantes y se apoya en un tronco que sirve de esquinero al techo de

ramas. Respira profundamente y se pasa el antebrazo por el rostro brillante de sudor. Lentamente se sienta en el grueso nudo que está a unos centímetros del suelo, y cierra los ojos.

Leticia Berenguell se le acerca llevando varias mantas arrolladas que la cubren hasta el cuello.

—Usted no da más, Rosa. ¡Duerma unos minutos, yo me encargo de despertarla!

Rosa abre los ojos.

—No, señora, no. ¡Si durmiera ahora se me caería la cara de vergüenza! ¡Los nuestros tampoco duermen, y además, pelean!...

—Será más útil si duerme aunque sea media horita...

Rosa le sonríe con comprensión.

—¿Acaso duerme usted, señora?

Leticia mira en torno. Abarca todo el lugar. Mercedes y María, dificultosamente trasladan a un herido hacia un camastro.

Dolores Francia, arrodillada junto a Carmen, improvisando ambas un lecho de ramillas, se rinde en ese momento y se recuesta sobre el suelo.

—¿Ve usted? Ninguna ha querido pegar los ojos en tres días... y ahora los cuerpos no dan más...

En seguida le dice a Rosa:

—Duerma, por favor, un poquito no más, porque sino me quedaré sola. ¿Y qué será de estos heridos?

Pero Rosa, aunque tambaleante, se ha puesto de pie.

—No se quedará sola. Deme esas mantas que yo prepararé nuevos lechos. Usted vaya a ayudar a los que acaban de llegar.

Leticia le da las mantas y luego la besa en la frente.

—Si Dios me ayuda, sólo dormiré cuando duerma Paysandú. No sé si para descansar un rato o para toda la eternidad.

Y se aleja hacia una parihuela que llega en ese momento portando a un oficial de la Guardia Urbana que se desangra.

Un atronador y largo estampido se hace oir desde el puerto. La claridad del este se hace presente ahora con rapidez. Y con la misma rapidez saluda al nuevo día, con su mensaje de destrucción y muerte, la artillería del Imperio.

Este amanecer del 1º de enero de 1865 descubre a un Paysandú de ruinas ennegrecidas respirando humo y llamas. Es un gigantesco león tumbado, pero latiendo aún y moviendo sus garras.

Los cuatro frentes se mantienen, aunque en muchos puntos los defensores han quedado reducidos a un puñado de porfiados combatientes que luchan contra el Imperio, contra Mitre, contra Flores... y contra el sueño, el hambre y la sed.

Y estos sobrevivientes, no tienen un respiro para enterrar a sus camaradas caídos, que ahí, cerca de ellos, están tendidos sobre el suelo patrio que espera recibirlos en su seno amado por el que lucharon y murieron.

En las casas tomadas por los invasores —todas ellas fuera del recinto fortificado— flamea el pabellón auriverde de don Pedro. Es un círculo de victoria que resplandece al sol como preanuncio de la hora final.

El capitán Warnes está encogido en la parte alta de su cantón mirando hacia el rancho que tiene enfrente y en el que flamea una gran bandera Imperial. Se apoya en una pila de cajones que le han servido de escalera para llegar hasta allí. No aparta los ojos del rancho.

Un joven Guardia Nacional que tiene el brazo izquierdo vendado y un parche sobre el parietal derecho, trepa por los cajones con la agilidad de un gato.

—Mi capitán ¿le queda un poco de tabaco? ¡Me muero de ganas de fumar!

—¡Cállate, muchacho, que te van a oir!

El muchacho mira con atención hacia el rancho y luego

extiende la vista a toda la línea. Desde ahí alcanza a ver un semicírculo extenso de banderas verdes y amarillas.

—Caray ¡que había tenido loros el tal don Pedro!

El capitán Warnes masculla:

—Loros con cañones... ¡Qué si fueran loros solos ya estarían todos en la jaula!

—¿Y qué hay del tabaco, mi capitán?

—Ni una hebra, soldado. ¡Como tampoco una gota de ron!

Palmea el caño de su fusil.

—¡Sólo este fusil y una idea! ¿Cuántos muchachos podrían subir hasta aquí?

—¡Yo ya estoy... y también Dávila y el sargento García, aunque esté arrastrando una pata, mi capitán!

—¡Bueno!... ¿Sabés lo que vamos a hacer? Mirá bien el techo del rancho...

—Lo veo.

—Es de paja. Lo vamos a incendiar. ¡Y vas a verlos disparar como conejos!

—¿Pero cómo lo incendiamos?

—Poniendo lanzafuegos en la boca de los fusiles. Y tirar sobre el techo.

El muchacho se entusiasma y exclama:

—Con razón estuvo tanto tiempo aquí. ¡Muy bien, mi capitán Warnes! ¡Qué ganas tengo de verlos correr con sus botas lustrosas y sus uniformes tornasoles!

—Y si esto da resultado se lo diremos al coronel Aberastury para hacerlo en todo el frente. ¡Bajá, muchacho, y avisale a los otros dos!...

El joven Guardia Nacional desciende ágilmente mientras dice:

—¡Qué oportunidad para meterme en ese rancho y quitarles el tabaco, caray!

Este negro somnoliento de edad indefinible está sentado terminando de desplumar una gallina bataraza, a menos de diez metros de la trinchera del mayor Torcuato González. Sobre él silban y aúllan balas de todo calibre, pero el negro sigue inmutable apenas protegido por dos barricas sostenidas en un pedazo de alambre tejido. Tiene puesta una chaqueta rota de milico, una bombacha deshilachada y un sombrero de paja semiquemado; está descalzo.

El mayor Torcuato González sale de la trinchera arrastrándose y cuerpeándole a las balas llega hasta las barricas. Hay ahí un recipiente de barro cocido y, colgando del borde, un cucharón. Bebe con avidez. Luego mira al negro y le dice con extrañeza:

—¿Qué estás haciendo ahí, Silvestre? ¿No ves que sos un lindo blanco a pesar de tu color?

—Ya ve, mi mayor. Hay que hacer caldo para los heridos...

—¿Y quién te mandó?

—Nadie. Sólo que fui al hospital y vi lo que faltaba.

—¿Y de dónde sacaste esa gallina?

—Si se lo digo, me degrada, mi mayor. Y adiós el negro Silvestre. ¡Cabo de cocina de los defensores de la patria!

—¡Tá bueno!... Pero salí de ahí, Silvestre, porque te van a agujerear.

Una granada pasa sobre sus cabezas y va a estrellarse en la única pared que aún se mantiene detrás de ellos.

—¡Sos testarudo, Silvestre!

—Es que esta gallina... es necesaria. Los nuestros necesitan caldo... ¡Para seguir peleando!...

De pronto Silvestre se inclina lentamente hacia un costado. Hace un esfuerzo para mantener alta la cabeza, pero no puede con ella y da en tierra.

—¡Silvestre!

Pero el negro no responde. Torcuato se pone de pie de un salto y llega hasta él.

—¡Silvestre!

Los ojos ya están fijos y vidriosos. La gallina se le escapa de las manos. Y la vida de los poros. González murmura:

—Está bien, Silvestre. Yo mismo llevaré la gallina al hospital.

Luego le quita el sombrero de paja; se saca su gorro militar y se lo coloca al negro.

—Estás ascendido, negrito. ¡Ahora sos mayor igual que yo!

Lo palmea en las mejillas. En seguida se agacha y corre por la calle Del Plata hacia el hospital, llevando la gallina.

La cara de Aberastury está llena de gozo y palmea y abraza a Warnes. Ambos están milagrosamente sostenidos sobre un tirante en falso, mal sujetado a un horcón que sostiene el techo del cantón.

Y, a horcajadas sobre el horcón, el jovencito Guardia Nacional.

Aberastury entusiasmado dice:

—Es un fuego que les viene del cielo. ¡Y el cielo es de usted, Warnes, que tuvo esta idea! ¡Mire cómo corren!

El soldado exclama:

—¡Como conejos! ¡Ésta es la mía! ¡Ahora tendré tabaco hasta que me muera, porque a ellos no les ha de faltar!

Frente a ellos, a todo lo largo de la línea norte, las casas y ranchos en que flamea el pabellón de don Pedro tienen los techos en llamas.

De trincheras y cantones se disparan lanzafuegos que prenden rápidamente en los pajizos.

Algunas de las casas son abandonadas. Se ven soldados

que corren a guarecerse entre la maleza o en las escarpaduras del terreno. Y muchos son volteados por los defensores.

Pero desde todo el frente enemigo llega una lluvia de proyectiles. La segunda, tercera y cuarta línea de ataque hacen fuego sin interrupción. Y siempre el cañoneo infatigable de la artillería de gran calibre que redobla su furor.

Una bala rasa da en el horcón y éste desaparece convertido en humo de cenizas. El tirante se viene abajo. Y dando dos vueltas en el aire, caen a tierra y ruedan Aberastury, Warnes y el soldado.

El primero en levantarse es Aberastury que lo hace como si rebotara. El largo Warnes lo hace lentamente mientras masculla:

—¡Mi invento tuvo el vuelto!...

Pero el soldadito no se mueve. Está en tierra sobre el costado derecho y un poco encogido. Warnes se inclina sobre él y con sus manazas lo toma de los hombros.

—¿Tenés algo, muchacho?

Éste tiene los ojos cerrados. Contesta:

—No me apriete, capitán... Ese hombro parece que no es mío... Duele el cobarde ¡caray!

Pero eso no es todo. La cintura, el pecho, las piernas del muchacho comienzan a sangrar.

Aberastury ya está junto a ellos.

—¿Qué tenés, mi hijo?

El muchacho entreabre los ojos.

—A ver, soldado. ¡Todavía no es tu hora!...

Dificultosamente contesta:

—Me voy, capitán... Sin tabaco... Pero la patria me espera...

Warnes lo tiene en sus brazos un momento más. Luego lo deposita suavemente en el suelo del cantón.

El capitán Ildefonso Fernández García se resguarda en la pared posterior de *El Ancla Dorada*. Está encogido y presto a dar el salto. Es joven y delgado.

A dos metros de él hay un hoyo, en el baldío que lo separa del cantón de enfrente, en la parte sur de la esquina de 18 de Julio y Treinta y Tres.

El tiroteo del enemigo arrecia sobre *El Ancla Dorada*. Pero en ese momento se produce una tregua de segundos. Y esto es aprovechado por el capitán, que da un salto y cae en el hoyo en el mismo instante en que vuelve a arreciar el tiroteo. Ahí, de rodillas y con la espalda curvada, el capitán vuelve a esperar. Mira hacia su frente.

Tiene algo menos de sesenta metros de terreno baldío y después el edificio de ladrillos rojos convertido en cantón y protegido por una trinchera. El terreno tiene malezas y su suelo es irregular.

Mira buscando algo que lo pueda amparar. A unos veinte metros están los restos de la caja de un carro aguatero.

El capitán estudia la distancia y calcula. De vez en cuando mira también a través de la maleza hacia la línea enemiga. Nutrida fusilería se descarga sobre *El Ancla Dorada*, sobre el cantón que está a su frente y sobre el terreno baldío que él mismo pisa y que separa ambos baluartes.

Vuelve a producirse otra tregua. Y es entonces cuando Fernández García abandona el hoyo velozmente y casi a ras del suelo. En segundos llega a los restos del carro y se arroja a lo largo como si zambullera.

El ha sido en su carrera más rápido que el enemigo en recargar sus fusiles: sólo un segundo después de su llegada han reiniciado el tiroteo.

Ahora espera. Estudia lo que está enfrente. Tiene que recorrer todavía unos treinta metros para llegar al can-

tón. Y esta vez no acierta con nada que lo pueda resguardar. Ni un hoyo, ni una piedra, ni un grueso arbusto.

Las balas siguen pasando por encima de él o estrellándose en su torno. Fernández García va encogiendo sus piernas hasta ponerse de rodillas primero y, luego, en la actitud del atleta que espera la señal para partir a la carrera.

Y la señal llega. Es la tregua esperada y que sólo durará segundos; los necesarios para volver a cargar las armas. Parte a la carrera como lanzado por una catapulta. Atraviesa la alta maleza arrasándola. Cuando faltan diez metros para llegar al foso del cantón se reinician las descargas.

Parece que lo han visto. Porque ahora las balas pasan junto a él arriba, abajo, a los costados, con aullidos rabiosos.

Fernández García ha cerrado los ojos y apretado las mandíbulas. Su pecho se ha hinchado desmesuradamente como si siquiera volar. Salta. Y cae en el foso del cantón. Rueda en la tierra removida, jadeante y sudoroso. Arriba, una cortina de balas como techo mortal.

Pero está ileso. Se levanta lentamente y se sacude la tierra y las hojas que cubren su uniforme. Mira en torno.

Ese sector de la trinchera está indefenso. A su derecha e izquierda, una veintena de Guardias Nacionales, están tendidos empuñando sus armas, en actitud de fiera voluntad de combate, pero rígidos.

A unos quince metros a su izquierda la trinchera tuerce en ángulo recto sobre la parte oeste. Desde allí llegan algunas descargas de los defensores. Hacia allí se dirige saltando entre sus camaradas.

El coronel Tristán Azambuya viene hacia él. Tiene el fusil humeante en su mano derecha; la camisa celeste está manchada de sangre fresca.

—Te vi venir, muchacho... y sinceramente creí que no

llegabas. —Se rasca la barba entrecana—. Fue un milagro que escaparas a las balas.

—¡Está herido, mi coronel!

—Una rayadura, no más. ¿Qué noticias me trae de *El Anc'a Dorada*, capitán?

—Lo que usted sospechaba, coronel. Sólo quedan tres defensores.

—¿Algún oficial?

—Todos caídos, señor.

Azambuya se pasa la mano por la herida limpiándola de sangre.

—Bueno, capitán. Usted se quedará al mando de este cantón. Quedan ocho soldados y un teniente herido. Yo iré a *El Ancla Dorada*. Si el enemigo toma ese cantón peligra toda la línea.

Fernández García se alarma.

—¿Y cómo va a cruzar ese baldío, mi coronel?

—¿Acaso no lo cruzó usted?

Fernández García vacila primero, pero luego dice con convicción sincera:

—¡Pero yo, mi coronel, soy mucho más joven y puedo correrle a las balas!...

Pero ya Azambuya ha dejado el fusil y se ha ajustado la faja. Trepa la trinchera para salir al baldío.

—¡No lo haga que lo queman, mi coronel!

—Ya no es hora de esquivar el cuerpo, capitán.

Y salta al baldío. Corre hacia *El Ancla Dorada*. Dos, cuatro, seis metros... Suena una descarga cerrada.

El coronel se detiene. Se inclina. Tambalea. Abre los brazos, como alas de cóndor herido, da todavía unos pasos, corre de nuevo... dos metros... tres... y cae de bruces.

Otra descarga y otra. Fernández García ha empalidecido y se muerde los labios. Un teniente, apoyándose en el parapeto de la trinchera viene hacia él. Tiene el fusil en la mano izquierda y el brazo derecho le cuelga inerte.

—Cayó el coronel. ¡Voy a buscarlo!

Fernández García se vuelve hacia él.

—Usted se queda, teniente. Iré yo.

—A mí me corresponde. Estoy herido y de poco sirvo ya.

—Le repito que iré yo. ¡Es una orden, teniente!

El teniente lo mira un momento y luego dice:

—¡A la orden, mi capitán!

Fernández García lo abraza.

—Y si yo también caigo, déjenos allí. Siga usted mandando el cantón: ¡hasta que Dios y la patria lo quieran!

Y sin decir más salta al baldío. Ahora se arrastra hacia Azambuya.

Las balas siguen aullando. Pero Fernández García ya no se detiene para esperar una tregua. Moviéndose velozmente con los codos llega hasta el coronel. Lo toma de una de las botas y comienza a arrastrarlo hasta la trinchera.

Las balas son ahora más nutridas. Sin duda el enemigo lo ha visto y quiere completar la obra. Pero Fernández García llega a la trinchera. Con cuidado pasa el cuerpo de Azambuya. El teniente lo ayuda con su único brazo.

Lo depositan en el suelo de la trinchera. El coronel tiene los ojos abiertos. Fernández García se los cierra.

El fusil se le cae de las manos y va a golpear dos metros abajo sobre el piso de ladrillo del amplio galpón. La pierna derecha que se apoya en un hueco de la pared de barro pierde firmeza. La sangre comienza a humedecerle la liviana chaquetilla azul.

Pero el coronel Emilio Raña hace un esfuerzo para conservar el equilibrio en esa escalera de troncos que da a la alta ventana del galpón, sobre la calle Artes, en la línea este de la defensa. Lleva la mano izquierda a la

faja y saca la negra pistola reluciente. La apoya cuidadosamente sobre el alféizar y dispara.

El oficial colorado que manda el pelotón, y que en ese momento intenta cruzar la calle y venir al asalto, abre los brazos y cae de espalda como herido por un rayo. El pelotón titubea y en seguida echa cuerpo a tierra deteniendo su avance.

El coronel Raña sonríe, pero al mismo tiempo comienza a empalidecer rápidamente. Las gotas de sangre caen sobre los ladrillos ennegrecidos por la pólvora. Y la pierna que sostiene al coronel, afirmada entre la escalera y el muro, cede.

Ahora se le cae también la pistola que rebota dos veces en el piso. La sonoridad del acero se destaca sobre los secos estampidos de la fusilería.

El capitán Masante ve cómo el coronel Raña se desangra y sin fuerzas ya, amenaza venirse abajo. Ya corre y trepa la escalera para sostenerlo. Dos soldados también lo hacen.

—¡A sus puestos! ¡Que el enemigo no cruce la calle!

Los soldados dan media vuelta y regresan a los portillos donde aun queda una docena defendiéndose rabiosamente, disparando sin tregua sobre la calle Artes cubierta de cadáveres.

Masante desciende la escalera llevando a Raña casi en los hombros. Sus vigorosas espaldas se tiñen con la sangre del coronel. Sin dejarlo coge dos cueros de oveja que están sobre un caballete y los extiende en el piso. Deposita a Raña cuidadosamente.

—Póngame junto a un portillo, capitán. Aún podré hacer algunos disparos.

—Quédese quieto, coronel, hasta que venga el doctor.

Raña insiste:

—Junto a un portillo. ¡Y deme un fusil!

El capitán Masante arruga el entrecejo, indeciso.

—¡Se lo ordeno, capitán!

Levanta el busto apoyándose en el codo izquierdo. Masante lo toma por debajo de los brazos y lo pone de pie.

Lentamente lo conduce a un portillo abierto en la pared del frente. Raña apoya el pecho en la parte inferior de la abertura.

—Mi fusil... capitán...

Rápidamente Masante recoge el fusil caído de Raña y el suyo, dejado al pie de la escalera. Carga ambos.

Del otro lado de la calle Artes, tres líneas de ataque coloradas baten sin interrupción la defensa este.

—¡¡Fuego!!

Ambos disparan. Pero en seguida el coronel cierra los ojos y cae hacia un costado. Masante alcanza a sostenerlo.

Atanasio Ribero abre la marcha alumbrando el camino con una pequeña antorcha de estopa mojada en petróleo. Detrás de él va Pedro cojeando de la pierna izquierda. El pantalón rasgado permite ver el vendaje sobre el muslo.

Avanzan arrimados a las paredes destrozadas de la calle 18 de Julio, resguardándose de las balas enemigas que siguen batiendo todos los puntos de Paysandú.

Atanasio pone especial cuidado en descubrir los hoyos y obstáculos de la calle, para evitarle a su hermano esfuerzos dolorosos.

Llegan al cruce de la esquina de Queguay y ahí tienen que hacer un alto, pues una ráfaga de balas pasa silbando desde el norte.

Esperan unos segundos encogidos junto al edificio semiderruido que hace esquina. Luego Atanasio arroja la antorcha a través de la calle Queguay y hacia la acera de enfrente.

Un nutrido tiroteo, como respuesta, se repite desde el norte, esta vez más prolongado que el anterior. Luego el silencio. Pero es un silencio agazapado y vigilante. Un silencio que acecha la caza del hombre.

—¡Cuerpo a tierra, Atanasio!

Ambos se echan al suelo y comienzan a arrastrarse con gran destreza. Cuando están en mitad de la calle, el enemigo vuelve a disparar a ciegas.

Las balas pasan rasantes sobre sus cuerpos. Pero ya han llegado a la acera opuesta y ahora un largo muro los protege.

Atanasio coge la antorcha y reemprenden la marcha. Un momento después llegan al cuartel de la Guardia Nacional.

Tres velones alumbran la estancia: uno, sobre la mesa que sirve de escritorio al general y los otros, fijados a las dos paredes que aún siguen intactas.

Están ahí: Gómez, cuya larga barba parece ahora más blanca resaltando en la semipenumbra; Larravide, por primera vez con el uniforme desaliñado y la chaqueta desprendida, y un grupo de jefes.

Aberastury, Estomba y García están sentados sobre una tabla sujeta en un ángulo de las dos paredes.

Silvestre Hernández e Inocencio Benítez están de pie junto a Torcuato González, que se ha sentado en el suelo.

El comandante Braga está recostado en la pared rota que da sobre la calle Del Plata, sin importarle mucho el continuo silbar de las balas que arrecian en esa dirección. Se entretiene punteando una vara de duraznero, con un pequeño cuchillo.

—Permiso, mi general —dice Pedro.

—Adelante, comandante —contesta Gómez.

Pedro entra y se coloca a la izquierda del general. Atanasio se queda junto a la puerta.

—¿Falta alguien más, mayor?

—Están aquí todos los jefes de la defensa, general.

Gómez mira largamente a todos.

—Han escuchado al mayor Larravide: "Están aquí todos los jefes de la defensa". El resto de nuestros camaradas han caído. Muchos esperan sepultura.

Una bala de cañón pasa rugiendo junto a la rota pared que da a la calle Del Plata. El velón se apaga.

Pedro Ribero abandona su sitio y sacando una caja de fósforos enciende el velón. Se queda junto a él. Se produce un silencio. Luego Gómez continúa.

—La mayor parte de nuestras defensas está en escom-

bros y dos tercios de la guarnición están fuera de combate. Centenares de camaradas están insepultos. El doctor Mongrell teme que sobrevenga una peste.

Hace una pausa. Prosigue:

—Necesito saber la opinión de ustedes en estas circunstancias.

Aberastury se pone de pie.

—Me permite, señor general: no creo que sea desdoroso intentar negociaciones con el enemigo.

—¿Qué clase de negociaciones, coronel?

—Las que sean dignas del honor oriental, mi general. En primer término, solicitarle a Flores la suspensión momentánea de hostilidades para enterrar a nuestros muertos.

—Estoy de acuerdo. No podemos tener a nuestros camaradas insepultos —acota Estomba.

—Muchos de ellos cumplen tres días de cara al cielo —recuerda García.

—Así es. En mi cantón hemos intentado cavar algunas fosas, pero cada vez que lo hacíamos el enemigo nos traía una carga —confirma Fernández.

—Yo previne una fosa común en el patio de la jefatura, pero no hemos tenido tiempo de cubrirla con tierra. No nos fue posible reemplazar el fusil por la pala, en ningún momento —murmura Ribero.

Se produce otro silencio, que rompe la voz de Gómez:

—Si están de acuerdo puedo dirigir una nota al general Flores pidiendo una suspensión de hostilidades por 24 horas, para enterrar a nuestros camaradas.

Larravide se acerca a la mesa de Gómez.

—No creo que acceda, mi general. Con las posiciones que ha tomado y la ofensiva constante que nos trae, debe estar seguro de la victoria. Lo más probable será que exija la rendición incondicional.

—¡A lo que jamás accederemos! ¿Pero qué haría usted, mayor?

Larravide dice con energía:

—Formaría en columna cerrada el resto de la guarnición y forzaría resueltamente el paso por la calle Treinta y Tres, donde el enemigo ha acumulado mayor número de tropas. Muchos caeríamos, pero habríamos de pasar, causándoles grandes bajas con este ataque inesperado.

Pero Estomba le interpela:

—¿Y qué fin llevaría esa salida desesperada?

—Primero: batiríamos al enemigo en sus propias líneas; segundo: ganaríamos la costa del río, combatiendo hasta donde pudiéramos, en un terreno que nos favorece.

El general Gómez se pone de pie.

—Ese plan es imposible, mayor. No podemos abandonar nuestros heridos.

Torcuato González deja su sitio y se dirige al centro de la habitación.

—Lo más prudente es pedir una tregua para enterrar a los nuestros.

Larravide le replica:

—Flores creerá que pedimos esa tregua para reparar las trincheras y prepararnos a una nueva resistencia. No creo que acepte y ni siquiera escuche la propuesta...

Pedro Ribero interviene:

—Es demasiado pedir 24 horas. Seguramente Flores va a desconfiar. Tendríamos que arreglarnos con sólo 2 horas.

Inocencio Benítez deja escapar un silbido:

—¡Pero, mi estimado comandante! ¡En ese tiempo no podremos desplazarnos siquiera entre las trincheras!...

Silvestre Hernández lo apoya:

—¡Lo menos necesitaríamos 6 horas! Porque supongo que habrán pensado que no enterraremos a nuestros camaradas sin cristiano responso...

—Apruebo al comandante. Y me parece que ocho horas serían las necesarias. ¿Quiénes opinan igual? —dice el general Gómez.

Varios aprueban. Gómez se sienta.

—Bien; el mayor Larravide redactará la nota.

—¿Me permite, general? —interviene Estomba—. ¿Y quién será el portador? Opino que ningún oficial debe salir de la defensa en estos momentos. Los pocos que quedan son muy necesarios en las trincheras.

—¿Qué sugiere, coronel?

—Entiendo que la nota debe ser llevada por uno de los comandantes Saldaña, padre o hijo, que son nuestros prisioneros desde hace meses y gente de la total confianza de Flores.

Gómez medita.

—Prefiero mandar al mayor Arroyo, nuestro prisionero más reciente y que parece convertido a la idea de unidad nacional.

Se pone de pie.

—Por ahora nada más, señores. Pueden volver a sus puestos.

Por la calle Montevideo avanza Larravide, el mayor Arroyo y Atanasio Ribero. Éste encabeza la marcha con un farol.

El mayor Arroyo lleva la chaqueta militar desprendida, un liviano ponchito sobre el hombro izquierdo y un sombrero aludo donde está estampada una gran divisa colorada. Sus pesadas botas de cuero fuerte resuenan sobre el suelo duro de la calle Montevideo.

—¿Falta mucho, señor Larravide? —dice.

Larravide que va detrás de él, contesta:

—No, mayor Arroyo. En la esquina siguiente está el portón de salida.

—El general Gómez pudo muy bien haber buscado a otro para esta misión. Si entre mis compañeros se ha co-

rrido la voz de que ando en ideas de conciliación, Goyo Jeta es capaz de hacerme degollar de parado.

—El coronel Suárez no se animaría a tocar a un enviado del general Gómez. Por lo menos Flores se lo impediría.

Arroyo ríe con suficiencia.

—El general Flores sólo se entera de la mitad de lo que hace el coronel Suárez... Y en la otra mitad no siempre le conviene intervenir.

Dos soldados y un teniente saltan desde las ventanas del edificio que está enfrente de la jefatura y los rodean calando bayonetas.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—El mayor Larravide.

El teniente hace la venia con su mano derecha, sin soltar el fusil, pues el brazo izquierdo lo tiene con cabestrillo.

—¡A la orden, mi mayor!

—Baje el puente para que pase el prisionero, teniente.

Desaparecen el oficial y los soldados y acto continuo se oye el ruido rápido de las roldanas. Larravide le entrega al jefe colorado el pliego que extrae de la chaqueta.

—¿Qué tiempo calcula para el regreso?

Arroyo piensa.

—Si nada me ocurre, creo que sobra con un par de horas. Flores debe estar en la primera línea.

Larravide saca de su cinturón la pistola y se la ofrece.

—Está desarmado, mayor. Por si llegara a necesitar.

Arroyo la toma:

—Gracias.

Atanasio le entrega el farol y un banderín blanco.

—Despliéguelo. La luz del farol debe darle de lleno para que lo reconozcan como parlamentario.

Le tiende la mano.

—Buena suerte.

—¿Para quién?

—Para nosotros... y para usted, si llega a encontrar al coronel Suárez.

Arroyo le estrecha la mano. En silencio va hasta el puente. Lo cruza sin prisa, un poco encorvado. Va levantando el farol a la altura del banderín.

Pronto se hunde entre las malezas que separan las dos líneas de combate. Parece una luciérnaga perdida en la noche.

El bombardeo de los cañones y el duelo de fusilería tiene ahora otra característica: ha perdido su continuada monotonía. Ahora es esporádico, de violencia nerviosa, pero sólo abarcando distintos sectores en forma alternada.

Hace un momento ha sacudido, como en un ataque de histeria, la línea este. Pero ahora las convulsiones se descargan sobre la esquina de la calle 18 de Julio y Del Plata, donde está el cuartel de la Guardia Nacional.

Una de las dos paredes que quedan en pie se resquebraja, se rompe, y toda la parte superior cae hecha añicos.

Un polvo espeso desciende sobre la mesa a la que está sentado Gómez escribiendo rápidamente. La luz se achica y el reloj de bronce se cubre de polvo blanco. Gómez levante la vista hacia Larravide y dice:

—Hace más de tres horas que partió el mayor Arroyo. ¿Qué piensa usted?

Larravide deja de sacudirse el polvo de su uniforme.

—Que algo le ha ocurrido. Lo más probable es que el coronel Suárez haya interceptado el mensaje.

Gómez arroja el lapicero sobre la mesa.

—Nos queda aún otro recurso: enviar al coronel Saldaña. Suárez no se atreverá con él. Goza de la confianza absoluta de Flores.

—Puedo ir a buscarlo a la jefatura y traerlo a su presencia.

—No; yo mismo iré. Quiero hablarle personalmente.

Y sale por la abertura que antes fue puerta.

La habitación es amplia, mucho más del doble que un cuarto común de cualquier casa de Paysandú. Nada hace pensar en una prisión, por la higiene de su ambiente y el confort de su moblaje. Y dada su situación, protegida por el pesado edificio de la jefatura, hasta allí no han llegado los efectos del bombardeo. Una ventana abierta permite ver un pequeño jardín apenas dibujado por la luz de las estrellas de esa madrugada del 2 de enero de 1865.

Cerca de la ventana, una pesada mesa de roble macizo y sobre ella, una lámpara con alto tubo de vidrio y pie de bronce. Escribiendo en forma rápida y segura, un hombre joven. Barba, bigote y cabellos alisados; ancho pecho con camisa militar abierta. Moja repetidamente el lapicero en el ornamental tintero de cristal de roca que está casi junto a su frente.

En un ángulo, también cerca de la ventana, dos camas de hierro y, sentado en una de ellas, un anciano, fuerte y recio aún. Luce una colorida chaquetilla militar riograndense, de los hombres del caudillo Fidelus. A sus pies un braserito y sobre él, una caldera de lata requemada. En ese momento el anciano extiende un mate al tiempo que dice con fuerte acento riograndense:

—Tome, hijo.

Pero éste no toma el mate, sino que mira hacia la puerta de la habitación que acaba de abrirse. En ella ha aparecido el general Gómez y su silueta se recorta en contraluz a favor de los velones del patio de la jefatura.

El joven se pone de pie mirándolo con extrañeza. El general avanza hacia él.

—¿Se sorprende, comandante Saldaña?

—No lo esperaba, general.

—Comprendo. Poco nos hemos visto.

—Una o dos veces desde el día en que Inocencio Benítez me sacó de mi estancia del Salto y me trajo preso aquí.

El anciano le tiende el mate a Gómez:

—Pues llega a tiempo, don Leandro.

Gómez sorbe el mate hasta que chilla la bombilla y se lo devuelve al anciano.

—Gracias, don Francisco.

Luego se sienta en la cama inmediata y mira al joven.

—Vengo a solicitarle que sea portador de un mensaje para el general Flores.

El anciano silba con asombro. El comandante estudia un momento a Gómez sosteniéndole la mirada. Luego pregunta:

—¿Qué clase de mensaje?

—Que Flores acceda a suspender las hostilidades durante ocho horas para enterrar a los bravos que han muerto. Se lo he solicitado en una nota que llevó el mayor Arroyo; pero éste no ha regresado.

Saldaña sonríe:

—Comprendo. Ahora quiere asegurarse la misión con el rehén de mi padre...

—Nada de eso, comandante. Irán los dos, pero únicamente usted regresará. Sólo necesito su palabra que comunicará mi mensaje y regresará con la respuesta.

Gómez hace una pausa y agrega con voz baja, lenta y firme:

—Todo antes de dos horas. Si en ese tiempo usted no retorna, reagruparé los hombres que me quedan y atacaré frontalmente hasta el final.

—Inútil sacrificio, general. Sucumbirán ante el fuego cruzado de la artillería combinada.

Gómez contesta rápidamente:

—Pero salvaremos el legado de libertad que heredamos de Artigas y los Treinta y Tres, y que transmitiremos intacto a las generaciones venideras.

Se produce un silencio. Luego Saldaña va hasta la ventana y dice entre dientes:

—¡Me avergüenzo de que hombres de mi partido hayan cometido crimen tan injusto como vil!

Rápidamente se vuelve hacia Gómez y se cuadra:

—¡A la órden, general!

Gómez se pone de pie y va hasta la puerta de la habitación. Llama:

—¡Capitán Sierra!

Se oyen pasos y aparece el capitán.

—Conduzca al comandante Saldaña y a su padre hasta el portón de salida de la calle Montevideo y haga izar banderas de parlamento en los cantones del oeste.

Luego le dice a Saldaña:

—Que Flores no interprete esto como una debilidad. Lo hago para su propia seguridad, comandante.

—Vamos, padre.

Se dirige hacia la puerta, la franquea y se pierde en el patio. El anciano va detrás del hijo. Pero al llegar junto a Gómez se detiene. Le espeta:

—No sé si admirarlo o execrarlo. ¡Por usted los míos han entrado en la historia cubiertos de oprobio!

Y ahora cruza la puerta con los hombros gachos, como si de pronto hubiera perdido todas sus fuerzas, abatido por una nueva y decisiva vejez.

El brillante anaranjado del sol que despunta deshace con rapidez el azulado flotante del alba y se filtra en haces trasparentes sobre el patio de la Jefatura.

Pedro Ribero dice:

—Suficiente.

Atanasio deja el pesado martillo y Rafael, el barreno. Ambos se secan el copioso sudor de brazos y cara. Pedro se acerca cojeando al boquete recién abierto en la pared oeste de la Jefatura. Sus dos hermanos se hacen a un lado.

Pedro se abrocha los botones desprendidos de su resplandeciente blusa blanca y prueba el paso de su cuerpo.

—Bien. Pasando primero por la Casa Amarilla espero llegar en pocos minutos al cantón del coronel Azambuya. De una vez por todas sabremos qué pasa ahí. Tú, Atanasio, te quedarás al mando de la Jefatura y tú, Rafael, esperarás defendiendo con tu fusil este boquete.

Del lado este llega un vigoroso fuego de fusilería seguido de confusos gritos de desafío y maldiciones. Y segundos después, una larga andanada desde Bella Vista pasa ululante sobre sus cabezas como pesados monstruos de alas rotas. Luego el silencio. Pedro comenta con ironía:

—Como advertencia de que están atentos, no está mal. Pero si creen que eso nos achica vuelven a equivocarse.

Traspone el boquete.

—Buena suerte, Pedro —le desea Atanasio.

—¿Y tu pierna, hermano? —pregunta Rafael.

—Ayuda a la otra. Más no le puedo pedir.

Y avanza, cojeando pronunciadamente, pero seguro y resuelto en la profundidad del largo galpón contiguo a la

Jefatura. La oscuridad comienza a envolverlo. Instantes después sólo se distingue el brillo de su blusa blanca que, a ratos, reverbera bajo los filtrantes rayos del pálido sol. Parece que flotara en las sombras. Pedro reaparece cuando llega al pequeño baldío que lo separa de la Casa Amarilla.

Ese trecho está expuesto a las balas enemigas. En ese momento una ráfaga de fusilería lo cruza de sur a norte. Pedro se encoge un instante, como para tomar aliento, y luego se lanza al cruce del baldío saltando sobre su pierna sana y utilizando apenas la otra para conservar el equilibrio.

Un capitán aparece en el arco natural que ha hecho una bala de cañón en el muro este de la Casa Amarilla. Ayuda a Pedro a franquear el borde erizado de ladrillos rotos.

—¿Novedades, capitán?

—Aún me quedan tres soldados y una docena de tiros.

El piso del pequeño cantón está cubierto de cadáveres y en las aspilleras que dan a la calle 8 de Octubre hay tres soldados que en ese momento se reparten unos tragos de agua de una vasija enmohecida.

Desde la casa de enfrente, calle por medio, les hacen una seca descarga.

—Nos han tenido así toda la noche. Pero he ordenado no contestar para ver si logro que me traigan un asalto. Entonces los voy a recibir a la bayoneta.

Pedro se frota la pierna herida.

—¿Quiere ungüento, comandante? Uno de mis muchachos lo preparó con sangre de conejo y yerbas rastreras.

—No vale la pena. Ahora ya estamos en el final. ¿Sabe algo del cantón del coronel Azambuya?

—No he oído un solo tiro en toda la noche.

—Tal vez haya alguien y estén esperando, como usted, con la bayoneta calada. Voy para allá.

—Tiene como doscientos metros de baldío, comandante.



Y una azotea de la calle Treinta y Tres está ocupada por floristas.

—Trataré de que no me vean. Tengo que informarme sobre ese cantón. Si hay todavía quién empuñe las armas o no.

—¡Ni siquiera puedo cubrirle la espalda!

—Siga sus planes, capitán. Que no lo sorprendan los de enfrente que ganas no les han de faltar.

Pedro se dirige hacia los fondos que dan al terreno raso y que separa la Casa Amarilla del cantón Azambuya. El capitán le tiende la mano.

—Buena suerte, comandante.

—Gracias, capitán.

Éste se vuelve a su puesto de combate. Pedro cruza un patio de limoneros y luego una huerta pisoteada y reseca. Llega a un cerco de alambre que tiene una tranquera de troncos cruzados. La abre y mira atentamente a los costados y a su frente.

Las pequeñas nubes del este, increíblemente rosadas y rubicundas, vagan despaciosamente sobre el centelleante amarillo del sol naciente. Una bandada de patos negros cruza el firmamento a lo lejos, pero volando tan bajo que parece que sus alas rozaran los techos del cantón Azambuya.

Pedro mira a su izquierda. Sobre la calle Treinta y Tres, todas las casas destruidas menos una, cuya azotea está totalmente cubierta por la vasta copa de un inmenso sauce. Ahí detiene su vista.

Lleva la mano a sus pistolas relucientes y se cerciora de que están cargadas. Y serenamente, sin prisa y sin lentitud, comienza a cruzar el terreno baldío hacia el cantón Azambuya.

La mano derecha se apoya en la pistola de ese lado y el brazo izquierdo se mueve ayudándolo a avanzar dominando la cojera.

Ya está en la mitad del trayecto. Y es cuando suena la descarga. Cerrada y seca, parte de la azotea envuelta en el sauce. Todo el cuerpo de Pedro se estremece. Luego permanece rígido unos segundos. Pero en seguida cae rudamente sobre el costado derecho. Queda inmóvil.

En la azotea empiezan a abrirse las espesas ramas del sauce y aparecen soldados colorados. Primero es uno, luego dos, después cuatro. No se muestran de cuerpo entero al principio. Asoman las cabezas, el busto, olisqueando, como perros que huelen su presa.

Al fin se acercan al pretil y miran al baldío. Ahí está Pedro, inerte, doblado, y con el brazo izquierdo extendido sobre la hierba.

Ellos parecen satisfechos. Uno comienza a liar un cigarro. Los otros, a regresar lentamente a sus posiciones. Pero se produce lo increíble, lo irreal, lo fantasmal.

Pedro Ribero comienza a moverse entre la hierba. Primero se curva apoyando la cabeza en tierra; luego afirma los codos; después las rodillas. Su cuerpo se hace un arco y, en un movimiento lento, trabajoso, seguro, logra ponerse de pie.

La casaca blanca tiene espesas manchas de sangre y desde la sien izquierda un hilo rojo enmarca la barba renegrida. Mueve su cuerpo girando lentamente hasta enfrentar la azotea. Mira hacia ella.

Sus ojos tienen extraños reflejos de sobrehumana resolución. Y ahora comienza a avanzar empuñando las pistolas. Su cojera es imperceptible.

De pronto desde la azotea parte un largo grito ronco que se va apagando como si se estrangulara. —¡El de la casaca blanca! ¡El protegido de las hadas! ¡Es él!

Los cuatro soldados quedan paralizados. Pero un segundo después dan la espalda y se precipitan entre el follaje desapareciendo como un relámpago. Se oye el desordenado pisotear de troncos y quebrar de ramas.



Pedro sigue avanzando con la vista fija en la azotea y la frente tan alta que descubre el extremo blanco del cuello más allá de la barba.

Se oyen voces de mando, maldiciones, juramentos. En actitud decidida un sargento aparece entre el ramaje y rápido se acerca al pretil de la azotea. Lo sigue un soldado. Ambos llevan fusiles.

El sargento grita:

—¡Para mí no hay casacas blancas ni fantasmas que valgan!

Apunta sobre Pedro. Pero éste dispara antes. El sargento abre los brazos, y con un gesto donde se mezclan el asombro y el dolor, se dobla hacia adelante y cae a la calle.

Junto con el choque del cuerpo sobre el suelo duro, el otro soldado suelta el fusil y se arroja entre el follaje protector del sauce.

Pedro ya llega al borde de la calle. El terreno baldío ha quedado atrás. Pero ahora se oyen furiosas voces de mando y un escalamiento en tropel. Precipitadamente aparecen entre el follaje de la azotea una decena de fusileros al mando de un oficial.

Todos los caños apuntan a Pedro.

—¡Fuego!

Hiende el aire un zumbido brevísimo y compacto. El cuerpo de Pedro se tuerce de frente apoyado en la pierna sana, gira sobre sí mismo en una vuelta completa, alcanza a disparar su segunda pistola a ciegas, aún queda erguido un instante, pero se encoge y lentamente cae a tierra como si la última llama de su espíritu, que ha luchado denodadamente, ya vencida, se apagara.

Los fusileros y el oficial lo contemplan.

El sol ya ilumina en forma rasante la calle Treinta y Tres. La sombra del cuerpo de Pedro se prolonga sobre el suelo, como si ella quisiera arrastrarlo y llevárselo. Como si no quisiera abandonar al héroe.

Desde la Casa Amarilla, cruzando el baldío, vienen a la carrera Rafael y Atanasio. Éste empuña la pistola y Rafael tiene listo el fusil.

Han visto al pelotón colorado que está firme en la azotea, pero ellos se dirigen resueltamente hacia el cuerpo de Pedro. Cuando están a unos treinta metros de él se agazapan algo y moderan la carrera. Y así llegan hasta Pedro.

Atanasio, que es el más corpulento, se inclina sobre el caído y tomándolo de los brazos lo carga sobre su espalda. Rafael lo cubre con su fusil, atento a los hombres de la azotea.

Un clase, que está junto al oficial, levanta su arma y les apunta decididamente. Pero el oficial rápidamente estira el brazo y le baja el caño del fusil.

—¡Quieto!

Los demás soldados miran al oficial, primero, y hacia abajo después,

Están confusos, desorientados, mudos. Uno tose y otro se quita el gorro secándose el sudor de la cabeza.

Atanasio ya se aleja llevando a Pedro cruzado sobre sus hombros. Rafael lo sigue andando hacia atrás y mirando al enemigo. Su fusil apunta a media altura.

Llegan a la tranquera; pero antes de entrar a la huerta de la Casa Amarilla, Atanasio vuelve la cabeza para mirar a la azotea.

Allí está el pelotón, firme en actitud de combate, inmóvil, observándolos con los fusiles bajos. Ve al oficial colorado que levanta el brazo derecho y hace revolotear un pañuelo que se destaca sobre el fondo verde del follaje.

Puede ser un saludo o una despedida. Por la puerta posterior de la Casa Amarilla aparece al capitán. Les da paso. Ellos entran y Atanasio deposita el cuerpo de Pedro sobre un fardo de lana.

Rafael deja el fusil, se quita el pañuelo blanco que lleva



La casa de enfrente y la de los costados se han llenado de soldados floristas que dan "¡vivas!", se abrazan, ríen y cantan. Los más exaltados disparan sus armas al aire.

Del fondo de la calle Treinta y Tres, del lado de Sarandí se acerca al tranco y medio precaviéndose contra los maltrechos edificios, una fuerte columna de caballería irregular. No se puede calcular el número porque en sucesivos pelotones se prolonga hasta perderse en la hondonada cubierta de arbustos y malezas que se extienden hacia el sur. En su gran mayoría van armados de lanzas y tercerolas.

El que va al frente de la columna y parece mandarlos, levanta el brazo derecho que empuña una larga lanza con banderín colorado. La columna se detiene.

El capitán ya está en medio de la calle y un oficial florista se acerca a él para estrecharle la mano con efusión. Inmediatamente se dan un fuerte abrazo entre los vítores alegres de los soldados.

Un relámpago cruza por los ojos del que manda la columna. Sus ojos verdes y oblicuos, casi escondidos entre el pelo y cejas, han visto la gran brecha abierta en el cantón y el exiguo número de sus defensores. Sin vacilar agita el brazo que empuña la lanza, al tiempo que ordena con voz estentórea:

—¡A degüello!

Y ante el estupor helado de los defensores la cabeza de la columna entra a toda rienda en el cantón desguarnecido.

El capitán se suelta del oficial colorado con una mueca de impotente rabia. Alcanza a gritar:

—¡Miserables traidores!

Va a desenvainar el sable pero recibe un lanzazo en el costado que lo hace rodar entre los escombros. Una segunda lanza lo clava en tierra. Rugientes gritos de victoria, sobre

un coro de alaridos, se mezclan con el desatado retumbar del suelo.

Los tres soldados ruedan bajo los cascos de los caballos. Sierra ha conseguido recostarse sobre la pared de la derecha y dispara sus pistolas sobre las caras de los jinetes. Se lo oye gritar con desprecio:

—¡Hijos de puta!... ¡Sólo con traición entrarán en Paysandú!

Pero en seguida es despedazado con terribles botes de lanza.

En la trágica confusión de estampidos, pólvora y sangre, Rafael ha logrado alzar el cuerpo de Pedro y se arroja al corralón contiguo por la puerta abierta.

Cae abrazado al cuerpo de su hermano. Anastasio dispara su pistola al bulto y así evita ser arrollado por un jinete cuya cabalgadura se levanta en dos patas y por una fracción de segundo le sirve de protección ante el tropel desatado. Ese instante es aprovechado por Atanasio que en un salto increíble traspone la puerta y la cierra tras sí.

Los dos hermanos se quedan agazapados, quietos, atentos al salvaje hollar del cantón que llega hasta ellos como desborde rugiente. El tropel se va alejando hacia la calle 18 de Julio.

Desde lo alto del Baluarte de la Ley, Braga grita con rabiosa indignación:

—¡Nos han traicionado! ¡Algún hijo de mala madre se aprovechó de la tregua!

Y baja por la destrozada explanada saltando entre los espaciados tablones mutilados. El último tramo lo salva de un salto y el comandante Braga cae encogido sobre uno de los canteros pisoteados de la plaza.

Desde la iglesia en construcción viene corriendo Estomba

un coro de alaridos, se mezclan con el desatado retumbar del suelo.

Los tres soldados ruedan bajo los cascos de los caballos. Sierra ha conseguido recostarse sobre la pared de la derecha y dispara sus pistolas sobre las caras de los jinetes. Se lo oye gritar con desprecio:

—¡Hijos de puta!... ¡Sólo con traición entrarán en Paysandú!

Pero en seguida es despedazado con terribles botes de lanza.

En la trágica confusión de estampidos, pólvora y sangre, Rafael ha logrado alzar el cuerpo de Pedro y se arroja al corralón contiguo por la puerta abierta.

Cae abrazado al cuerpo de su hermano. Anastasio dispara su pistola al bulto y así evita ser arrollado por un jinete cuya cabalgadura se levanta en dos patas y por una fracción de segundo le sirve de protección ante el tropel desatado. Ese instante es aprovechado por Atanasio que en un salto increíble traspone la puerta y la cierra tras sí.

Los dos hermanos se quedan agazapados, quietos, atentos al salvaje hollar del cantón que llega hasta ellos como desborde rugiente. El tropel se va alejando hacia la calle 18 de Julio.

Desde lo alto del Baluarte de la Ley, Braga grita con rabiosa indignación:

—¡Nos han traicionado! ¡Algún hijo de mala madre se aprovechó de la tregua!

Y baja por la destrozada explanada saltando entre los espaciados tablones mutilados. El último tramo lo salva de un salto y el comandante Braga cae encogido sobre uno de los canteros pisoteados de la plaza.

Desde la iglesia en construcción viene corriendo Estomba

con el sable desenvainado. Las órdenes que da el coronel suenan roncas y dramáticas:

—¡A defender la Comandancia! ¡Tenemos que cortarlos!

Julián Encina se les une viniendo desde el costado norte. Está sin chaqueta y con la cabeza descubierta. El pelo se le pega a la frente sudorosa y su pecho se agita por la carrera.

Le grita a Estomba:

—¡Mi coronel! ¡Han cortado los cantones de la línea sur y se nos vienen como perros rabiosos! ¡Hay que volar el polvorín!

Más atrás, del lado de la calle Florida, se ve venir a la carrera la figura alta y atlética del mayor Eduviges Acuña cuyo largo sable destella bajo los rayos del sol.

—¡A rodear al general y a vender la vida a sablazos!

De todos los puntos van llegando grupos dispersos de defensores, tan atónitos como coléricos. Y desde las líneas oeste y sur llega compacto griterío mezclado con descargas de fusilería y algún pistoletazo.

El que abre la puerta con el rostro sucio y empapado en sudor, es el comandante Saldaña. Lleva un sobre en la mano.

El general Gómez está de pie con el oído atento a los ruidos confusos y crecientes que vienen desde afuera. Un joven ayudante carga un par de pistolas que tiene sobre la mesa.

—Aquí estoy, general. A su solicitud de tregua, Flores responde con la exigencia de la rendición incondicional inmediata.

Le entrega el sobre. Gómez lo lee rápidamente. En seguida le dice al ayudante:

—Escriba usted mi respuesta: ni nos rendimos, ni pactamos: ¡Independencia o muerte!



El ayudante comienza a escribir apresuradamente pero en ese momento entra Encina como un huracán.

—¡Mi general! ¡Una fuerza de caballería ha entrado por el sur y se dirige combatiendo hacia la plaza! ¡Podemos detenerla si volamos el polvorín! ¡No hay tiempo que perder! ¡Deme esa orden, mi general!

—¿Es fuerza Imperial?

—No; son soldados colorados.

—No doy esa orden. ¡Haría volar el polvorín por la libertad de la patria, pero no para matar orientales! ¡Ellos pagarán su culpa ante la historia castigados por la sangre de sus hermanos!

Desde el patio de la Comandancia llegan gritos de combate y chocar de aceros. Encina se lanza hacia afuera sable en mano. Suena un pistoletazo. Casi inmediatamente el teniente reaparece retrocediendo. No puede sostener el sable que se le cae y se lleva la mano al pecho bañado en sangre. Alcanza a decir:

—¡Haga volar el polvorín, general, para que caigan los traidores!

Y cae en cruz sobre el borde inferior de la pared rota que da a la calle Del Plata.

Simultáneamente un taqueo marcial de infantería se detiene secamente frente a la Comandancia. Se oyen voces de mando en portugués y en seguida aparece el comandante Bello seguido de cuatro oficiales Imperiales.

Antes que el general Gómez alcance a tomar las pistolas que están sobre la mesa, Bello le dice:

—Es inútil resistir, general. Es usted mi prisionero en nombre del mariscal Menna Barreto.

—¿Quién es usted?

—Comandante Bello, jefe de la Segunda Brigada de Infantería del Imperio.

Una llamarada de desdén quema los ojos del general.

—¡Han traicionado la tregua! ¡Estaba contestando la nota de los jefes sitiadores al amparo de la suspensión acordada!

—Ya es tarde, señor general. Paysandú ha caído bajo el pabellón de don Pedro II.

En ese momento aparece un numeroso grupo de soldados floristas llevando prisioneros y desarmados a Braga, Aberastury, Estomba, Acuña y Federico Fernández. Del hombro izquierdo de Acuña mana abundante sangre que le mancha esa parte del cuerpo; Belisario Estomba tiene el brazo derecho fláccido y caído como si lo tuviera dislocado; Aberastury tiene el uniforme hecho jirones a punta de bayoneta; el comandante Braga tiene una herida cortante en la frente y Federico Fernández se cubre un largo tajo en el antebrazo izquierdo. Gómez contempla el cuadro con orgullo y dirigiéndose a Bello le dice:

—Ellos han tenido más suerte que yo. ¡Han caído con las armas en la mano! En cambio yo... redactaba una contrapropuesta de tregua para enterrar a los muertos.

Y dando un paso hacia el comandante Imperial, le expresa:

—Señor comandante: ya que la suerte de las armas nos ha sido adversa me entrego a merced del vencedor, pero exigiendo garantías para la vida de los jefes, oficiales y tropa de la defensa de Paysandú. Para mí no pido nada. Si es necesario mi sacrificio para salvar a los bravos sobrevivientes de la libertad de la patria, aquí tenéis mi vida y podéis disponer de ella. Me llorarán mi esposa y mis hijos con orgullo y alguna vez las generaciones venideras nos recordarán a todos con arrogancia.

—Vuestra vida está garantizada por las armas del Imperio, señor general, al igual que la de todo el resto de este glorioso ejército.

—Me entrego a vuestro honor militar. Disponga de mí, señor comandante.

—Tendré la alta honra de recibir vuestra espada, señor.
Gómez se quita el espadín de mando y se lo entrega.

—Es vuestra. Pero eso no significa en modo alguno que se ha rendido la libertad de la patria. Es sólo una pausa en su trágica lucha. Eternamente la veréis renacer, pues no hay escombros que la aplasten ni llamas que la quemen.

Bello se adelanta hacia Gómez y lo estrecha en un fuerte abrazo. Al separarse, le dice:

—El mariscal Menna Barreto se sentirá honrado con vuestra presencia. Os invito a acompañarme, señor general, con vuestros oficiales.

Con suma cortesía, Bello toma a Gómez del brazo y ambos salen de la Comandancia. Todo el grupo los sigue.

La calle 18 de Julio es una inmensa confusión. Tropas del Imperio, tropas floristas, vencidas tropas de la defensa, se confunden en una abigarrada multitud que se une, se aprieta, se rechaza. Que marcha y contramarcha en inesperados movimientos, ora con desafío ruidoso, ora con callada desconfianza... Siempre con las armas prontas o con la maldición oprimida en la garganta. Y siempre, siempre, mirándose unos a otros, de arriba a abajo, de ancho a largo, de cintura a cintura...

Por esa calle va a abrirse paso esta caravana. Caravana que lleva todo el destino de Paysandú. Y las ruinas de Paysandú, sus escombros humeantes, los vapores del incendio, su sangre coagulada, su sangre fresca y aún goteante, son la custodia de este pequeño grupo que va derecho a la eternidad.

Los batallones Imperiales se cruzan haciendo rápidos honores militares. Los escuadrones colorados que vienen gritando su triunfo, al ver al general de la defensa, comienzan por ahuecar la voz y luego se callan. Después murmuran con apagada admiración. Y los vencidos, los sobre-

vivientes de la guarnición heroica de Paysandú, le gritan a su jefe:

—¡Viva el general de la patria!

—¡Viva el general de la independencia oriental!

Aquí un sargento, bajo y morrudo, de larga melena lustrosa y negra, va preso de cuatro festejantes soldados floristas, armados hasta los dientes, desde el facón hasta la tercerola, pasando por el trabuco naranjero hasta la media lanza.

El sargento se desprende del grupo que lo lleva prisionero. Y grita con orgullo, con tremenda alegría, con voz aguda y larga:

—¡Si quiere, general, que empecemos de nuevo, empezamos! ¡Total para morir no nos faltan ganas!... ¡Porque para vivir al lado de estos bellacos es mejor ser achurado!

No se sabe de dónde saca fuerzas, pero el caso es que se hace de un sable corto de uno de sus captores y comienza a desparramar hachazos a diestra y siniestra. Los otros tienen que dar saltos y esquives para evitar ser cortados en rebanadas. Pero el aguante no va más allá de segundos, porque dos de ellos son alcanzados en las cabezas y caen como piedras. Más otros soldados colorados corren en ayuda de los atacados y un minuto después el sargento es degollado de pie mientras desparrama sablazos a ciegas.

La caravana ya está a más de cincuenta metros de la escena y todo ha ocurrido con tanta rapidez, que nadie del grupo tiene cabal idea de este suceso.

Marchando por la calle 18 de Julio llegan a la esquina de Queguay y es entonces cuando aparece una partida de caballería florista, fuertemente armada. Poco cuesta descubrir que al frente de ella está el coronel Goyo Suárez. Es éste quien primero raya su caballo en un habilidoso movimiento de consumado jinete. El vigoroso tostado que monta

se alza en dos patas y piafa en el aire ahogado por un enérgico tirón de riendas.

La voz de Goyo Jeta no disimula su asombro y su ira.

—¿A dónde llevan a ese hombre?

Y señala con el látigo, sujeto a la muñeca, al general Gómez.

El comandante Bello contesta con rapidez:

—A presencia del mariscal Menna Barreto.

—¿Y es forma de llevarlo así, del brazo, con tanta consideración, como si no fuera el más porfiado enemigo del Ejército Revolucionario? ¡Entréguemelo inmediatamente!

Resueltamente Bello lleva su mano derecha a la pistola.

—Debe saber el coronel Suárez que el general Gómez es prisionero de las armas del Brasil y tiene la vida garantizada por el Emperador.

Los pequeños ojos de Goyo Jeta parecen atravesar el cuerpo del comandante Bello. Bufa entre dientes y hace caracolear su cabalgadura. Luego estalla en una desafiante risotada.

—¡Así que con la vida garantizada por el Emperador! Mire, mocito... Usted está equivocado. ¡A ese señor, ni a ninguno de los suyos, nadie le ha garantizado la vida! ¡Eso lo veremos bien pronto!

Y dirigiéndose a su partida, ordena en un grito de rabia desatada:

—¡Vamos, muchachos! ¡Todo llegará a su hora! ¡Estos no se escapan ni con collar de ajo!

Y dando un poderoso bote a su tostado, inicia el galope hacia la plaza, seguido de su partida.

Quedan en el aire las palabras de Goyo Suárez, preñadas de un inmenso rencor y de una pesada decisión. El general Gómez dice con sencillez:

—El coronel Suárez necesita mi cabeza y no parará hasta que se adueñe de ella.

El grupo sigue su marcha hacia Comercio. Poco antes

de la bocacalle, y sobre la izquierda, hay una casa de material con la mitad del frente en escombros. Allí el grupo tiene que detenerse para dar paso a un escuadrón riograndense que desemboca desde el sur en dirección a la plaza. Se produce una rápida confusión y las dos columnas pierden su formación de marcha, pues los escombros y los pozos dificultan el paso de las tropas.

Este instante es aprovechado por Estomba y Aberastury, que marchan junto a la línea de edificios. Sin vacilar se arrojan tras el frente en ruinas y desaparecen. Braga y Acuña, atentos a este movimiento, tapan con sus cuerpos la visión de los fugados.

El escuadrón riograndense retoma su avance y en seguida se oye la orden:

—¡March!

El pequeño grupo continúa por 18 de Julio hacia Montevideo, siempre entre la confusión de las partidas dispersas de los vencedores que más y más aparecen desde todos los puntos.

No han andado la mitad de la cuadra cuando viene hacia ellos al galope, un capitán colorado. Cruza su caballo al frente de la columna y lo detiene en una brusca frenada. Grita fuertemente, pero en un tono que parece la repetición de una orden recibida:

—¿Va ahí el coronel Gómez?

Inmediatamente se oye clara, tajante, orgullosa, la voz del general:

—Va aquí Leandro Gómez, general de los Ejércitos de la República Oriental del Uruguay, libre y soberana ante sí y ante todos los pueblos del mundo. Y sepa usted, señor capitán, que mis charreteras de general me las he ganado defendiendo la libertad de la patria.

El capitán vacila. Lo que va a decir se le atranca como un borbotón. Hasta parece que una ola de sangre se le ha depositado en su cara angulosa y morena. Como si se hu-

biera llenado de vergüenza. Patria. Como si un machetazo le hubiera pegado en la frente para recordarle que ella existe, y que no se doblega, y que ni la fuerza de la fuerza, ni la victoria de las armas superiores, pueden ablandarla o ponerla de rodillas. Porque lo que acaba de oír de labios del general de la defensa, ha sido más duro que el posible trabucazo en el rostro que pudo haber recibido en los cruentos 33 días de continuo batallar.

Las manos le tiemblan entre las riendas. Y con palabras inseguras, esforzándose para que se abran paso en la garganta apretada, al fin contesta:

—Está, general Gómez... Ya sé que usted va en esa columna. Sólo cumplo órdenes de mi superior...

Y ahora descarga sobre el lomo del caballo un tremendo latigazo, como si quisiera castigarse a sí mismo, con un lonjazo, el tremendo error de haber combatido contra una patria de la cual él es, también, parte sangrante y heroica. El salto rápido que da el caballo para alejarse, no es expresión de misión cumplida: expresa el descubrimiento, la comprensión, de haber realizado un tremendo esfuerzo, guerrero, épico, abrazado a una oscura traición.

El comandante Bello repite la òrden:

—¡March!

El sol ya ha levantado bastante y toma a la columna de costado prolongando y quebrando sus sombras sobre los edificios destruidos. Una nube de mosquitos, compacta masa ceniza, unánimemente zumbante, aparece desde un baldío y envuelve a la columna como en una esfera trasparante. Se oyen las cachetadas y el manoteo repetido. Pero a los pocos metros los maderos humeantes de una casa derrumbada y el fuerte olor a resina produce el pánico en los insectos. La nube se transforma en cien figuras distintas y agitadas: conos flechados, alargados cilindros elásticos, caprichosos poliedros cambiantes. En seguida desaparece en dirección opuesta.

La caravana llega a la esquina de Montevideo y tuerce a la izquierda, hacia 8 de Octubre.

Es cuanto se ve a Carmen que viene a la carrera, con los cabellos sueltos, la blusa holgada desprendida, hinchada al viento, temblorosos sus altos senos, y gritando a todo pulmón:

—¡Julián! ¿Dónde estás, Julián? ¿Quién ha visto al teniente Encina?

Es Braga quien intenta salirle al paso para decirle algo; pero es también Federico Fernández quien lo detiene tomándolo de la manga. Braga comprende y deja pasar a Carmen que toma 18 de Julio hacia la plaza, mirando a todos pero sin importarle ninguno.

Más allá se ve venir a la señora de Torcuato González con una escoba que tiene un lienzo blanco en el extremo. Grita repetidamente:

—¡Que nadie pelée más! ¡No hay vencidos ni vencedores!... ¡La paz se ha hecho entre los hermanos!

Ella va en el centro de dos graves jefes colorados que al parecer garantizan sus palabras. No alcanza a ver la columna porque en ese momento un pelotón de caballería riograndense se interpone entre ambos grupos.

Casi en la esquina de 8 de Octubre está la viuda de Berenguell cubriendo a Dolores y María que se acurrucan como cachorras. Leticia enarbola un pesado palo doméstico y con él tiene a distancia a un rotoso grupo de soldados colorados que ansían la jugosa presa de las dos muchachas. Mas éstos al ver al comandante Bello y a los infantes Imperiales que comanda, resuelven retirarse casi a la carrera sin volver las caras.

La columna dobla por 8 de Octubre, siempre en dirección al Puerto. Esta calle no ofrece la tremenda confusión de 18 de Julio, pero igualmente se ven patrullas de Imperiales y floristas que por los contradictorios movimientos revelan estar desconectadas de sus comandos.

Sobre la izquierda y poco antes de llegar a la mitad de la cuadra están los restos de lo que fue una casa colonial. Sólo está intacto uno de los tres balcones enrejados, sostenidos entre el esqueleto del frente y una viga ilesa del techo.

La columna va a pasar junto a la casa. Y es cuando asoma entre las negras rejas del balcón, arrastrándose, la cabeza del alférez Ramón Arcas. Su mano izquierda se aferra a los barrotes para sostener el pecho erguido. Surge débil, pero clara, la voz del joven Guardia Nacional:

—¡Mi general Gómez! Lo vi venir cuando dobló la esquina... ¡Y tuve fuerzas para arrastrarme hasta la reja!

El alférez respira profundamente. Luego exclama:

—¡Viva mi general! ¡Viva mi tierra!

Ahora cierra los ojos, se afloja su mano izquierda desprendiéndose de los barrotes y su cabeza se desliza al piso de ladrillo.

El grupo se ha detenido frente a la ventana, y está ahí, inmóvil, como clavado en el suelo, mudo, mirando al alférez. Y ahora ven que éste no está solo. Detrás de él, de pie, semioculta entre las penumbras de las paredes rotas, hay una jovencita delgada, de largo vestido blanco. Se inclina sobre el Guardia Nacional y lo abraza ardientemente. Los sueltos cabellos rubios cubren los dos rostros. Sorpresivamente un rayo de sol da en la cabeza de la joven y multiplica su luz con resplandores amarillos.

Se oye el llanto entrecortado y ahogado. Después cesa y la joven levanta el rostro hacia el grupo. Es Rosario Berenguell. Gruesas lágrimas mojan su rostro tostado y fresco, que ahora, bajo el sol, adquiere una tersura virginal.

Gómez y Bello se acercan a la ventana. Antes de que lleguen, Rosario une suavemente su boca a la de Ramón. Éste ya no respira. La joven le acaricia la frente una y otra vez, como si lo despidiera. Luego se pone de pie y sus tiernos ojos azules miran a los dos testigos. Se seca las

—Por una única vez: ¡o deja paso a mi columna o me abro paso a balazos!

El rostro terroso de Belén, en un segundo cambia de color. Tartamudea y de sus labios salen sonidos como de vidrios rotos a tiros. Al fin puede decir:

—El general Venancio Flores tiene mucho interés en conversar con tan ilustre compatriota.

Y su mirada acuosa, pero penetrante, va dirigida directamente a Gómez. Luego da un tirón de riendas a su caballo y, sin dejar de mirar al general, ordena a su escolta:

—¡Dar paso a los brasileros!

En ese momento se oye la voz del general Gómez:

—Comandante Bello: si el general Flores me requiere, entiendo que está en mí decidir sin oposición, pues es un aliado de vuestro Emperador.

Bello queda indefenso. No tiene respuesta.

Belén ve la oportunidad que se le presenta y dice:

—El general Gómez tiene derecho a ser escuchado. No se trata de fracciones, sino del Ejército Aliado.

—Pues, sí; ya está dada mi respuesta. Prefiero enfrentarme con un compatriota que con un jefe extranjero.

Bello ha perdido la partida. No encuentra réplica. Después de un silencio, dice:

—Bien, señor general. Mi disciplina militar exige cumplimentar vuestro deseo como prisionero de un ejército aliado. Pero adviértole, señor, que a partir de este momento toda responsabilidad corre por vuestra cuenta. Carezco de autoridad para retenerlo ante un pedido del general Flores, máxime cuando nuestro aliado cuenta con vuestro propio deseo de ir a su encuentro.

Bello tiende la mano a Gómez que éste estrecha. Luego, el saludo militar. En seguida ordena a sus hombres:

—¡Atención! ¡March!

Y al frente de su pelotón toma por 8 de Octubre hacia el oeste, en dirección al puerto.

Belén, seguido de un ayudante, se acerca a Gómez.

—Tendrá la molestia de esperar aquí unos momentos, señor, pues necesito poner en conocimiento del general Flores su decisión de entrevistarlo.

Le dice al ayudante:

—Cumpla usted esa misión.

Éste parte al galope hacia 18 de Julio. Poco a poco, Braga, Fernández y Acuña se van acomodando en actitud de descanso sobre lo que queda del frente deshecho de *El Ancla Dorada*, que ahora, silenciosa y solitaria, expresa la realidad más cruda de la caída de Paysandú.

Gómez se ha alejado unos metros sobre la bocacalle sur, donde hay un montículo formado por los escombros caídos de las casas esquineras. El general sube y desde ahí mira hacia las hondonadas y breñas que se prolongan más allá de la calle Sarandí, hacia el lejano río Negro, desde donde debían venir los refuerzos de Sáa que nunca llegaron...

En la plaza están alineados, uno junto a otro, poco más de trescientos hombres entre oficiales y tropa. Es lo que queda de la guarnición de Paysandú. En torno a ellos, formando un amplio círculo que abarca todos los extremos de la plaza, nutridos escuadrones de soldados floristas.

El coronel Goyo Suárez recorre al paso de su tostado la fila de los prisioneros una y otra vez, mirando a todos, uno por uno. Parece que el jefe colorado goza con el espectáculo de esta gente desarmada y quieta, que durante 33 días, hora a hora, minuto a minuto, se movió constantemente con el arma al brazo.

Por fin detiene su caballo en el extremo de la línea. Hincha el pecho y grita roncamente:

—¡Que todos los jefes, oficiales y clases, den un paso al frente!

A lo largo de la línea no menos de cuarenta defensores

dan ese paso, decididos y marciales. Suárez no puede ocultar su admiración. Pero en seguida lanza una salvaje risotada. A continuación grita:

—¿Sabe alguno de ustedes por qué les he hecho dar ese paso al frente?

Nadie le contesta. Suárez vuelve a reír.

—¿Así que no lo saben? ¡Me lo imaginaba!

Y agrega hiriente y desafiante:

—¡Porque si lo hubieran sabido, nadie se hubiera hecho el gallito!

El capitán Abelardo Marote está en la primera fila y cerca de Suárez. Su rostro se enciende de ira y contesta altanero:

—¡Sí, lo sabemos, Goyo Jeta! ¡Usted nos quiere quintar para fusilarnos! Pero eso nos importa poco. ¡Si nos sobró coraje para vivir peleando, también nos sobra coraje para morir!

Primero un murmullo y luego un griterío que aprueba y reta, parte de todos los defensores. Suárez tiembla de cólera. Fieramente le grita a Marote:

—¡A vos, blanco asqueroso, te voy a cortar la lengua de un tajo!

Alza su caballo y se lanza hacia él blandiendo el sable. Varios oficiales colorados imitan la acción del jefe. Marote se agacha y recoge piedras del suelo. Con violenta rapidez se las arroja a Suárez. Una de ellas da en la cabeza del caballo. Este se encabrita, remolinea y por pura casualidad no da en tierra con el jinete. Pero ya han caído sobre Marote varios lanceros que lo rodean, lo inmovilizan y al fin lo ultiman.

En toda la línea se produce una furiosa reacción. Defensores y floristas recomienzan la lucha tan ardorosa como desigual. Piedras, puños, pies, contra sables, lanzas y fusiles. Es una verdadera masacre que amenaza con el total exterminio de los exhaustos defensores.

Por la calle 18 de Julio desemboca hacia la plaza pública una rápida calesa. La sigue una escolta de oficiales de caballería florista. No detenida aún la calesa salta de ella un hombre grave y arrogante, que luce el severo uniforme de almirante de la marina argentina. Se le oye ordenar a los oficiales de su escolta:

—¡Que cese inmediatamente este bochornoso espectáculo!

Los oficiales cargan al centro de la plaza y se interponen entre atacantes y atacados. Con decidida energía logran poner orden en el sangriento tumulto. De ambas partes hay hombres tendidos. Es el saldo de una ofensa y una respuesta.

Suárez, ya serenado, se acerca desmontado al almirante. A manera de explicación le dice:

—¿Se da cuenta, almirante Murature, lo que son estos blancos? ¡Ya vencidos, sin armas y casi muertos de hambre, todavía quieren pelear! ¡Vea si no es como para fusilarlos a todos de un golpe! ¡Que es lo que voy a hacer ahora mismo, empezando por los oficiales!

—¡Eso nunca, señor coronel! Son prisioneros y sus vidas deben ser respetadas. Es una sagrada ley de la guerra que usted no puede desconocer.

Suárez, que en presencia del almirante Murature, ha tratado de mantenerse sereno, estalla en rabia incontrolable:

—¡Prisioneros! ¡Son bandidos asesinos que han muerto a la mitad de mis hombres! ¡No merecen respeto ni consideración de nadie y ya debieran estar fusilados si no fuera por este tiempo que estamos perdiendo!

—¡Cuidado, señor coronel! ¡No le permitiré en absoluto que ofenda a este heroico ejército! ¡Por el extraordinario valor demostrado son un ejemplo del honor oriental, y por ello dignos del más alto respeto!

—¡Pues no pienso así, señor almirante, y ahora mismo voy a quintarlos para pasarlos por las armas!

Suárez va a volverse para ordenar la matanza, pero suena seca y dominadora la voz del almirante Murature:

—¡Usted no dará jamás esa orden, señor coronel, y comience desde ahora a obedecerme de acuerdo con mi jerarquía militar!

Suárez brama.

—¡Yo no obedezco más órdenes que las que emanan del general Venancio Flores, mi inmediato superior!

—Pero el inmediato superior del general Flores es el teniente general Bartolomé Mitre, presidente de la Argentina. Y yo, aquí, con mi rango y mis galones represento y hablo en nombre de Mitre. De manera, señor coronel, que le ordeno se retire de esta plaza con su escolta. Yo me haré cargo de los prisioneros.

Suárez ha quedado en suspenso. Parece un perro maniatado. Bulle su sangre en torrentes pero ha perdido valor y firmeza para una respuesta.

Un chasque lo salva de tan incómoda situación. Llega a todo galope, desmonta junto a él y le entrega un sobre sellado. Le habla en voz baja. Suárez rompe el sobre y lee una nota. Luego se encoje de hombros y la hace trizas. En seguida monta de un salto y grita a su escolta:

—¡Vamos, muchachos! ¡Aquí estamos sobrando!

Y dando un lonjazo a su tostado se lanza por 18 de Julio hacia el oeste, seguido de su escolta. Pero al llegar a la esquina de Queguay casi se topa de lleno con el ayudante de Belén que venía doblando hacia la plaza.

—¡Mi coronel: lo ando buscando por toda la Villa. El comandante Belén ha cumplido la misión. Gómez y otros jefes blancos están en sus manos!

Goyo Suárez no puede evitar una súbita y salvaje alegría.

—¡Pues éstos sí que no se me van a escapar! ¡Que inmediatamente los lleven al lugar convenido y sin pérdida de tiempo y sin que nadie se entere se haga justicia!

Volviéndose hacia uno de sus capitanes, le dice:

—Vos, sobrino, ¡serás la garantía de mis órdenes!

El capitán sale de filas y con el ayudante parten al galope hacia 8 de Octubre.

El general Gómez no se ha movido del montículo. Acuña, Braga y Fernández parecen dormitar a la escasa sombra que proyecta *El Ancla Dorada*. Se oye el galope de los caballos y segundos después se ve venir desde 8 de Octubre al ayudante y el capitán.

Belén, que estaba dando de beber a su caballo en una media tina, va hacia ellos. Los intercepta antes de llegar a la esquina. Gómez ha vuelto su cabeza y Braga se quita el gorro de la cara para observar. Con el codo lo toca a Fernández y le dice:

—Vea, ya tenemos novedades.

Belén y los mensajeros conversan animadamente.

—¿No le parece que están secreteando?

—Me gustaría saber lo qué dicen.

—De seguro nada bueno para nosotros.

Belén se dirige hacia Gómez. Éste desciende del montículo y va a su encuentro.

—Me ordenan seguir la marcha a la barraca de don Maximiliano Ribero. Ahí lo esperan, general.

—Bien; marchemos.

Acuña, Braga y Fernández se les reúnen. Braga mira fijamente a Belén. Éste se baja el ala del sombrero.

Braga le dice a Gómez:

—No crea una palabra de lo que dice el comandante. Vamos derecho al sacrificio, mi general.

Belén se muerde los labios, Gómez dice:

—Mi vida ya no interesa y si la desean, está ofrecida. Pero a cambio de ella debe respetarse la de ustedes.

Acuña le contesta:

—En este caso, no, mi general. Lo acompañaremos hasta el final.

—Es una decisión que los tres hemos tomado hace un momento —afirma Fernández.

Gómez replica con energía:

—¡No tienen derecho a ello y se lo prohibo! ¡Sigo siendo vuestro general y me debéis obediencia. Mi sacrificio es garantía de vuestras vidas!

Braga responde:

—Estamos dispuestos a guardar obediencia hasta el último minuto. ¡Pero, general, no nos impida entrar en la gloria en vuestra compañía!

Gómez queda sin respuesta. Una vacilación emocionada lo sacude por un instante. Belén se tira el sombrero sobre la nuca y descubre sus ojos perplejos. Exclama:

—¡De qué pasta están hechos ustedes! ¡Miren que disputarse el derecho a morir! ¡Si me lo contaran no lo creería!

Como reacción sólo atina a gritar a sus hombres:

—¡En marcha!

Todos montan y el escuadrón forma en dos filas dejando ancho espacio para los prisioneros. Braga se coloca detrás de Gómez, y como escoltándolos, en pareja, Acuña y Fernández. Ya están andando. Lejanas, todavía se oyen algunas descargas que se confunden con el tranco seco de los caballos.

La barraca de los Ribero es uno de los pocos edificios que no ha sufrido los devastadores efectos del bombardeo. Sólo tiene algunas averías en el frente que da a la calle Treinta y Tres y un roce ennegrecido sobre la puerta de entrada de la casa de familia que da a 8 de Octubre. En la acera están apostados dos centinelas armados de fusil y cerca de la ventana de la derecha se ven varios caballos lujosamente aperados.

Belén y el capitán desmontan. En silencio entran al zaguán y tras ellos, los prisioneros. Desembocan en un amplio patio encuadrado al fondo por una habitación con corredor encolumnado.

Gómez se detiene. El capitán entra en la habitación y cierra la puerta tras sí. Belén dice:

—Les pido que me sigan.

Toma el corredor hacia la izquierda y pocos metros después el grupo da en el amplio espacio que forma la cochera y caballeriza de la casa. No hay coches ni caballos, pero sí dos grandes hoyos producidos por obuses, y una de las tres cocheras tiene el techo volado.

A partir de ese momento se ve un agitado movimiento de soldados y se oyen repetidas órdenes dadas en voz baja. Desde el otro extremo del corredor viene hacia la cochera, un pelotón de infantes al mando de un sargento. En seguida toma posiciones de custodia.

Belén se dirige a la habitación del fondo y entra en ella. Ahora todo es silencio. Los movimientos y las voces han cesado. Pero en el aire hay un mudo y pegajoso interrogante.

Braga se sienta sobre una barrica volcada y se abanica con su gorro. Acuña permanece de pie junto a él y mira a los soldados con una sonrisa burlona. Federico Fernández se ha acercado a un parral que está en el fondo y trata de descubrir entre las hojas amarillas algún racimo escondido.

El general Gómez, despaciosamente ha comenzado a desprenderse la cadena con el reloj de oro que cuelga de un bolsillo del chaleco. Antes de que haya terminado aparece el capitán y le dice:

—Le ruego que me acompañe, general.

El capitán se dirige a la habitación y abriendo la puerta da paso a Gómez.

Braga se ha puesto de pie y mira hacia allí con atención. Eduviges Acuña va a hablarle pero en ese momento se acerca Federico Fernández y le alcanza un racimo de uvas. Acuña lo toma y lo engulle rápidamente, al tiempo que se aleja al fondo de la cochera buscando la fresca sombra. Fernández le tiende a Braga el racimo que él come.

—Tome usted, mayor; no es fruta que me apetezca.

Braga toma el racimo y comienza a comerlo lentamente sin dejar de mirar hacia la puerta de la habitación. Ve salir a Gómez seguido por Belén y el capitán. Los tres se dirigen al extremo opuesto del corredor que da a un huerto de coposos árboles frutales, que se distingue parcialmente pues el fondo se prolonga detrás del corredor. Desaparecen hacia la izquierda. Braga arroja el racimo y dice simplemente:

—Adiós, general. Dentro de un ratito nos reuniremos todos.

Acuña ha venido desde el fondo de la cochera. Tiene el racimo a medio comer en la mano izquierda, y la mano derecha aferrada a la parte del cinturón donde antes colgó el sable.

Los tres se quedan mirando como si quisieran traspasar con la vista la pared que les oculta el otro lado del huerto. Suena una descarga seca. Unos segundos después, un tiro de pistola. Se le oye murmurar a Acuña:

—¡Lástima grande morir sin mi sable en la mano! ¡Nunca debí entregarlo!

Braga sonríe con nostalgia y agrega:

—Tengo derecho a añorar mi cañoncito... ¡Se fue mucho antes y bien solo el pobre! ¿Y usted, capitán?

—¡Me hubiera gustado más caer tumbado al pie de mi pieza de a 6! ¡Pero como nadie elige su propio fin... ¡Paciencia!

Desde el huerto viene hacia ellos el capitán. Pregunta:

—¿Quién es el mayor?

Eduviges Acuña se adelanta con altanería y exclama:

—¡El único mayor que hay aquí soy yo! ¡Diga usted!

—Tiene que seguirme.

Acuña sonríe con suficiencia.

—No se anima a decirme que llegó mi turno... ¡Pero si lo hace por delicadeza, le diré que estoy acostumbrado a ver la muerte de cerca!

Y dando marciales pasos abre la marcha hacia el huerto. Es entonces cuando Braga se adelanta rápidamente y dice:

—Lamento, mayor, pero me toca a mí. Soy coronel y debemos guardar las jerarquías militares. ¡Vamos, capitán!

Acuña se vuelve.

—¡No, señor coronel! Ante la muerte no cuentan los galones.

—¡Es que todavía estamos vivos! ¡Obedezca, mayor! ¡Me toca a mí porque soy su superior!

Y dirigiéndose al capitán colorado, le dice como en una orden:

—Sígame al huerto, capitán.

Con paso corto y firme abandona la cochera hacia el corredor. Sus pasos suenan desafiantes. El capitán lo sigue. Acuña se queda mirándolos, contrariado. Fernández se sienta en la barrica volcada y se tira el gorro sobre la nuca.

Le dice a Acuña como consuelo:

—La próxima vez no discutiremos. Le toca a usted porque yo soy capitán.

Acuña sacude la cabeza.

—Pensar que en el último minuto casi cometo insubordinación. ¡Yo, que tengo una foja de servicio intachable!

Los soldados colorados que los custodian se están mirando entre ellos. El sargento para ocultar su admiración camina lentamente hacia el fondo de la cochera. La descarga y seguidamente el tiro de gracia, no se hacen esperar. Fernández se acomoda en la barrica cruzando una pierna.

—Yo, todavía tengo unos minutos para descansar.

El capitán ya viene hacia la cochera. Acuña va a su encuentro y antes de que aquél le diga nada, exclama:

—Este turno nadie me lo discute. No tendrá problemas, capitán.

—Vaya pensando en su última voluntad, mayor.

Mientras avanzan por el corredor, Acuña contesta:

—¡Escupirle la jeta al feo de Suárez si tuviera la suerte de tenerlo a mi alcance!

Como un solo paso se oye el taconeo de los dos hombres por el corredor y en seguida se pierden en el huerto.

Federico Fernández mira al sargento.

—Sólo falto yo, mi amigo. Y supongo que después de esto les darán buena licencia.

El sargento se quita el gorro y se seca con la manga el sudor de la frente. Mueve la cabeza con el entrecejo fruncido.

—No vaya a creer, capitán, que esta misión me entusiasma. Todo lo contrario, me repugna. ¡A mí me gusta pelear mano a mano y no entiendo por qué se fusila al vencido!

—No serás el único. Pero éste no es momento de protestar o hacerse mala sangre.

Se repite la descarga y esta vez suena monótona, incolora, casi sin drama, como un hecho forzoso y empecinado. Lo mismo ocurre con el tiro de gracia, con la única novedad que esta vez suena dos veces.

Fernández silba:

—¡La pucha que era duro el mayor!

El capitán regresa del huerto. Se queda a la entrada de la cochera, en silencio, mirando a Fernández. Éste despaciosamente se pone de pie.

—Tendrá la amabilidad de esperarme un instante. Téngalo usted como expresión de mi última voluntad.

Se quita el fino pañuelo blanco que tiene anudado en

el hombro, las pistoleras vacías y la chaqueta de botones dorados. Le entrega todo al sargento.

—Es mi obsequio por la paciencia que ha tenido en acompañarme con sus hombres.

Del bolsillo de atrás del pantalón saca una funda con papeles. Se la entrega al capitán.

—Mis documentos, capitán, con mi último ascenso por méritos conseguidos en la defensa de la soberanía de la patria.

Saluda al sargento y a los soldados tocándose la frente y luego se encamina hacia el corredor con paso largo y tranquilo, como si fuera de paseo. Va con la cabeza levantada y las manos en los bolsillos del pantalón.

Como fuerte contraste el oficial colorado lo sigue con desgano y la cabeza gacha. Se oye al sargento que murmura:

—¡Jamás ví morir a hombres tan valientes!

El huerto tiene forma de martillo y está limitado por altas paredes de ladrillos rojos, en parte cubiertos por rala enredadera. Pequeños cuadrados de verdura marchita y canteros amarillos y pisoteados. Abundantes árboles frutales muy cerca unos de otros y una gigantesca higuera de frondosa copa, casi en el centro.

El capitán se adelanta a Fernández y enseña la senda recién abierta en la hierba y que lleva directamente al muro de enfrente, en los fondos del huerto. Allí hay un espacio libre de plantas y malezas, acaso una antigua glorieta.

Hay cuatro tiradores alineados dando frente al muro. A la derecha, entre el muro y los tiradores, un teniente y un cabo. A espaldas de los soldados, y ya metidos en la fronda del huerto, semiocultos por las ramas de un limonero, Belén y un civil de ostentoso poncho colorado con el sombrero muy echado sobre los ojos.

Fernández se adelanta solo hacia el muro. De espaldas a los rojos ladrillos observa todo con tranquila curiosidad. Los tiradores son duros veteranos, el teniente demasiado joven y el cabo tiene todo el aspecto de un verdadero facineroso.

El del poncho colorado está tan inmóvil que parece una estatua. De su tirador cuelga la cadena y el reloj de oro del general. Belén no se atreve a mirarlo.

Una de las dos ventanas de la habitación que separa el patio del huerto, está entreabierta. Sigilosas sombras se mueven en su interior y un rostro que se perfilaba observando, ahora desaparece. Se oye la voz del teniente:

—Estamos dispuestos a cumplir su última voluntad si está a nuestro alcance.

Fernández contesta:

—Es una voluntad que ofendería vuestras conciencias.

Ahora ha detenido su vista en el ángulo que a su derecha forman dos paredones del huerto. Uno junto al otro, caras al cielo, los cadáveres de Gómez, Braga y Acuña. Fernández se toma un tiempo para contemplarlos. El teniente insiste:

—Estoy esperando su respuesta, capitán. Diga usted su última voluntad.

Fernández mira hacia la ventana de la habitación y exclama en alta voz:

—¡Que la historia los juzgue como se merecen: infames, traidores a la libertad de la patria!

Desde el limonero se oye decir al emponchado con voz ronca:

—¡Termine de una vez, teniente!

Este ordena:

—¡Fuego!

Federico Fernández es impulsado con violencia hacia atrás hasta dar con la espalda en el muro. Por unos segundos recobra el equilibrio, pero inmediatamente cae a plomo

dando con el pecho en tierra. El tiro de gracia parece inútil.

Poco después se oyen sobre la hierba los sordos pasos de los que se alejan. Finalmente el galope de los caballos que se van apagando a la distancia. El huerto queda en silencio.

Una paloma atemorizada parte en raudo vuelo desde la higuera, golpeando sus alas temblorosas.

Son las diez de la mañana del 2 de enero de 1865.

SE TERMINO DE IMPRIMIR EL
DIA 9 DE AGOSTO DE 1963, EN
MACAGNO, LANDA Y Cía. ARAOZ
164, BUENOS AIRES, ARGENTINA